

**EL COLEGIO DE MÉXICO**  
**CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES**

**EN BUSCA DE LOS ACTORES SOCIALES**  
**Revueltas en Europa del este: 1956, 1968 y 1980**

**TESIS**

**que para obtener el título de Licenciada en Relaciones Internacionales**

**presenta**

**Lucero Fragoso Lugo**

**México, D.F. septiembre de 2001**

**A Luz y José Luis**

## ÍNDICE

Agradecimientos.....	ii
Introducción.....	1
I. Hungría, del revisionismo a la represión.....	9
II. Checoslovaquia: un nuevo camino entre viejos atajos.....	44
III. Solidaridad sin política.....	77
IV. La singularidad polaca.....	110
Consideraciones finales.....	140
Bibliografía.....	148

## AGRADECIMIENTOS

Al profesor Ilán Bizberg, por su enorme disposición para dirigir esta tesis y sus invaluable contribuciones a la misma.

Al profesor Juan Gustavo Galindo, por sus comentarios iniciales para este trabajo.

A la profesora Ana Covarrubias, por haber sido mi tutora durante la carrera en el Colegio, echarme la mano y sacarme de apuros siempre.

A José, por ser un excelente amigo, por estar presente en los momentos gratos y difíciles, por inundar de sabiduría cada espacio y por habernos dado un pretexto para pintar murales colectivos en el pizarrón.

A Cecilia, por sus porras y su gran calidad humana.

A Pipu y Puerquito.

A Alejandro, por enseñarme a ver la vida de otra manera.

A todos mis compañeros de la 16ª generación. A Antonio por su buen humor, aunque a veces un poco ácido. A Carlos el “Kiwi”, Ana y Álvaro por hacer del servicio social algo más ameno, a éste último por sus conversaciones sobre cine y otras cosas. A Rafael y Henio por sus ilustrativos correos electrónicos. A Rubén por contagiarnos de su pasión futbolera. A Quetzalli por compartir la hora de la comida en los días de elaboración de la tesis. A Jacobo, donde quiera que esté, por darnos un ejemplo de disciplina y constancia.

A Pilar, Mario, Jaime, Silvia, Marusia, Karen, Nara, Carlos B., Jorge.

## INTRODUCCIÓN

El siglo XX fue heredero de las dudas de la razón, en la que tanto confiaron los pensadores decimonónicos. La centuria pasada también se encontró depositaria de la consolidación y el sedentarismo permanente de la “conciencia histórica”, secular y definida que, de una vez por todas, se atrevió a congelar y periodizar los acontecimientos y a crear identidades nacionales, raciales, culturales y hasta de clase. Pero quizás el legado más significativo para el siglo XX --más allá de la introducción del orden histórico y el intento por hacer tabla rasa del pensamiento y eliminar de él todo prejuicio anterior-- haya sido la pretensión de sacar provecho de la incertidumbre, en un universo alejado de la voluntad divina, donde los hombres eran constructores, hilvanadores y responsables de su propia historia. Pisando arenas movedizas, los hombres descubrieron que no existía ninguna realidad otorgada para siempre, que se podía transformar el mundo en lugar de limitarse a pensarlo y describirlo (como le haría ver Marx a Feuerbach).

Esta concepción de la historia no era muy distante a la idea original de “utopía”, procedente de los escritos de Tomas Moro, los cuales reflejaban el punto culminante de la perfección humana que era capaz de construir un sistema social basado en la justicia, la razón y la solidaridad. El hombre que ha escapado del estado de naturaleza rousseauiano vuelve a buscar entre los suyos el desarrollo de las facultades conectadas con el espíritu auténticamente humano; en esta domesticación de la naturaleza solitaria, el hombre cede

la brutalidad a cambio de la armonía social. Sin embargo, este estado de eficaz y fraterna organización con los otros hombres no es producto un proceso espontáneo o de una voluntad exterior sino de un acuerdo extensamente humano: del contrato social. En este sentido, el concepto teleológico de un período mesiánico es producto de la secularización histórica, sin que por ello deje de aparecer un sentimiento "deísta" y un ideal social fuertemente ligado a los preceptos morales cristianos. Es por eso que la utopía es una mezcla tanto de perfección religiosa como de la vulnerabilidad de los hombres en tanto sujetos creadores y actuantes, es un concepto que nace de la terrenalización histórica en la *praxis* humana y la elevación de sus aspiraciones hacia una sociedad *quasi* celestial. Tal vez estos componentes contrarios son los que contribuyen a hacer de la utopía algo inalcanzable, *a priori*.

El comunismo --doctrina paradójicamente atea que aspira, precisamente, a poner en tierra los más altos principios de justicia, armonía e igualdad religiosa-- fue una de las grandes utopías del siglo XIX que no consiguió terrenalizarse cabalmente en el XX, pese a los esfuerzos de quienes veían en ella la posibilidad de edificar un régimen en pro del bienestar general, la justicia y el fortalecimiento de la cultura y la educación. Rusia fue el primer lugar del mundo que decidió adoptar la utopía, pero no le bastó tomarla para sí misma y se decidió a instaurarla casi por la fuerza en las naciones que la cercaban y que pronto formaron parte de su zona de influencia. Seguramente, la defensa del comunismo, como sistema político, de hombres como Imre Nagy o Alexander Dubcek, incluso de Lech Walesa, --quienes tuvieron un papel destacado en los movimientos sociales disidentes de Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1980 respectivamente-- era también la defensa de la utopía y la pugna por materializar lo más

cercano a su realización. No obstante, la única revuelta que resultó triunfadora, --la de Polonia-- en lugar de rescatar la utopía, terminó por minar los fundamentos y la legitimidad del sistema político socialista empleando, en varias ocasiones, los métodos de acción y de lucha propuestos por los propios teóricos del comunismo.

En una carta que Marx y Engels escribieron a Bebel, Liebknecht y a otros socialistas alemanes, se reprochaba al Partido Socialdemócrata germano el que considerara a la clase trabajadora incapaz de lograr emanciparse de la opresión, excepto, bajo la dirección de los burgueses “cultos y pudientes” quienes contaban con los recursos necesarios para determinar lo que conviene a los obreros. Si bien Marx y Engels pensaban que el proletariado podía emanciparse por él mismo, también creían que era lógico e inevitable que personas provenientes de estratos sociales más elevados y de la clase intelectual se unieran a la lucha de los trabajadores agregando “elementos culturales” concretos o teóricos.<sup>1</sup> Por su parte, Lenin aseguraba que la batalla en la esfera política no sólo debía ser asunto de la *intelligentsia* y los liberales --quienes veían al proletariado como “menor de edad”-- sino también de los trabajadores.

Lenin tenía el mismo reclamo de Marx y Engels al socialismo alemán pero, en su caso, lo dirigía hacia la socialdemocracia rusa. Lenin reclamaba a sus compatriotas de la socialdemocracia no haber contemplado “la necesidad de organizar un partido revolucionario que coordinase toda la acción de los grupos locales y permitiese montar con acierto la labor revolucionaria”.<sup>2</sup> Así, para la figura principal de la revolución rusa, la tarea fundamental en cualquier transformación de carácter comunista era fomentar la

---

<sup>1</sup> Karl Marx y F. Engels, “El partido proletario” en Teoría marxista del partido, México, Grijalbo, 1972, pp. 9-15.

<sup>2</sup> “Tareas urgentes de nuestro movimiento” en Ibid., p. 28.

organización de la clase obrera; en palabras del propio Lenin: “organizaos no sólo en sociedades de ayuda mutua, en cajas de resistencia y en círculos obreros, sino también en un partido político, para la lucha decidida contra el gobierno autocrático...”<sup>3</sup>

El pensamiento de los padres fundadores del comunismo y del representante de la revolución rusa de 1917 confluyen en una idea que se ha instalado en la esencia de la teoría socialista, otra vez, usando las frases de Lenin: “llevar las ideas socialistas y la conciencia política a la masa del proletariado y organizar un partido revolucionario ligado indisolublemente con el movimiento obrero espontáneo”.<sup>4</sup>

De los tres casos de movimientos sociales estudiados a lo largo de este ensayo, la rebelión polaca de 1980 fue la única que siguió, aunque tal vez de forma no consciente, los preceptos rectores de la teoría tradicional comunista: hacer de las bases de la sociedad el factor clave para su propia emancipación. En Polonia, los obreros se organizaron en una asociación, el sindicato independiente Solidaridad, que hizo la tarea que le correspondía al partido: organizar, dar cauce y coordinar la acción de los grupos sociales. Y, siguiendo con la analogía entre el movimiento social polaco y la doctrina, la labor de los intelectuales y la Iglesia --estratos sociales diferentes del de los obreros-- aportó a la revuelta los “elementos culturales” y nacionales con los que el proletariado se identificó rápidamente.

Los movimientos húngaro y checoslovaco, por el contrario, en su intento por dar nueva vida al socialismo y hacerlo más humano, adoptaron una estrategia muy distinta a la indicada por la teoría revolucionaria de Marx y Lenin y más cercana a la de los

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 30.

socialistas alemanes o a la de la socialdemocracia rusa --es decir, más próxima a los blancos de crítica de Karl y Vladimir. Los liderazgos de ambos movimientos coincidieron en que las transformaciones debían llevarse a cabo desde el núcleo del partido comunista, desde la renovación en el enfoque de la dirigencia impulsada por la nueva mentalidad de cambio y apertura en las capas intelectuales. Aunque se intentó incorporar de cierto modo a los obreros en las actividades de la oleada reformista, la organización del proletariado y de las bases del partido no se consideró desde el principio como la condición principal para el éxito del movimiento, además de que tanto el partido húngaro como el checoslovaco no habían cumplido la función que les atribuyó Lenin: “llevar las ideas socialistas y la conciencia política a la masa del proletariado” y vincularse “indisolublemente con el movimiento obrero...”.

En Polonia, el movimiento social de los 80 no sólo tenía nexos estrechos con los obreros, sino que éstos estaban a la cabeza y en los orígenes del levantamiento; y a ellos se unieron todos los demás grupos sociales que no pertenecían al partido, entre los que destacan la clase intelectual y la Iglesia católica. Además, se adoptó un método de combate de baja intensidad mediante el cual se consiguió hacer partícipe de la red disidente a la sociedad en su conjunto.

El presente trabajo se guía por la premisa de que, precisamente, la estrategia de pluralismo social, de apartamiento de la tutela del partido comunista y de transformación gradual --sin confrontar directamente al régimen socialista de partido único y al liderazgo del comunismo internacional de la URSS-- del sistema que esgrimió el movimiento de Solidaridad logró insertar a los diversos grupos sociales y resaltar su carácter de actores, lejos de considerarlos meros receptores pasivos de los beneficios. Después de esto, la

sociedad polaca organizada despojó de legitimidad al partido comunista --columna vertebral del sistema político socialista-- y lo paralizó, mostrando que en realidad no había tenido la capacidad para erigirse como líder de la sociedad. Debido a ello, el movimiento social polaco pudo sostenerse y ganar tiempo hasta que el contexto internacional y el liderazgo en la Unión Soviética fueran completamente favorables para que Solidaridad formalizara su triunfo en la contienda por el poder.

El propósito de este trabajo es analizar el curso, las características, las estrategias y los alcances de los movimientos sociales que estuvieron detrás de las tres revueltas representativas de la era comunista en Europa del este de la segunda mitad del siglo XX: Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1980. Con ello, y equiparando los casos húngaro y checoslovaco, se pretende elaborar un modelo donde se tracen los rasgos básicos de los movimientos sociales en las naciones comunistas de Europa oriental. Una vez delineado dicho prototipo, se procederá a contrastarlo con las características del movimiento polaco y observar en qué puntos éste difiere del modelo clásico. Ello nos dará las pistas para entender en qué reside la originalidad del caso polaco, cómo cuestionó los principios básicos del comunismo en tanto sistema político y por qué el movimiento social en Polonia no se disolvió --pese a la presión soviética y del partido al proclamarse el estado de guerra-- como sí ocurrió en Hungría y Checoslovaquia.

Bien se podría describir al prototipo de movimientos sociales en Europa del este como un "tipo ideal", empleando el vocabulario y la metodología weberianos. Para el sociólogo alemán, ante la imposibilidad del investigador social de reproducir los fenómenos en un laboratorio y experimentar con ellos, recurre al "experimento ideal", a ordenar lógicamente los elementos de la cadena causal y construir el curso probable de la

acción. Este ordenamiento ideal de causalidades se evalúa en el contraste con la experiencia práctica, la cual dice hasta qué punto el “experimento ideal” concuerda con la experiencia real. Así, el “tipo ideal” es una construcción teórica mediante la cual la realidad descubre sus áreas *anómalas*, las que no corresponden con el modelo lógico-teórico y que, justamente por ello, dan pistas para interpretar y arribar a la *comprensión*. No obstante, para efectos de este estudio, se realizará una construcción típica ideal a la inversa, es decir, se partirá de los casos empíricos de Hungría y Checoslovaquia para confeccionar un prototipo de movimiento social que, posteriormente, se contrastará con el caso polaco. Pero, aunque parte de la realidad, nuestro tipo ideal invertido no deja de ser un modelo teórico pues, desde luego, hay detalles y aun rasgos importantes que confieren a las rebeliones húngara y checoslovaca un carácter único que el prototipo aquí diseñado pasa por alto. De este modo, es inevitable hacer algunas simplificaciones y generalizaciones, pero son los riesgos de la confección de un modelo típico ideal el cual, además, no tiene que adherirse o sujetarse con detalle a lo empírico.

En el primero, segundo y tercer apartados de esta tesis se hará un análisis descriptivo de las revueltas de 1956, 1968 y 1980, respectivamente. Cada uno de los casos se abordará desde tres planos. El primero señalará los rasgos esenciales, estrategias, ideología y alcances de la interacción de los grupos sociales participantes en la revuelta y hasta qué punto se insertó en ella la sociedad civil; tal vez en el recuento húngaro y checoslovaco no se note mucho la participación y presencia de los grupos sociales organizados, pero precisamente ello evidencia que en estos dos casos el movimiento se fraguó casi enteramente desde el partido o desde las élites militantes intelectuales. El

segundo plano dirá cuál fue el papel del partido en el desarrollo de la rebelión, así como cuáles eran las demandas de democracia y pluralismo político que emergieron de los movimientos sociales y cómo se canalizaron. Y, por último, el tercero se referirá a postura de la Unión Soviética ante los levantamientos y la actitud del liderazgo de las revueltas frente a Moscú. Para ello, se tomará en cuenta algunos antecedentes de las rebeliones hasta el momento específico en que se intenta sofocarlas con la invasión militar, la ocupación o la ley marcial.

## I. HUNGRÍA, DEL REVISIONISMO A LA REPRESIÓN

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) de febrero de 1956 fue el escenario de la revelación más seria del liderazgo soviético y, quizás, del comunismo internacional: la denuncia de los crímenes de Stalin. Además de constituir una autocrítica a los métodos represivos del socialismo, el discurso secreto de Jruschov -- secreto porque se dio a conocer, en un principio, solamente a los altos funcionarios del PCUS-- representó un momento de la batalla por el poder en la élite política soviética en la cual el ala liberal --encabezada por Jruschov y Malenkov-- buscaba consolidar su posición frente a los conservadores --comandados por Molotov-- opuestos a cualquier atisbo de renovación socialista. Molotov argüía que apenas se había dado los primeros pasos hacia el socialismo en las democracias populares del este y que, por lo tanto, la distensión prematura derrumbaría los incipientes cimientos comunistas. Ante los ataques de sus adversarios conservadores y el hostigamiento constante en el Comité Central, Jruschov decidió apostar todas sus cartas en su discurso secreto, elaborado para distinguir su proyecto hacia un gobierno socialista justo, tolerante y más atrayente del de quienes insistían en defender la efigie de Stalin.

De la misma forma, el carácter del XX Congreso fue consecuencia de una serie de cambios ocurridos dentro de la URSS incluso antes de 1953, año de la muerte de Stalin. Imre Nagy --quien sería el personaje más destacado de la revuelta húngara de 1956--, en

sus escritos Democracias populares<sup>5</sup>, argumentaba que, hacia 1952, Stalin ya anunciaba la transformación de las relaciones con los demás países comunistas, así como la creación de vínculos de respeto que harían a un lado las fórmulas violentas. Asimismo, Nagy subrayó la promesa del líder del Kremlin de terminar con la guerra de Corea, la cual había devenido en un sórdido peso para las economías del bloque. En este sentido, para Nagy, el cambio de perspectiva en la política soviética hacia los satélites de la URSS era producto de la situación desastrosa en que se encontraba la economía. La “causas objetivas” en la agricultura y la industria facilitaron la aparición de teorías y análisis que se replanteaban un nuevo rumbo tanto en la planeación de la economía como en la forma de gobernar un país socialista. En este contexto ocurrió la revolución en Hungría.

A principios de la década de los 40, Nagy había sido ministro auxiliar de Matyas Rákosi, presidente del Consejo de Ministros húngaro. Hacia 1948, Nagy empezó a mostrar su desacuerdo con la campaña rákosista contra los campesinos y , en 1953 reemplazó a Rákosi. La estancia de Nagy en el poder duró poco pues, en 1955 se le separó del cargo por oponerse al plan de intensificación de la industria pesada. Rákosi retomó el lugar de primer ministro pero, para 1956, su estrategia represiva ya no correspondía al discurso y los objetivos de la URSS; entonces, los intelectuales y militantes reformistas, como Nagy, aprovecharon los intersticios liberales para entrar en acción, aunque la acción no haya sido del todo planeada o deliberada.

La estafeta de la dirección del movimiento húngaro le fue entregada a Nagy de forma espontánea, convirtiéndolo en el líder involuntario de la revolución. Matyas Rákosi mostró siempre una actitud inflexible y condenatoria a cualquier síntoma opositor; su

---

<sup>5</sup> Barcelona, Aymá, 1968, p. 172.

postura se endureció más aún al saber de las reivindicaciones de los obreros de la ciudad polaca de Poznan, en ese mismo año. La presión soviética hacia el reformismo obligó a Rákosi a ceder su puesto a Erno Gerö; si bien este cambio no dejó satisfechos a los partidarios de la democracia popular y el pluripartidismo, si “desmoralizó a los rákosistas”<sup>6</sup> y alentó las actividades disidentes. Uno de los sucesos más significativos para la disidencia fue la exhumación de los restos de Laszlo Rajk, ex ministro de relaciones exteriores y víctima del terror en la era stalinista, a la cual siguió una multitudinaria manifestación encabezada por Nagy. Días después, los estudiantes consiguieron, tras largas negociaciones, un permiso oficial para realizar una marcha en solidaridad con la causa polaca. El 23 de octubre, más de 300 mil personas caminaron por las principales calles de Budapest; durante el trayecto, hicieron paradas en las sedes de la prensa y de estaciones de radio para dar a conocer las demandas sociales, y demolieron la estatua de Stalin. Ante tal dosis de efervescencia popular, Erno Gerö se dirigió a las masas de forma insultante y peyorativa --llamando a los manifestantes “enemigos del pueblo”-- y, antes de que éstas comenzaran a dismantelar los edificios de la radio y la prensa, iniciaron los gritos de consignas al estilo “Imre Nagy al poder”.<sup>7</sup>

La policía de seguridad húngara se mostró incapaz de dispersar a la multitud. Entonces, el comité central del partido se reunió a toda prisa y, al tiempo que nombraba primer ministro a Imre Nagy, pedía la colaboración de las tropas soviéticas para reestablecer el orden. Nagy intentó mediar entre los soviéticos y los rebeldes y, de hecho, logró convencer a los dirigentes del Kremlin de retirar sus fuerzas militares. Pero no

---

<sup>6</sup> Jan Patula, Europa del Este: del stalinismo a la democracia, México, Siglo Veintiuno-UAM, 1993, p.148.

<sup>7</sup> Leslie Bain, The reluctant satellites, New York, The Macmillan Company, 1960, pp. 103-104.

consiguió frenar el sentimiento general de liberación ya desatado y, junto con la reorganización de los partidos políticos hacia elecciones competitivas, Nagy cedió a las voces de los insurrectos en pro de la separación de Hungría del Pacto de Varsovia, la independencia total y la neutralidad. Esto era más de lo que Moscú podía permitir y, el 4 de noviembre de 1956, el Ejército Rojo abrió fuego contra las barricadas levantadas por los insurgentes. Así terminaban las expectativas de transformación del socialismo húngaro.

La revuelta húngara tuvo lugar en un ambiente revisionista, en el que los intelectuales, vinculados al sección reformadora de los partidos, intentaban encontrar un rumbo hacia una renovación genuina de la *praxis* comunista. Los postulados revisionistas pretendían enterrar el culto a la personalidad --que había llegado a niveles grotescos de emulación de la figura del gran dictador soviético-- y retornar a la aplicación de los preceptos esenciales del marxismo e, incluso, analizar la validez de ciertos aspectos de la teoría marxista cuando la realidad concreta los rebasara. Por otra parte, el revisionismo también se esforzó por otorgar un rasgo humanista a la doctrina, la cual tendría que estar al servicio de la liberación de los hombres y terminar con la sujeción de las sociedades a las irreversibles leyes del progreso.

No obstante, ¿por qué, pese a haberse desarrollado en una atmósfera donde no sólo los intelectuales sino la propia dirigencia soviética promovían un examen exhaustivo de la teoría y práctica socialistas, la rebelión húngara fue finalmente aplastada? ¿Por qué, si el movimiento social húngaro fue, en los hechos, institucional --al responder a los requerimientos de renovación del sistema mismo y ser comandado por un miembro del

---

partido húngaro-- no satisfizo las aspiraciones soviéticas, ni siquiera el ideario de Jruschov?

### La rebelión nacionalista

La visita de Jruschov a Belgrado a mediados de 1955 y la reconciliación yugo-soviética tuvieron un enorme significado en el viraje del pensamiento político de Imre Nagy. La enseñanza histórica del discurso jruschoviano residía, para Nagy, en el derecho de cada país a aplicar los principios del marxismo-leninismo según sus características nacionales pues, de lo contrario, sería inminente la distorsión y el estancamiento del marxismo. Así, la mera copia o imitación mecánica del "socialismo científico" resultaba impropia y "acientífica".<sup>8</sup>

En esta sección será importante destacar los lineamientos básicos de las ideas de Imre Nagy porque éstas --y no las propuestas de renovación del partido-- sirvieron de eje para los intentos de movilización popular. En Hungría el sector reformista del partido, en tanto promotor y parte esencial de la rebelión junto con los intelectuales, empleó la ideología nacionalista en sus escasos intentos por difundir en la clase trabajadora y en la población en general un estado de disposición hacia el cambio. Pero ello no fue suficiente para suscitar alguna estrategia concreta de organización social salvo las reuniones del Círculo Petöfi, auspiciadas por los escritores, de las cuales se hablará más adelante; los consejos obreros que operaban como instituciones plenamente comunistas, derivadas del modelo yugoslavo; y las explosivas pero coyunturales manifestaciones estudiantiles --las cuales, al retomar el discurso independentista de Nagy, fueron más exitosas que el partido

---

<sup>8</sup> Ferenc Váli, Rift and revolt in Hungary, Harvard, Harvard University Press, 1961, pp. 189, 192-193.

cuando se trataba de movilizar a las masas. Sin embargo, los intelectuales, trabajadores y estudiantes casi nunca actuaron de manera articulada.

En el período de 1953 a 1956, Nagy se convirtió en el representante de un sentimiento general de varios militantes del Partido de los Trabajadores Húngaros (PTH) -el partido comunista-- y de la población, con respecto a la ferviente creencia en la nación húngara como miembro autónomo del conjunto de países comunistas. Desde esta perspectiva, la causa principal de los males que corroían al socialismo húngaro era la falta de independencia nacional, así como la desigualdad entre las naciones y los miembros del bloque. Imre Nagy destacó cinco principios base para la convivencia entre naciones comunistas y para la preservación de la libertad política en el interior de éstas. Dichos principios eran: respeto recíproco a la soberanía e integridad territorial; no agresión mutua; no interferencia en asuntos internos; igualdad y beneficio mutuo; y coexistencia pacífica.<sup>9</sup> De esta forma, y justo por al carácter universal de las sentencias enunciadas por Nagy, el líder húngaro consideraba que estos principios debían extenderse a normar las relaciones de todos los países sin importar la ideología política o el sistema de gobierno. Nagy pensaba que lo contrario a estos principios se contraponía también al internacionalismo proletario y a los ideales nacionales constituyendo una desviación hacía el chovinismo debilitador del progreso socialista. En la fórmula húngara, entonces, la clave consistía en combinar el socialismo con el internacionalismo proletario pero, sobre todo, a ambos con la independencia nacional.<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p.195.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 196.

Desde sus escritos, Nagy aseguraba que los puestos directivos del partido y las líneas de conducta se definían en Moscú. lo cual representaba, para el líder de los rebeldes, una agresión flagrante hacia la independencia húngara. En algunos de sus comunicados, Nagy hacía referencia también, aunque en un lenguaje velado, al papel que se acreditaba el comunismo soviético en tanto instancia con el poder de deliberar y decidir sobre las acusaciones y quejas contra el partido comunista húngaro. Así, dado que el *presidium* soviético tomaba resoluciones definitivas sobre la vida política húngara, resultaba evidente que las tensiones en Hungría eran consecuencia de un liderazgo político opuesto a los ideales de independencia nacional, igualdad y soberanía. Las ideas opositoras de Nagy y del movimiento húngaro hacia la revuelta de 1956 se volcaban en una protesta de corte nacionalista y contra la relación desigual entre su país y la Unión Soviética, en la que la salvaguarda de los intereses húngaros dependía de que el gobierno y PTH actuaran como agentes libres en la arena internacional y tomaran sus propias decisiones en los asuntos internos.

De cierto modo, las demandas relacionadas con la dignidad húngara prevalecieron sobre aquellas en pro del bienestar. En este sentido, lo que se pedía eran cosas como la abolición de tratados comerciales o políticos no equitativos; la explotación nacional --es decir, no soviética-- de las minas de uranio; el mantenimiento de una industria nacional con participación de los obreros en su manejo; un sistema agrícola libre, que determinara límites para los terratenientes; libertad política y religiosa, etc. Estas demandas se hacían, según autores como Váli, más por cuestión de "dignidad nacional" y menos por obtener algún beneficio material.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 335.

Por otra parte, Nagy rechazaba los puntos de vista para los cuales el socialismo iba más allá del nacionalismo y que negaban las características peculiares de los comunismos locales cobijándose en un modelo aplicable a todas las circunstancias, a lo que Nagy llamó “la distorsión cosmopolita del marxismo”.<sup>12</sup> A partir de esta idea, el papel histórico de la clase trabajadora consistía en aceptar la responsabilidad de asegurar la independencia y soberanía húngaras, y rescatar al leninismo del desplazamiento stalinista. Imre Nagy no se alejó de la realidad al atribuir al pueblo húngaro dicha obligación que ellos también sentían como suya en buena parte; sin embargo, los húngaros, en tanto sociedad, no establecieron los fundamentos organizativos que los llevara a una rebelión nacionalista efectiva y, el propio Nagy, nunca se propuso articular un movimiento nacional desde las bases.

La oposición húngara de la década de los 50 estaba conformada básicamente por intelectuales y grupos heterogéneos que eran, al mismo tiempo, miembros del Partido: periodistas, escritores, educadores, estudiantes y algunos militantes de bajo rango del PCH. Antes de noviembre de 1955, los disidentes no planearon acciones coordinadas, excepto la campaña para la rehabilitación póstuma de Rajk y la protesta de los escritores --mediante críticas en las reuniones de las células del partido y en los comités editoriales-- por la confiscación de un número de la revista *Irodalmi Újság* después de que en ésta se publicó un ataque disimulado contra el ministro de cultura. Los integrantes del *presidium* de la Unión de Escritores manifestaron, con su renuncia, su oposición a la censura de un documento “comunista”; lo anterior marcó un hecho inusitado ya que las dimisiones

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p.197.

ocurrían por disposición del liderazgo del PTH, y no por decisión propia de los funcionarios. De la misma forma, un grupo de escritores, poetas, artistas y periodistas -- que antes habían sido los favoritos del régimen y seguidores de Stalin-- enviaron un *memorandum* al Comité Central del PTH donde se quejaban por las actividades de funcionarios del partido que estaban “distorsionando la política cultural” del comunismo y “aplicando métodos antidemocráticos” en detrimento de la vida cultural. Este grupo de intelectuales --que ahora intentaba destruir desde dentro el régimen que ellos habían ayudado a edificar y quienes, inclusive, se habían beneficiado de las purgas a los escritores disidentes-- recibieron un duro golpe al escuchar las narraciones de ex convictos que habían sido sus colegas; si bien la élite intelectual creyó en la culpa de los castigados por el sistema, en ese momento la conmoción ante la forma en que se había saldado cuentas fue muy grande, y no se pudo evitar sentir remordimientos. El cambio en la actitud de los intelectuales y sus asociaciones, en un sistema donde la expresión popular se difumina, resultó una variable importante en cuanto al significado político que adquirió. En Hungría, el camino de la revolución de 1956 fue allanado por un sentido de “misión” de los escritores, quienes comenzaban expresarse pese a los riesgos de la expulsión del partido --el cual para algunos ya no simbolizaba mucho sentimentalmente, lo cual no quería decir que la institución partidista no era susceptible de renovarse ni que se debía buscar una alternativa fuera de él.<sup>13</sup>

Rákosi pensaba desalentar los atisbos de rebelión al escoger una víctima prominente como Nagy, el líder no intencional de la resistencia. Rákosi se valió del *memorandum* de escritores como pretexto para expulsar a Nagy del PTH, acusándolo de

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 203-204.

desviación derechista y de haber formado un grupo "antipartido". Asimismo, el Comité Central dio a conocer una resolución en la cual condenaba el oportunismo de derecha en el campo literario, donde se presentaba en forma más abierta, organizada y peligrosa. Después de la publicación de este documento, la mayoría de los sustentantes del *memorandum* retiraron sus firmas. A los que no lo hicieron, se les expulsó del PTH o se les reprimió severamente.

La retractación de los escritores a la primera señal de disgusto del liderazgo del partido revelaba que Rákosi era muy fuerte aún, pero también mostraba que, si bien muchos intelectuales simpatizaban con la resistencia, todavía no se decidían a oponerse sin reservas. Se requería un nuevo signo de debilidad del régimen para volver a encauzar la revuelta: este sería el XX Congreso del PCUS.

Por su parte, la gran masa de la población contribuyó realmente poco al movimiento. Su aportación se ha evaluado por su apego al contenido "social-cristiano" de la democracia y la libertad política enarboladas por el cardenal Minszenty. Sin embargo, en general, Minszenty adoptó una actitud poco conciliadora hacia Nagy y no muy comprometida con la movilización. En la revuelta polaca que tuvo lugar también en 1956, en cambio, el cardenal Wyszynski, primado de Polonia, fue bastante condescendiente con el nuevo gobierno de Gomulka, emergido de la rebelión. La Iglesia católica polaca era consciente de que, dada la inmensa fuerza que poseía, cualquier crítica a Gomulka lo habría opacado al grado de atraer una intervención soviética devastadora e impositora de un nuevo stalinismo. A diferencia de Gomulka --quien ya había sido ratificado y aprobado por Moscú como primer secretario del partido--, Imre Nagy, aún

---

como primer ministro húngaro, se tambaleaba entre el poder soviético y la incertidumbre doméstica; ante esto, el cardenal Mindszenty decidió no comprometerse abiertamente con las fuerzas opositoras. Pese a que el cardenal defendió --después de la caída de Rákosi-- la idea de convocar a elecciones sin abusos y con todos los partidos políticos participando bajo la supervisión internacional, en foros públicos Mindszenty llegó a expresar su deseo de que a su país se le permitiera “vivir en paz con todas las naciones pero, antes que nada con el ‘Imperio Ruso’”, el cual debería suponer que el pueblo húngaro le tendría mayor estima si no lo subyugara. Otras convicciones del cardenal en pro de la renovación del sistema, para convertirlo en auténticamente comunista, eran su desacuerdo con los conflictos o la discordia intrapartidista, el reconocimiento de la no existencia de clases sociales en la sociedad húngara y las esperanzas en el desarrollo de un sistema de pequeña propiedad privada pero limitada a los intereses sociales.<sup>14</sup>

De todas formas, discurso católico no tuvo efectos prácticos en el desarrollo de los hechos húngaros, y su apoyo a Nagy no habría cambiado mucho la opinión del Kremlin sobre el líder de la revuelta, pues la Iglesia no era una institución tan apabullante como en Polonia.

En cambio, el escenario principal de la *intelligentsia* antirákosiana, el llamado Círculo Petöfi, --fundado oficialmente en marzo de 1956, aunque ya operaba desde 1954 a la caída de Nagy como Primer Ministro-- sí tuvo una influencia importante en el movimiento húngaro. El Círculo Petöfi funcionaba como sociedad de amigos dentro del Club Kossuth, un grupo de debate para los intelectuales, perteneciente a la Sociedad de Divulgación del Conocimiento Científico y Político, patrocinada por la organización

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 336-337.

soviética del mismo nombre. El Círculo Petöfi se diferenciaba de la Unión de Escritores en dos aspectos. En primer lugar, la capacidad la Unión para admitir a sus miembros era limitada y estaba condicionada a ciertos requisitos; por el contrario, el Círculo Petöfi albergaba intelectuales de todo tipo y de todas las áreas, funcionarios del partido y de diversas instituciones gubernamentales, fungiendo como un espacio de contacto entre comunistas y no comunistas. En segundo lugar, una de las principales características del Círculo era el predominio de las ideas nacionalistas, incluso por encima de la propia doctrina comunista, a diferencia de la asociación de los escritores cuyos integrantes estaban muy alejados de cualquier discurso nacional.<sup>15</sup> De esta forma, la serie de conferencias y debates en el Círculo Petöfi significaron un punto de encuentro y un espacio de intercambio de ideas para el sector de los intelectuales, al cual se unieron con el tiempo los estudiantes y, en forma esporádica, algunos grupos de obreros.

La manifestación del 23 de octubre, organizada principalmente por la fracción estudiantil, fue, para muchos, el detonador de la revuelta y lo que puso a las masas en movimiento para generar, a partir de allí, una reacción en cadena. En cierto modo, la élite del partido no fue capaz de producir una movilización popular de tal magnitud porque su propósito de regresar al PTH a la “pureza moral e ideológica” no removía profundamente a la población. El retiro de las tropas soviéticas y la celebración de elecciones libres en un sistema multipartidista, principales puntos del programa de demandas de los estudiantes, tenían mayor relación con los asuntos de la vida pública y con la independencia nacional. A pesar de ello, --y de que los estudiantes movilizados se separaron, en el otoño del 56, de la base institucional que les otorgaba el régimen, la Liga Comunista de la Juventud

---

<sup>15</sup> Paul Zinner, Revolution in Hungary, New York, Columbia University Press, 1962, pp. 195-195.

Trabajadora, la cual había servido como vía de legitimación para sus actividades de protesta-- el ala estudiantil actuaba muy parecido a las masas: de repente pasaban de la disciplina comunista a la insubordinación hacia el gobierno, y no tenían una estrategia de organización ni conciencia de responsabilidad por el régimen --la cual sí había empapado a los escritores,<sup>16</sup> quienes definitivamente sentían “la necesidad de ser redimidos ante sus propias conciencias, la gente o la historia”.<sup>17</sup>

A decir de Kecskemeti, los húngaros que no eran miembros del partido fueron menos proclives a participar en actividades opositoras y tuvieron una actitud mucho más pasiva en la revuelta si se les compara con quienes estaban enrolados en las filas comunistas. Según testimonios que el propio Kecskemeti recogió de uno de los líderes de la revolución húngara, la lucha de los escritores fue casi exclusivamente una movilización en el interior del partido, pues aquellos que no pertenecían al PTH se mantuvieron apartados en las etapas cruciales del conflicto. Si bien los escritores pasivos --es decir, quienes no militaban en el partido o no eran miembros distinguidos-- conciliaban con las demandas de sus colegas, se percibían demasiado vulnerables para asumir los costos de una militancia política opositora. Entre los estudiantes pareció haberse repetido este escenario; en palabras de Kecskemeti: “Los que fueron en esa época estudiantes de origen clasemediero me dijeron que su *posición anómala* los hacía sentirse muy inseguros y, por lo tanto, prefirieron evitar cualquier asunto político en público”.<sup>18</sup>

---

<sup>16</sup> Paul Kecskemeti, The unexpected revolution. Social forces in the Hungarian uprising, Stanford, Stanford University Press, 1961, pp. 79-81.

<sup>17</sup> Ibid., p. 82.

<sup>18</sup> Ibid., pp. 83-84.

Por otra parte, los escritores intentaron establecer contacto con las masas y, en particular, con los trabajadores industriales --sobre todo después de la revuelta polaca, cuando los intelectuales pensaron que el rumbo de las cosas en Hungría dependería de si los intelectuales movilizaban a los obreros o si el gobierno lograba mantenerlos en paz. Los escritores hablaron directamente con los trabajadores en las fábricas, pero la respuesta fue muy poco entusiasta: los obreros desconfiaban de los integrantes de la alta burocracia comunista, y más si los escritores no atacaban al partido en tanto institución del sistema y se conformaban con reformas, por muy radicales que éstas fueran. Kecskemeti cuenta en su libro una anécdota al respecto: uno de los trabajadores de la región de Csepel decidió sumarse a la lucha de los escritores, pero amparándose en una frase: “los proletarios estamos [en la batalla de los intelectuales] estrictamente por hambre”.<sup>19</sup>

En el mismo tenor, Kecskemeti emplea el término “atomización” para referirse al grado en que la gente deja de expresar su opinión sobre asuntos políticos en público. Para este autor, dentro de los trabajadores, los de “cuello blanco” eran los más “atomizados” y reservados; inclusive, entre ellos mismos no había comunicación sobre críticas al régimen. Entre los obreros industriales, la “atomización” no era mucho menor: se mostraron, en general, indiferentes y escépticos ante las actividades disidentes de grupos como los escritores o los estudiantes. Las entrevistas del propio Kecskemeti con los obreros revelaban apatía, poca conciencia respecto a los cambios que se proponían para el sistema húngaro o, cuando menos, mucha desconfianza. El mismo trabajador de Csepel escribió en *Iroldami Usaj*: “Hay que admitir que los obreros no creen en palabras

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 79

abstractas sin apoyo en acciones tangibles. Ellos no ven las cosas desde arriba. Basan sus juicios en cambios reales que experimentan en sus propias vidas”.<sup>20</sup>

En Hungría los trabajadores, campesinos, empleados eran sujetos del adoctrinamiento dogmático y de una fraseología imprecisa que no aportaba nada en sustancia. El control comunista de la fuerza de trabajo era total, y resultaba muy complicado encontrar canales de expresión para el descontento obrero; no obstante, en las organizaciones del partido las voces de algunos trabajadores comenzaron a oírse en la primavera de 1956, después del ya célebre XX Congreso del PCUS.

Entonces comenzaron a funcionar los llamados consejos obreros, surgidos del descontento de los trabajadores por carecer de unidades sindicales representativas --pues los sindicatos eran organismos pseudoautónomos a cuyos funcionarios los designaba el partido-- que actuaran en pro de sus intereses.

Los húngaros sabían de la existencia de los consejos obreros en Yugoslavia, los cuales habían tomado a su cargo las fábricas y elevado el nivel de vida y el *status* social de los trabajadores muy por encima de los otros países del bloque comunista. Los economistas, intelectuales y líderes obreros húngaros estudiaron y adoptaron el modelo yugoslavo de consejos. Además, en los debates de estudiantes, del Círculo Petöfi, e incluso en las manifestaciones obreras previas al estallido de la revuelta, se discutió la necesidad de ganar autonomía para las fábricas, las cuales tendrían que funcionar bajo la dirección y la administración de los trabajadores con sindicatos que verdaderamente representaran los intereses de sus agremiados. De hecho, los consejos obreros --establecidos mediante elecciones democráticas entre los obreros, donde las circunstancias

---

<sup>20</sup> Ibid., p. 85.

lo permitieron, y evitando en lo posible la elección de miembros del PTH-- empezaron a operar en minas, hospitales, fábricas y granjas del Estado aun antes de que el Comité Central del partido aprobara su existencia.<sup>21</sup>

Los consejos obreros inmediatamente se hicieron cargo del manejo de las empresas: despidieron a los integrantes de la administración que no eran de fiar, controlaron las finanzas, el pago de salarios y apoyaron a las familias de los trabajadores en el campo de batalla. Durante la acción en Budapest, los consejos constituyeron y mantuvieron "grupos libres de combate" y estuvieron al frente de las huelgas alrededor de Hungría. De hecho, los acontecimientos políticos absorbieron casi todas las actividades de los consejos obreros, dejándoles muy poco margen para la organización económica de las fábricas. Una vez terminada la contienda en Budapest, la tarea principal de los consejos fue la reparación de sus lugares de trabajo y maquinaria para retornar al empleo.<sup>22</sup>

De acuerdo a sus características, los consejos obreros aparecieron en mayor medida como representantes genuinos de los trabajadores, y menos como un apéndice del gobierno comunista. En general, estos consejos se establecieron de manera espontánea, mediante el voto popular y democrático. Los consejos obreros acogieron al número más reducido de comunistas que, en general, eran miembros no muy comprometidos con el partido. El conjunto discursivo de los consejos no reflejaba la ideología marxista ni de alguna doctrina social o económica definida, más bien, daba a conocer las demandas

---

<sup>21</sup> Zinner, *op. cit.*, p. 271.

<sup>22</sup> Naciones Unidas, Hungría. Informe de la Comisión Especial de las Naciones Unidas, Buenos Aires, Ágora, 195, p.321-322.

obreras y sus requerimientos, lo que lo convertía en un lenguaje estrictamente pragmático, directo, que no se enredaba en ninguna terminología.<sup>23</sup> Esta forma tan prosaica de expresión era una muestra de que los obreros no habían adoptado el lenguaje comunista ni habían sido influenciados de forma efectiva por tal ideología, ya que no pensaban en los mismos términos que los líderes socialistas. Cuando más, los obreros repararon en el pensamiento nacional-independentista de Nagy y en el modelo de organización comunista de una nación --Yugoslavia-- que había enfrentado a la autoridad soviética.

Si bien las demandas radicales, las que pugnaban por la emancipación de la sociedad con respecto al gobierno y a la URSS, eran las del sector obrero y los estudiantes, éstos nunca estuvieron a la cabeza de rebelión ni formularon estrategias bastante hábiles para articular un movimiento amplio e incluyente. La acción más radical que llegó a proponer Nagy fue la formación de un Frente Patriótico Popular, una federación en la cual podía participar toda la población, incluso los no afiliados al partido; sin embargo, se insistió marcadamente en el papel líder del partido en el Frente, con el propósito de evitar que fuera rebasado por las masas. Aun así hubo un momento, al declararse la conformación de un sistema multipartidista en Hungría, en que Nagy no pudo más controlar y definir el curso de la rebelión, la cual empezaba a salir de las instancias del PTH.

### El pluripartidismo: de la salvación a la amenaza

La estructura de gobierno de los países del este europeo se basaba en el presupuesto del control del partido sobre la administración del Estado y el desempeño del gobierno pero,

---

<sup>23</sup> Váli, *op-cit.*, pp. 35-36.

también, en la vigilancia y la promoción partidista de las organizaciones y movilizaciones sociales. Dado que los escritores eran miembros activos del partido, no resultaba extraño que su movimiento en la Unión también fuera administrado por el PTH y que su lucha contra el sistema se hiciera desde dentro del mismo.

Además de ocurrir prácticamente dentro de las filas del partido, la revuelta húngara fue un levantamiento de carácter patriótico, a favor de la independencia nacional, pero también una revuelta contra el régimen tiránico y en pro de la democracia. Justamente por esta razón, los valores políticos fueron más importantes que los aspectos económicos o incluso sociales. El objetivo, como hemos visto, no sólo era liberar al gobierno del control soviético, sino terminar con la dictadura de un sólo partido mediante elecciones democráticas.

El primero en proponer de forma explícita un sistema multipartidista fue Zoltán Tildy, el llamado político "burgués" del PTH, una semana después de haber iniciado los disparos de la primera intervención soviética. Tildy argumentó que la restauración de un sistema multipartidista iba a ser una medida para prevenir la aniquilación total del partido y de los logros obtenidos con el socialismo. Para él, en vista de la impopularidad de los comunistas, un sistema de partidos plural y democrático sería lo suficientemente dinámico para garantizar la sobrevivencia del partido comunista y apaciguar los ánimos de la derecha. El *presidium* del partido aprobó unánimemente el plan propuesto por Tildy. Enseguida, se invitó al Partido Socialdemócrata, al Partido Nacional Campesino --el cual, por contar con un gran número de integrantes excluidos o expulsados del comunismo, adoptó el nuevo nombre de Partido Petöfi-- y al de los Pequeños Propietarios a

reorganizar sus filas: éstos tres formaron juntos una coalición.<sup>24</sup> Además, durante esos días surgieron nuevas agrupaciones políticas: el Partido Católico, el Democrático-Cristiano y el Democrático del Pueblo, los dos primeros emergiendo con tal fuerza y con tal apoyo de las masas que habrían significado un enemigo competitivo para los otros de haberse celebrado elecciones.<sup>25</sup>

Los tres partidos que conformaban la alianza pidieron tener la misma representación en el gobierno junto con el PTH, como compensación al monopolio de poder del partido comunista en años anteriores. Aunado a esto, hubo manifestaciones ante el edificio del parlamento para exigir la renuncia de Ferenc Münnich, el ministro del interior “moscovita”. Ante las críticas, se decidió reforzar al gobierno de coalición<sup>26</sup>, haciendo renunciar a los miembros stalinistas y pro soviéticos del gabinete de ministros. El nuevo gobierno tenía ahora tres representantes del PTH (Nagy, Kadar, Losonczy); tres del Partido de Pequeños Propietarios (Tildy, Béla Kovács, István B. Szabó); tres de los socialdemócratas (Kéthly, Kelemen y Jozsef Fischer); y dos del Partido Petöfi (Ferenc Farkas y Bibó). El nuevo equipo no alcanzó a diseñar un programa de gobierno, en parte porque los partidos no comunistas de la coalición no fueron muy hábiles en su intento de formular un proyecto alternativo y, en parte, debido a la segunda intervención soviética.

La decisión de establecer un sistema multipartidista no fue unánime dentro de las filas del PTH; de hecho, en el interior de este organismo político se dibujaron divisiones que algunos autores describen como facciones definidas. Primero los stalinistas, quienes

---

<sup>24</sup> Estos partidos existían en el sistema comunista húngaro prácticamente sólo como ornato, ya que no tenían ningún papel en la vida pública.

<sup>25</sup> Zinner, *op. cit.*, pp. 306-307.

<sup>26</sup> Este gobierno colectivo, integrado luego de la destitución de Erno Gero, lo conformaban Imre Nagy, Zoltán Tildy, Béla Kovács, Ferenc Erdei, János Kádár, Geza Losonczy y alguien a ser nominado por el Partido Socialdemócrata.

apoyaron a Rákosi y luego a Gerö. En segundo lugar el grupo del centro, cuyo representante era Janos Kadar --a quien Nagy había nombrado primer secretario del PTH-- los cuales aceptaron, aunque a regañadientes, dejar a un lado el sistema de un solo partido albergando la esperanza del apoyo soviético para revertir esta situación. En tercer lugar, el grupo de "revisionistas" o "nacional comunistas" quienes hacían énfasis en el "camino húngaro" hacia el socialismo, en su propia interpretación del marxismo-leninismo y en la independencia con relación a los soviéticos. Por último, los "derechistas" o "reformistas" quienes pensaban hacer del PTH un partido democrático, sujeto a un modelo parlamentario y a la competencia interpartidista, dispuesto a abandonar la dictadura y su adhesión a la doctrina marxista. El primer grupo no fue escuchado en la toma de decisiones después de la destitución de Gerö, y la inclinación de los "derechistas" y los "nacional comunistas" era, si no a favor de la desaparición del PTH en tanto comunista, si en pro del multipartidismo. No obstante, ¿qué hizo que los "centristas" y Kadar se convencieran de aceptar elecciones libres y competidas entre varios partidos? Los integrantes del *presidium* soviético pensaron que la mejor táctica para mantener las "ganancias sociales" y de paso aminorar el sentimiento antisoviético era restaurar el estado de cosas vigente en Hungría de 1945. De este modo, los "centristas" no tuvieron más remedio que aceptar la organización de un sistema de libre competencia partidista, pese a que sabían que ello significaba la degradación y, probablemente, la autoaniquilación del PTH --pues, en caso de elecciones libres y populares, sería segura la derrota socialista aun con Imre Nagy a la cabeza, lo que para la URSS no aparecía tan

claro.<sup>27</sup> A decir de varios autores<sup>28</sup>, el grupo de Kadar nunca dejó de tener contacto con Moscú, ni de sujetarse a las recomendaciones del Kremlin mediante el embajador soviético en Hungría, Andropov, y en las conversaciones que Kadar sostuvo con Suslov y Mikoyan, miembros del politburó soviético, cuando visitaron Hungría al día siguiente de la manifestación reprimida, es decir, el 24 de octubre de 1956. Ante estas evidencias, es lícito inferir que los líderes soviéticos influenciaron las decisiones del grupo, en ese momento, al frente del partido húngaro. Ello se confirma cuando el propio Tildy, después de su reunión con Mikoyan, informó que los soviéticos habían dado el visto bueno al retiro de sus tropas de Hungría, a la no interferencia en los asuntos húngaros y al sistema multipartidista. Es muy probable que el Kremlin haya admitido, en un principio, el pluralismo político con el objeto de aplacar los ánimos de los disidentes por un tiempo razonable y evitar una segunda intervención militar pues, en caso de ocurrir ésta, se pondría en peligro la distensión con occidente que tan útil era para la URSS.

Kadar justificó el sistema multipartidista ante los húngaros con dos argumentos: el miedo a las fuerzas contrarrevolucionarias y a la reacción, y otro que Kadar supo conectar muy bien con el primero y que definió como la posibilidad de una intervención armada proveniente de occidente que podría imponer a Hungría 'la trágica suerte de Corea'.<sup>29</sup>

La Unión Soviética desistió de aceptar el pluralismo político en Hungría casi inmediatamente después de haberlo aprobado: la reorganización del partido campesino y el socialdemócrata parecía tener bases sólidas y aceptación popular, precisamente lo que

---

<sup>27</sup> Loc.cit.

<sup>28</sup> Váli, op.cit., p.302.

<sup>29</sup> Ibid., p.303.

le faltaba al sistema de partido único y al régimen comunista.<sup>30</sup> Por ello, ante el primer atisbo de posibilidad real de que el PTH perdiera el poder en elecciones democráticas, la URRS se convenció de la catástrofe que podía traer consigo el multipartidismo. Además, como se verá más tarde, el contexto internacional fue propicio a final de cuentas para que la Unión Soviética llevara sus tropas a Hungría, lo que resultó inevitable luego de las declaraciones de los rebeldes húngaros de sustraer a su país del Pacto de Varsovia.

En otro orden de ideas, como ya se ha mencionado, el movimiento húngaro se llevó a cabo, en buena parte, dentro del círculo de la militancia partidista. A mediados de los años 50, los funcionarios del PTH, que habían estado incondicionalmente bajo las órdenes de Rákosi, le daban la espalda al primer secretario y se mostraron dispuestos a actuar abiertamente contra él. Si bien no se distinguían facciones bien definidas dentro del liderazgo partidista, sí había grupúsculos que representaban ciertas tendencias. Los comunistas que fueron hechos prisioneros en la era stalinista y ahora habían sido rehabilitados dentro del partido no tenían una visión ni una actitud uniforme con relación al liderazgo de Rákosi. János Kadar y su círculo de seguidores, aunque se oponían a la dirección de Rákosi, eran elementos bastante adaptables, acomodaticios, conformistas, -- en el sentido de que asimilaban cualquier medida que disminuyera el poder del primer secretario e incrementara el de ellos, sin idear una política socialista más profunda y de largo alcance. Su actitud hacia el grupo de Nagy era más bien hostil y de rivalidad, pues sospechaban que la popularidad y las habilidades intelectuales de Nagy podían llevarlo a asumir el liderazgo. En cambio, la élite intelectual del partido --compuesta por Geza

---

<sup>30</sup> François, Fejtő, Historia de las democracias populares, 1953-1970, Barcelona, Martínez Roca, 1971. p. 139.

Losonczy, Ferenc Donáth, Miklos Gimes y Jozsef Szilágyi-- sí eran adherentes de Nagy y contrarios al comunismo de corte marxista-leninista.<sup>31</sup> Quizás la principal diferencia entre los seguidores de Nagy y los del grupo de Kadar era que los primeros buscaban cambios en la confección de la política comunistas y no simplemente la sustitución del personal.

Nagy y su grupo fueron acusados, hacia 1958, de haber formado una asociación conspirativa contra el comunismo. Sin embargo, las acciones de Nagy, Losonczy y Donáth nunca trascendieron el intercambio de ideas políticas y la promoción del debate intrapartido sobre asuntos delicados por medio de grupos de presión en el interior del PTH. No llegaron jamás a esbozar una estrategia hacia la organización colectiva.<sup>32</sup> De cualquier modo, el activismo contra Rákosi permaneció clandestino en el PTH hasta el XX Congreso del PCUS.

Cuando se implementó el sistema multipartidista en Hungría, Kadar, ya al frente del partido para entonces, definió al nuevo PTH como fiel a los principios del marxismo-leninismo y al socialismo científico apegado a las características de la sociedad húngara, pero libre del leninismo y de otros dogmatismos. El nombre del PTH cambiaría a Partido Húngaro de los Obreros Socialistas el cual sería organizado por un comité integrado por revisionistas como Lukács, por derechistas como Donáth y Nagy --quien más bien oscilaba entre el revisionismo y la disidencia declarada, aunque reforzaría su postura derechista después de la segunda intervención soviética-- y por el propio Kadar, el único que se consideraba del centro.<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> *Ibid.* , p.206.

<sup>32</sup> *Ibid.* p. 207.

<sup>33</sup> Zinner, *op.cit.* , p.303.

Miembro activo PTH, Nagy era un hombre decididamente convencido de la ideología leninista; creía en la democracia en el interior del partido así como en la discusión libre y abierta entre las filas comunistas. Las ideas del líder de la revuelta húngara con relación a la forma de organización en un régimen socialista se alejaban considerablemente del autoritarismo stalinista, pues Nagy mantenía una línea profundamente legalista que confiaba mucho más en las instituciones que en la decisión unilateral de los dirigentes.

Quizás el rasgo donde Imre Nagy parecía ser diferente del modelo clásico del militante comunista de los años 50 era en sus preceptos éticos con respecto a la “moral socialista” y la “moral burguesa”. Nagy nunca definió un concepto para cada tipo de moralidad y tampoco hizo énfasis en la diferencia entre una y otra. No obstante, el disidente húngaro sí expresó su concepción de moralidad política, que para muchos de sus colegas resultó muy cercana a lo que ellos llamaron un “burgués moralista”. Para Nagy, una sociedad en proceso de desarrollar los principios socialistas tenía que adoptar “los ideales morales y principios éticos comunes a la humanidad como un todo y peculiares de la nación húngara”.<sup>34</sup> Cuando los comunistas se referían a su propia moral, ésta no era más que un conjunto de reglas para alcanzar las metas del Partido, por lo que ni siquiera el terreno ético podía escabullirse de la omnicomprensividad del sistema político. Nagy decidió escaparse del ámbito de la política comunista al definir su campo de valores como los mismos, comunes e inherentes a todos los seres humanos. De esta forma, la definición ética es arrojada a las márgenes de las metas propiamente socialistas pero, pese a ello, no pierde su valor como propulsora hacia la consecución de tales metas. Para la mayoría de

---

<sup>34</sup> Váli, *op.cit.*, p.191

los comunistas contemporáneos de Nagy, esto significaba fundar cimientos burgueses para edificar el socialismo.

La crisis en la vida social y en los valores de los miembros del Partido hicieron ver a Nagy la necesidad de rescatar el sentido marxista-leninista de la ética como reflejo de la subestructura: la crisis moral era síntoma de un curso equivocado en la base de la economía y del sistema social; por ello el progreso material de un país socialista tenía que ir a la par del avance ético. En este sentido, mientras Jrushov se esforzaba por erradicar el culto al individuo, la lucha de Nagy consistía en abolir toda la degeneración y corrupción de la vida pública, la falta de principios entre los miembros del partido.

Por otra parte, para el líder de la revolución húngara había que distinguir entre las fuerzas componentes del comunismo en el momento de fincar responsabilidades. Nagy no culpaba al socialismo, como sistema, de su propia decadencia, tampoco al PTH como institución ni a los militantes comunistas: el cambio debía efectuarse básicamente en el grupo dirigente del partido y los líderes comunistas en pro de una “regeneración política y moral”.<sup>35</sup> Nagy pensaba que quienes trabajaran en la transformación del partido para ganar la confianza de la gente tenían que ser los elementos del PTH libres de los crímenes del pasado. Desde esta perspectiva, la organización de las bases o de los sectores populares no militantes no estuvo considerada. No obstante, el acercamiento de las masas a Nagy —las que finalmente apoyaron su regreso al PTH en calidad de líder— tuvo mucha relación con la necesidad popular húngara de respaldar a un comunista-nacionalista contra Rákosi.<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 194

<sup>36</sup> George Mikes, *The Hungarian Revolution*, Londres, Andre Deutsch, 1957, p. 71.

### Hungría, inexistente

De acuerdo con el ambiente de destalinización de aquella época, Nagy podía decir abiertamente que la amistad de Hungría con Yugoslavia debía reestablecerse dada la interdependencia económica y política entre ambos países. Además, Nagy compartía con Tito la concepción de que en los países socialistas como los suyos, la buena relación entre ellos y con la URSS no tenía por qué desechar los vínculos de cooperación con Occidente. En este sentido, ambos líderes pensaban en una política neutral pero de 'socialismo democrático' entre los países del Danubio.

La disolución de la Cominform<sup>37</sup> en abril de 1956 animó a los húngaros a intercambiar el modelo de desarrollo socialista soviético por el yugoslavo dado que, a todas luces, en la batalla Tito-Stalin, el primero se había llevado el triunfo. En su visita a la Unión Soviética, Tito intentó convencer al liderazgo del PCUS de deponer a Rákosi: al frente del partido húngaro; no obstante, el Kremlin aún tenía esperanzas de que Rákosi sorteara las dificultades internas.

Por otra parte, el concepto de destalinización era diferente para Jruschov y para Tito. El líder del PCUS pensaba en atraer poder y legitimidad para su Estado en su zona de influencia y regresar a la oveja descarriada, Yugoslavia, al seno soviético. Tito, en cambio, aplicaba la distensión poststalinista no sólo a las relaciones yugo-soviéticas sino a la convivencia con todos los demás países socialistas, por lo que en el fondo no renunció

---

<sup>37</sup> La Cominform, fundada por Stalin en 1947, tenía por objeto centralizar el comunismo europeo en la URSS para que ésta ejerciera el control absoluto sobre los partidos nacionales. Mediante la Cominform, Moscú organizó el bloque soviético como uno de los bandos de la Guerra Fría y condenó al socialismo yugoslavo.

a tratar de extender la fuerza del socialismo yugoslavo a algunos países vecinos con el consentimiento de la URSS.<sup>38</sup>

El ambiente de distensión y paz poststalinista fue tomado en serio por el liderazgo colectivo de Moscú, el cual no iba a solapar arrestos a los miembros de los partidos comunistas, ejecuciones o purgas. Esta determinación del Kremlin ató de manos a Rákosi, quien se dio cuenta de que, en última instancia, sus colaboradores eran servidores del PCUS antes que de su dictadura.<sup>39</sup> Así, dadas las metas conciliatorias que perseguía la política de Moscú hacia los propios países socialistas, la caída de Rákosi tuvo mucho que ver con la presión de Tito sobre los diseñadores políticos del Kremlin, junto con la propia incapacidad del dirigente húngaro para resolver el conflicto interno.

De su estancia en Hungría, Mikoyan y Suslov habían concluido que, dado el fuerte sentimiento antisoviético de la población --evidenciado en el transcurso de la manifestación popular del 23 de octubre, reprimida por las tropas soviéticas en su primera actuación en Budapest--, la intervención de las fuerzas del imperio y la subsistencia de líderes húngaros stalinistas no democráticos estaba agravando el conflicto. Por ello, se ordenó a las tropas soviéticas --que habían invadido Hungría-- deponer las armas y evacuar Budapest. Con medidas como esta, se pretendía también neutralizar las aspiraciones de Tito de extender su "comunismo nacional" a otros países del este europeo. En la declaración del 30 de octubre de 1956 --fecha en que los dos miembros del politburó soviético estuvieron en Hungría--, el Kremlin hizo saber su intención de revisar la función, el lapso de tiempo y la naturaleza de sus tropas en Rumania y Hungría, así

---

<sup>38</sup> Váli, *op. cit.* p. 224

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 232-233

como analizar los lazos económicos y militares que ligaban a la URSS con otras naciones socialistas. Pese a esta “Carta Magna” de derechos y deberes de los satélites soviéticos, el sistema multipartidista ya daba señales de despojar al PTH de su monopolio negando, en consecuencia, la supremacía de la URSS sobre Hungría. Además, los soviéticos se percataron de la intención del nuevo primer ministro de formar una coalición de gobierno separada de las instrucciones de Moscú. En su visita a Hungría, Suslov y Mikoyan se sorprendieron de los deseos de Nagy de comenzar negociaciones en pro del completo retiro de las tropas soviéticas y a favor de la sustitución de la membresía húngara al Pacto de Varsovia por la firma de un acuerdo bilateral de amistad entre Hungría y la Unión Soviética.<sup>40</sup>

La expulsión de Gerö --un remanente stalinista-- al frente del gobierno húngaro, la llegada de Nagy como primer ministro y de Kadar como líder del PTH dibujaban un mapa coincidente con las aspiraciones de Tito. La orientación titoísta de Nagy, expresada en varios de sus escritos, y la visita de una delegación del PTH a Yugoslavia en octubre de 1956 hizo pensar a la URSS en la clara posibilidad de que los húngaros decidieran un socialismo de tipo yugoslavo y se fracturaran los lazos con el imperio. Si bien los soviéticos auspiciaron en un principio la posibilidad de elecciones libres, compitiendo varios partidos con el comunista, no contaban con que la debilidad del PTH pudiera hacer que el papel dirigente del Estado lo tomara otra organización política. El Estado yugoslavo también comenzó a alarmarse: tendría al norte de su país un gobierno no comunista, o bien, un neostalinismo llevado a Hungría por las bayonetas soviéticas que terminaría con las aspiraciones titoístas de una relación URSS-satélites reformada. Y, en

---

<sup>40</sup> Zinner, *op.cit.*, p.319-120.

efecto, el sueño de Tito terminó el 4 de noviembre de 1956, cuando las tropas soviéticas actuaron sobre territorio húngaro a pesar de las promesas de revisionismo hechas por la URSS a sus satélites. Tito aceptó la invasión, aparentemente resignado y sin el apoyo exterior a su proyecto.<sup>41</sup>

Por otra parte, Rákosi, en su momento no empleó la fuerza y la coerción necesaria para conjurar la movilización opositora dentro de su partido, lo cual se explica por la prohibición, proveniente de Moscú, de desplegar medidas policíacas contra los miembros de los partidos comunistas. Además, dentro del aparato de represión comunista se vivía una crisis de legitimidad: el nuevo curso socialista iniciado formalmente en 1953 enfatizaba el respeto a la legalidad el cual, junto con la eliminación de Beria, el líder soviético representante del aparato represivo, había dado pie a una oleada de persecución, juicio y purgas contra los que antes habían sido los persecutores. Los altos funcionarios de las instituciones de represión se sentían traicionados por los jefes políticos, quienes no asumieron su responsabilidad en los actos de terrorismo y crimen y, en cambio, presentaron a la dirección de las instancias represivas como un ente que había actuado por iniciativa propia, independiente de las órdenes de la alta burocracia. Es por eso que la policía se encontró sin la autoridad moral para intervenir inmediatamente en cualquier conato de rebelión, como en otros tiempos habría sucedido.<sup>42</sup>

En 1956 no sólo ocurrió la revuelta húngara en el bloque dominado por la URSS, también los polacos se movilizaron. Ambos eventos pudieron haber significado un cataclismo internacional dentro del maniqueísmo este-oeste y la formación de un frente

---

<sup>41</sup> Váli, *op. cit.*, pp.349-352

<sup>42</sup> Kecskemeti, *op. cit.*, pp. 73-74.

común contra la agresión soviética a Hungría, de no ser por otro conflicto que acaparó la atención de los jefes de Estado occidentales: el asunto del control egipcio sobre el canal de Suez. Durante los 6 o 7 días en que el gobierno de Nagy esperó el reconocimiento de occidente, ninguna acción eficaz fue tomada por Estados Unidos o sus aliados excepto un llamado al Consejo de Seguridad de la ONU --en el que no se realizó una votación sobre la justeza de la invasión sino hasta que ésta ya había pasado-- y una reunión de emergencia en la cual el representante húngaro, Péter Kos, dijo que la intervención soviética había sido demandada por el propio gobierno húngaro y que era, en todo caso, un asunto de jurisdicción interna.<sup>43</sup>

La decisión del liderazgo poststaliniano de la Unión Soviética de tolerar el nacionalismo de Europa del este --siempre y cuando no se amenazara al sistema comunista-- y hacer las paces con Tito era acorde con el espíritu del XX Congreso del PCUS, en el que Jruschov reveló en su famoso "discurso secreto" la cara criminal del stalinismo.

Por ello, la decisión de intervenir militarmente en Hungría no fue, de ninguna forma, inmediata, ni aun cuando los dirigentes del Kremlin se percataron de que el movimiento húngaro, incluso el propio gobierno en manos de Nagy, perseguía la neutralidad de Hungría y su retiro del Pacto de Varsovia. De hecho, el politburó soviético se encontraba en una encrucijada al encarar el problema húngaro pues, del mismo modo que no quería fomentar un gobierno fuera de los cánones doctrinales ni sacar del poder al PTH mediante la celebración de elecciones libres, tampoco se podía dar el lujo de que la represión en Hungría terminara con la distensión entre la URSS y occidente.

---

<sup>43</sup> Mikes, *op. cit.*, p. 144.

Sin embargo, todo fue más sencillo para la Unión Soviética dada la actitud particularmente pasiva de Estados Unidos. El secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, confiaba en que la liberación del este europeo iba a ocurrir espontáneamente como consecuencia de la implosión ante sus propios problemas internos. En este sentido, Dulles apostaba por una 'separación pacífica' de Moscú a la cual los estadounidenses podían contribuir con métodos no militares apoyando a proyectos como el de Tito y distribuyendo propaganda norteamericana. Si para Dulles la liberación de los satélites comunistas tenía que suceder tarde o temprano por un proceso de autodescomposición, los esfuerzos occidentales para fomentar levantamientos serían vanos y sólo ocasionarían castigos sangrientos a la población del este por parte de Moscú.<sup>44</sup>

No obstante, fue justamente esta política exterior pasiva e incluso indiferente hacia las acciones que la URSS pudiera emprender contra Hungría lo que dio confianza a János Kádár para intervenir sin peligro de una respuesta perjudicial de occidente. El presidente Eisenhower, en su informe por radio y televisión al pueblo estadounidense pronunciado el 31 de octubre, evitó cualquier comentario, por mínimo que fuera, sobre la posibilidad de sancionar a la URSS si optaba por la represión en Budapest; en cambio, si llamó la atención de Francia y Gran Bretaña con relación al conflicto de Suez. En dicho informe, Eisenhower dio a conocer la negativa norteamericana por imponer una solución de fuerza al conflicto húngaro con miras a desaparecer la dominación soviética; asimismo, dijo que jamás se había pensado en considerar a los satélites soviéticos como 'potenciales

---

<sup>44</sup> Henry Kissinger, La diplomacia, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 542.

aliados militares'. La renuncia norteamericana de recurrir a la fuerza tranquilizó a los soviéticos, si bien dudaron seriamente que Estados Unidos pretendieran haber tomado esa decisión en beneficio de Europa del este y no para salvaguardar sus intereses o, por lo menos, su retórica.<sup>45</sup>

En vísperas de la intervención, los diarios rusos *Pravda e Izvestia* publicaron una declaración oficial del Kremlin en la cual se afirmaba que el establecimiento de tropas extranjeras en alguno de los países hermanos requería tanto de la anuencia del país huésped como de la del Pacto de Varsovia. A decir de Kissinger, Eisenhower interpretó de forma demasiado optimista esta declaración y decidió confiar en que la URSS adoptaría una actitud consecuente. Sin embargo, al parecer, Eisenhower hizo caso omiso de que, para el retiro de tropas soviéticas se requería "el mismo procedimiento que [para] su acantonamiento, lo que le daba poder de veto a la Unión Soviética"; además, el presidente norteamericano decidió no considerar el párrafo del comunicado del Kremlin donde se advertía que, de ser necesario, la URSS y sus aliados defenderían 'las realizaciones socialistas de Hungría'.<sup>46</sup>

La ingenuidad de Eisenhower al confiar en que la URSS no intervendría, basándose en el texto del Kremlin, parece más una actitud asumida a drede que una creencia genuina. Mes y medio después de la intervención soviética en Hungría, Eisenhower hizo pública su fidelidad a la idea de una "evolución pacífica" hacia la independencia de los países comunistas subordinados a la URSS. Por tradición, Estados Unidos intentó siempre que la sola fuerza de los principios de su política exterior se

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 548.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 549.

impusiera y justificara sin más cualquier decisión; no obstante, la convergencia de la crisis de Suez y la húngara fue uno de esos momentos en los que el interés nacional no coincidió con los principios abstractos. En el conflicto de Suez, Estados Unidos tuvo que “volverse contra sus más íntimos aliados”, lo cual sirvió para corroborar la “pureza moral” de la política norteamericana la que —después de su baño de pureza en Suez a pesar de contravenir a los aliados estadounidenses— no iba a correr el riesgo de mancharse en la defensa de Hungría.<sup>47</sup> La pasividad de Estados Unidos, aun arguyendo el resguardo de su retórica, resultó, incluso para los grandes ideólogos estadounidenses, muy poco acertada. Basta leer la opinión de Kissinger al respecto:

“La renuencia [de Estados Unidos] a arriesgarse a una guerra por suprimir el control comunista de la Europa del Este había sido la explícita política norteamericana desde hace un decenio. Pero el hecho de que Washington no analizara seriamente ninguna opción que no fuese la guerra para alterar los acontecimientos abrió una enorme brecha entre lo que Washington había proclamado y lo que en realidad estaba dispuesto a apoyar. Una actitud más firme y clara de los Estados Unidos habría sido esencial para hacer que la decisión soviética de intervenir fuese menos calculable, o al menos no tan obviamente libre de consecuencias...En cambio, Estados Unidos y sus aliados actuaron como si fuesen simples mirones, sin ningún interés directo en el resultado del asunto” (*La diplomacia*, México, FCE, 1995, p. 552).

Una vez consumada la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia, las Naciones Unidas resolvieron, a través del Consejo de Seguridad, ordenar el retiro de la URSS. Como era de esperarse, el embajador soviético vetó dicha resolución. Entonces, la Asamblea General certificó, en sesión especial, una decisión donde también se pedía el retiro de tropas soviéticas, se apelaba al derecho a la independencia húngara y se exigía

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 554-555.

la presencia en Budapest de observadores de la ONU. A la par, la Asamblea General aprobó por unanimidad la creación de una fuerza de urgencia para Medio Oriente, en cuyos trabajos se aplicaron de inmediato las naciones. La resolución de Hungría, en cambio, pasó desapercibida, pues las grandes potencias occidentales estaban más preocupadas por el estado de cosas en Suez y los países no alineados decidieron no arriesgarse a perder el apoyo de la Unión Soviética en los foros internacionales.

### Consideraciones finales

En los años post-stalinistas ya había conceptos de la historia pasada del comunismo que se permitía contraponer a otros que, si bien no eran nuevos, si resultaban significativos en una etapa en la cual se pretendía borrar la oscuridad del terror; por ejemplo, el leninismo como antítesis del stalinismo, la democracia intrapartidista contraria al culto del individuo, la legalidad socialista adversa a los excesos. Incluso, era factible buscar el apoyo de Moscú contra el liderazgo comunista local para promover la caída de los jefes de partido. Y era difícil para el régimen distinguir a los “desviacionistas” genuinos de quienes daban argumentos ideológicos apuntando a la conservación del sistema.

Los principios jruschovianos, ante la contundencia del discurso secreto, lograron imponerse en el Kremlin sobre las facciones conservadoras. La condena al culto a la personalidad, y el rechazo al dogmatismo en la historia, la economía y las ciencias exactas constituyeron los pilares básicos de la renovación socialista propuesta por Jruschov. Pero quizás el aspecto más significativo para las naciones del este europeo con relación a la reforma fue el reconocimiento soviético de la legitimidad del gobierno de Tito en Yugoslavia, lo cual equivalía a aceptar el pluralismo socialista. En otras palabras,

se dejaba una brecha para que cada país comunista elaborara su propio socialismo, de acuerdo a sus peculiaridades.

El mensaje moscovita para los dirigentes stalinistas de los satélites soviéticos era que la transformación del sistema socialista era posible, e incluso deseable, y certificable por la URSS siempre y cuando no se pretendiera salir del esquema de liderazgo del partido comunista ni de la alianza militar socialista representada en el Pacto de Varsovia. Pero, lejos de sensibilizar a los dirigentes duros como Rákosi, la Unión Soviética sólo consiguió fomentar la efervescencia renovadora en los círculos intelectuales y en algunos sectores del partido húngaro los cuales, una vez atrapados en su inercia rebelde, no midieron las consecuencias de sus demandas ni del desbordamiento visceral y radical de las masas no integradas en una estrategia organizada de movimiento social. En este sentido, la apertura revisionista no incluía el establecimiento permanente del multipartidismo en Hungría --que no aseguraba el triunfo electoral imperecedero del PTH-- y menos, el retiro húngaro del Pacto de Varsovia. Una vez que Moscú se percató de que las propuestas de la rebelión húngara realmente podían extinguir el comunismo en aquel país, consideró la posibilidad de sofocar la revuelta. La decisión se confirmó cuando el Kremlin percibió que, en el plano de las relaciones URSS-occidente, la invasión militar a Hungría no tendría consecuencias.

## II. CHECOSLOVAQUIA: UN NUEVO CAMINO ENTRE VIEJOS ATAJOS

La movilización política e intelectual en Checoslovaquia que culminó con la invasión soviética en el verano de 1968 fue consecuencia tardía de la ola destalinizadora que había comenzado desde principios de los años 50. El antecedente más claro de la convulsión reformadora checoslovaca de finales de los 60 fue el XII Congreso del Partido Comunista Checoslovaco (PCCh) en diciembre de 1962, todavía con Jruschov al frente del gobierno soviético. Para esa fecha, la línea jruschoviana aún defendía los ideales de liberalización por los que había tomado el poder, lo cual facultó a los dirigentes de Europa del este para adoptar una estrategia similar. Si bien el primer secretario del partido checoslovaco, Antonin Novotny no se caracterizaba por ser un personaje abierto a las transformaciones, sí lo distinguía su fidelidad a los dictados soviéticos, por lo que tuvo que hacer ciertas concesiones a los intelectuales checos y eslovacos quienes aprovecharon los remanentes de la apertura jruschoviana y la distensión de la URSS con occidente.

La política de semiliberalización permitió el renacimiento de las artes, las ciencias y la economía, así como las propuestas de descentralización y racionalización para mejorar los niveles de vida. En 1967 se puso en marcha una reforma económica -- producto del compromiso entre la planificación centralizada y las ideas del sector comunista liberal-- la cual tuvo que enfrentar el sabotaje de los conservadores.

Quizás uno de los foros de expresión más importantes fue la unión de Escritores la cual, en su Congreso de junio de 1967, reclamó la modificación de la ley de prensa vigente, la abolición de la censura y el fin de la campaña antisionista que promovía Novotny para demostrar su alineamiento incondicional a la política pro árabe de la URSS en la crisis del cercano oriente.

Novotny intentó terminar con la disidencia de los escritores, pero las divisiones dentro del PCCh --por las discusiones acerca de las consecuencias de la reforma económica, las peticiones de autonomía de los eslovacos y la posición del partido ante el movimiento reformista-- no permitieron a la dirigencia del partido actuar directamente como órgano monopólico.

En el Comité Central del PCCh, a finales de octubre de 1967, Alexander Dubcek, primer secretario del partido eslovaco, se colocó a la cabeza de los liberales checos y los autonomistas eslovacos. El desprestigio de Novotny aumentó después de haber ordenado reprimir violentamente una manifestación de los estudiantes de la Ciudad Universitaria de Strahov; a partir de este momento se comenzó a exigir la destitución del primer secretario.

El 3 de enero de 1968, la reunión del Comité Central acordó una solución intermedia que pretendía satisfacer a reformistas y conservadores: Dubcek ocuparía el puesto de primer secretario del partido y Novotny el de presidente de la república. No obstante, meses más tarde, los liberales hicieron saber que no se conformaban con el reajuste de personal: perseguían la fractura de los métodos totalitarios, aunque claro, sin abandonar el socialismo. A partir de entonces, el gobierno de Dubcek tuvo que balancearse en medio de dos fuerzas inconmensurables entre sí: por un lado la Unión

Soviética y los países del bloque y, por otro, el movimiento reformista de los intelectuales checos y eslovacos.

Hacia marzo, Dubcek destituyó a los colaboradores más cercanos a Novotny y a la URSS: el ministro de gobernación y el fiscal general y, una semana más tarde al propio Novotny. Una vez que se eligió en la presidencia de la república a Ludovik Svoboda -- sobreviviente de la generación de Masaryk--, Dubcek dio a conocer el Programa de Acción del partido, documento que delineaba la estrategia del "camino checoslovaco hacia el socialismo" y que reflejaba los objetivos contradictorios de la política dubcekiana: ser fiel al movimiento renovador de su país y, al mismo tiempo, fortalecer el liderazgo del partido y mantener a Checoslovaquia como miembro probo de la comunidad socialista.

Pese a los esfuerzos de Dubcek por mantener una disidencia moderada y no provocar a la Unión Soviética, los liberales checoslovacos emprendieron dos acciones que terminarían con la paciencia de Moscú. Primero, convocaron al XVI Congreso Extraordinario del partido para el 9 de septiembre, lo que equivaldría a generar el debate, entre las bases del PCCh, sobre el rumbo del socialismo checoslovaco y, muy probablemente, extender el movimiento liberalizador a la masa de militantes. Segundo, la publicación de un desplegado redactado por los reformistas, titulado las "Dos mil palabras", en el que se exhortaba a toda la población a unirse a la batalla contra las "viejas fuerzas" del sistema. En el Kremlin, el sucesor de Jruschov, Leonid Brezhnev --si bien al principio había visto en la sustitución de Novotny por Dubcek una alternativa viable para desconcentrar el poder y aplicar medidas que permitieran a Checoslovaquia salir del marasmo económico-- observó que, una vez en manos de las masas de trabajadores e

intelectuales y fuera del control del partido, el movimiento disidente pondría en serio peligro al sistema político pero, sobre todo, al liderazgo de la URSS. Por otro lado, Brezhnev ya no tenía que justificar su arribo a la cumbre del PCUS mediante las críticas a la figura de Stalin, tampoco tenía que crear un proyecto innovador que lo distinguiera de sus adversarios en la pugna por el poder dentro de un liderazgo colectivo como sí lo tuvo que hacer Jruschov. Para entonces, los esfuerzos soviéticos la destalinización en el interior del bloque comunista ya no eran tan indispensables en el fortalecimiento de la jefatura soviética; en este contexto, la URSS resolvió ocupar militarmente territorio checoslovaco.

En el primer apartado de este capítulo, se abordará el surgimiento y al organización de la disidencia, concentrada básicamente en el terreno de los escritores y algunos sectores del partido, que presionó hacía la transformación del régimen y la destitución de Novotny. En segundo término, se hablará de la posición del reformismo partidista, comandado por Dubcek, y de su proyecto renovador. Por último, se analizará el papel de la Unión Soviética y sus aliados en la disolución del incipiente movimiento social checoslovaco.

### El levantamiento de los escritores

La mayor preocupación de los soviéticos respecto a la oleada de reformas en Checoslovaquia era la acuñación de un modelo socialista diferente del de la URSS, lo que el propio Dubcek había denominado “el camino checoslovaco al socialismo”. En el terreno político, este nuevo diseño para la organización socialista comprendía la abolición

de la censura y la tolerancia hacia un pluralismo relativo, en un intento de combinar la democracia con el socialismo, una tradición nacional con un sistema político fuereño.

Las críticas de los otros países del bloque socialista y la propia Unión Soviética a las reformas emprendidas por Dubcek obligaron a los checoslovacos a delimitar su oferta de socialismo renovado a su propio territorio, pues la expansión del modelo checoslovaco era más temida que deseada. Por ello, las figuras más prominentes de las transformaciones checas se apresuraron a aclarar, en la primavera de 1968, que su modelo no era exportable, ni necesariamente válido para aplicarse en otros países: entonces, se puso énfasis en el rasgo nacional del experimento checoslovaco, pese a las acusaciones de “nacionalismo” o “sectarismo”. Fundamentalmente, el propósito era construir un socialismo mejor sin entrar en conflicto con o cuestionar los objetivos del comunismo mundial, y sin salir del movimiento comunista internacional.<sup>48</sup>

Como ocurrió en el caso húngaro, antes de los sucesos coyunturales de 1968 en Checoslovaquia, el círculo de intelectuales, particularmente los escritores liberales, ya se habían mostrado reacios a disculpar ciertas actitudes del régimen que recortaban la libertad de información. Hacia 1967, el periódico *Kulturni Tvorba* patrocinó un programa de televisión y una campaña pública para demandar que hubiera disponibilidad de ejemplares de prensa extranjera, mayor apertura y calidad en los medios escritos checoslovacos, y competencia saludable entre periodistas domésticos. De la misma forma, los comunicadores se quejaban de la falta de implementación de las garantías que señalaba la nueva Ley de Prensa, la cual decía que las organizaciones gubernamentales

---

<sup>48</sup> Galia, Golan, The Czechoslovak reform movement. Communism in crisis, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, p. 317.

estaban obligadas a proporcionar información confiable, pronta y completa a los editores; en los hechos, esto no sucedía.<sup>49</sup>

Ciertamente, entre 1963 y 1966 varios escritores fueron rehabilitados, pero dicho resarcimiento sólo se hizo de forma parcial ya que, a la mayoría, no se les compensó por los daños causados anteriormente ni se les reubicó en sus antiguos puestos.

El IV Congreso de Escritores Checoslovacos marcó el punto de inflexión en la protesta de los intelectuales y su rebelión abierta contra el régimen. Aun antes del Congreso, el departamento ideológico del partido había criticado severamente la propuesta de resolución que los escritores habían redactado para el evento: en ella se delineaba el papel de la cultura socialista como un aliciente en el proceso de democratización y adquisición de mayor libertad humana. De la misma forma, dicho documento cuestionaba la continuidad de la práctica literaria en Checoslovaquia desde 1949, año a partir del cual 'el proceso creativo fue estrechado y limitado a funciones propagandísticas y a una identificación intolerable de ideología y cultura en un sentido vulgar y utilitario'.<sup>50</sup> La resolución también se mostró contraria a la negación y el rechazo arbitrarios de ciertas épocas de la historia literaria checa y al alejamiento de las influencias culturales de Europa occidental, tal como se formularon en la antigüedad, el renacimiento o el cristianismo. De cierta forma, el sistema político comunista había encapsulado el arte literario en una especie de fundamentalismo donde se proscribía el pasado y se veía el inicio de la historia partiendo de la implantación del socialismo.

---

<sup>49</sup> Ibid., p.234.

<sup>50</sup> Ibid., p. 240. Frase de la propuesta de resolución de los escritores para su IV Congreso.

Los escritores checos llamaban al intercambio extranjero en el ámbito literario y clamaban a favor del contacto entre los creadores checos y eslovacos que habían emigrado a otros países, claro está, siempre y cuando no estuvieran inmersos en una labor de desprestigio de la República Socialista Checoslovaca. Por si fuera poco, en su resolución, que el partido calificó de “liberal”, los escritores manifestaron su desacuerdo con la práctica de supervisión de la prensa, y se habló de la urgencia de una reforma de ley que limitara la censura a asuntos de defensa nacional, garantizando, al mismo tiempo, el derecho de los escritores a defenderse de manera individual si se les acusaba de violar la ley. Pese al carácter antipartidista de la resolución, para muchos intelectuales el documento final no fue suficientemente liberal y sospecharon de la interferencia del partido en la versión definitiva.<sup>51</sup>

Ya en el IV Congreso, el escritor Milan Kundera culpó a la sociedad checoslovaca de haber puesto obstáculos al progreso literario y dio a entender que, bajo las condiciones existentes en ese momento, dichos obstáculos no podían superarse. Otro escritor reconocido, Vaclav Havel, criticó la postura acomodaticia de los liberales moderados quienes, en su opinión, peleaban sólo desde la trinchera de los discursos cada cuatro años en el Congreso y se doblegaban ante las demandas del partido, sin luchar de manera práctica y activa por la democracia, la libertad y el humanismo. Por su parte, Vaculik propuso la elaboración de una nueva Carta Magna que eliminara el monopolio de poder del partido. Ante este panorama, el contraataque del gobierno no se hizo esperar. Por un lado, el partido no aceptó las nominaciones de Vaculik, Havel, y otros escritores --que habían pronunciado discursos fustigadores-- para ser candidatos a las elecciones del

---

<sup>51</sup> Loc. Cit.

nuevo Comité Central de la Unión de Escritores; por otro lado, el PCCh controló el proceso electivo e intentó no dar a conocer la mayoría de los procedimientos.<sup>52</sup> En este tenor, se mandó a juicio al escritor Jan Benes, al estudiante de cine y televisión Karel Zamecnik y al periodista emigrado Pavel Tigrid. La Unión de Escritores criticó los tres arrestos, pero retiró el nombre de Benes de las lista de candidatos para la membresía de la Unión.

Otro acontecimiento que agravó la tensión entre el régimen y los escritores fue el viaje que Ladislav Mnako --el escritor más leído en Checoslovaquia-- hizo a Israel para protestar contra la actitud antisemita del gobierno checo ante la guerra árabe israelí.<sup>53</sup> Mnako declaró que regresaría a Checoslovaquia sólo cuando se reestablecieran las relaciones diplomáticas con Israel. La crítica de Mnako significó un gran golpe para el régimen, ya que el escritor había sido un comunista activo y leal al partido; como periodista del PCCh en los años 50, jamás se opuso al terror imperante en esa década. El partido expulsó a Mnako de sus filas, le quitó la ciudadanía checoslovaca y le retiró el título de “artista emérito” junto con sus premios anteriores. La Unión Eslovaca de Escritores decidió mantenerlo en la lista de sus integrantes, pero lo expulsó del Comité Central.<sup>54</sup>

Por otra parte, se transfirió el semanario de la Unión de Escritores, *Literarni Noviny*, a la dirección del Ministerio de Cultura e Información, siendo retirados los derechos de publicación para la Unión y restringiendo su presupuesto oficial. Con esto, se

---

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 242-244.

<sup>53</sup> Los intelectuales checos, y la población en general, se identificaba con Israel en tanto nación pequeña rodeada de fuerzas mayores cuya existencia --como la de Checoslovaquia en 1938-- dependía del balance de poder entre los grandes. Pese a ello, era imposible expresar un punto de vista sobre la guerra que no fuera bajo los lineamientos antisemitas del régimen.

<sup>54</sup> François Fetjő, *op. cit.*, pp. 248-249.

privaba a la Unión de su poder y autonomía, pues sus derechos de publicación y su seguridad material dependían ahora del gobierno. Aunado a ello, el partido accedió a la petición de los escritores eslovacos de tener una asociación separada de los checos, valiéndose de lo que había sido durante mucho tiempo una demanda radical de los eslovacos, para debilitar a la Unión y mermar su habilidad para operar como un todo.<sup>55</sup>

La nueva Unión de Escritores Eslovacos decidió apoyar a su contraparte checa mediante una carta dirigida al representante del partido ante los escritores, Jiri Hendrych, en la cual se pedía la solución al problema del órgano de prensa de los checoslovacos. Asimismo, la Unión eslovaca habilitó unilateralmente a los intelectuales condenados por “espiritualismo, nacionalismo o fascismo” y decidió llenar el vacío de *Literarni Noviny* con la publicación no oficial del periódico *Kulturny Zivot*. Pese a ello, en el IV Congreso de la Unión checa, Hendrych apoyó las disposiciones del gobierno sobre *Literarni Noviny* dejando claro que el partido no se daría por vencido.<sup>56</sup>

Por su parte, a los estudiantes se les había autorizado la creación de “clubes de interés”, los cuales funcionaban como asociaciones básicas pertenecientes a y bajo la tutela de la Unión Checoslovaca de Jóvenes Comunistas (CSM, por su siglas en checo); uno de ellos era el Club de Amigos del Arte, símbolo del contacto establecido entre los estudiantes y los intelectuales para el verano de 1967.<sup>57</sup>

La tarde del 31 de octubre de 1967, los estudiantes residentes del Colegio Técnico Strahov de Praga realizaron una reunión para reiterar sus quejas ante las malas condiciones en las que se encontraban sus viviendas, principalmente por la falta de

---

<sup>55</sup> Z. A. Zeman, *Prague Spring. A report on Czechoslovakia 1968*, Londres, Penguin Books, 1969, p. 47.

<sup>56</sup> Golan, *op.cit.*, pp. 252-254.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 261.

electricidad y calefacción. Durante dicha reunión hubo varias fallas en la electricidad y los colegiales decidieron marchar por las calles con velas, para atraer la atención pública. Cuando el grupo se aproximaba al castillo de *Vaclavske Namesti*, la policía comenzó a arrojar gases lacrimógenos para dispersar a los manifestantes, luego entró al *campus* de Strahov y golpeó indiscriminadamente a los jóvenes. Después de la represión de Strahov se abrió un debate nacional sobre la situación de los estudiantes, el caso del escritor Ladislav Mnako y el IV Congreso de Escritores. También fue a partir de este hecho que los jóvenes comenzaron a cultivar nexos con el ala liberal del PCCh y pensaron en ir a las fábricas para explicar sus demandas a los obreros.<sup>58</sup>

Para muchos funcionarios públicos, era evidente la influencia que la *intelligentsia* disidente habían ejercido sobre los estudiantes, aunque de manera indirecta; de hecho, se culpó a los intelectuales al frente de *Literarni Noviny* y de Radio Free Europe<sup>59</sup> de la movilización pero, sobre todo, se fincó la responsabilidad en la Unión de Escritores ya que, en sus proclamas y consignas, los estudiantes habían hecho referencia a los discursos del IV Congreso.<sup>60</sup>

En otro orden de ideas, al principio, los trabajadores se mostraron escépticos y más bien pasivos ante la corriente reformista que envolvía a los intelectuales. En las fábricas, tomó tres meses a los obreros responder al contexto de crisis política y comenzar a actuar. La mayoría de ellos veía con reserva la nueva política económica y la confusión crecía cada vez más al notar que la escasa participación de sus representantes en las discusiones

---

<sup>58</sup> Zeman, *op.cit.*, pp. 80-83.

<sup>59</sup> Radio Free Europe era una frecuencia con patrocinio estadounidense que transmitía para las naciones comunistas del este europeo.

<sup>60</sup> Golan, *op.cit.*, pp. 264-265.

políticas y en los medios de comunicación cuestionaba los preceptos ideológicos y las máximas del socialismo que antes habían sido defendidas. En su discurso a los obreros de la fábrica de la ciudad de Kladno, Dubcek intentó convencerlos de que el movimiento reformista estaba a favor de los intereses a largo plazo de la clase trabajadora. El mismo Programa de Acción reforzaba la premisa del papel dirigente del proletariado, bajo el liderazgo del partido y en alianza con las cooperativas agrícolas y los intelectuales socialistas; asimismo, describía a los sindicatos como “organizaciones democráticas e independientes que trabajan bajo su propia línea política”.<sup>61</sup>

Hacia febrero de 1968, la idea de establecer consejos obreros en las empresas comenzó a ganar adherentes, pese a que no se contaba con información suficiente sobre su funcionamiento ni acerca de su valor como órganos autogestivos. En agosto, un buen número de fábricas estaban próximas a establecer oficialmente consejos obreros.<sup>62</sup>

Después de haber reiterado el discurso en el que Dubcek pugnaba porque los sindicatos sirvieran realmente a los intereses específicos de los obreros, comenzaron a escucharse demandas de “sindicatos sin comunistas”, de democratización interna y redefinición del papel de los cuerpos sindicales.

El Programa de Acción que diseñaron los trabajadores reconocía en los sindicatos el papel de defensores de sus intereses, más que el de sustitutos de los órganos administrativos o gubernamentales. De la misma forma, se conservó la función educativa

---

<sup>61</sup> Gordon Skilling, Czechoslovakia's interrupted revolution, Princeton, Princeton University Press, 1976, pp. 580-581.

<sup>62</sup> Ibid., p. 581.

de los sindicatos que consistía en orientar a los obreros y empleados hacia una solución positiva de los problemas de la construcción socialista.<sup>63</sup>

Si bien en sus estatutos, el Movimiento Sindical Revolucionario (ROH, por sus siglas en checo), asociación comunista que agrupaba a los obreros, se declaraba una asociación voluntaria, también empleaba la palabra "unificada". lo cual introducía un elemento de rechazo a la pluralidad y a la conformación de círculos con opiniones diversas dentro de la propia organización de los trabajadores. De ahí la controversia que se suscitó ante los esfuerzos de los obreros por desvincularse de su ROH local y crear un nuevo sindicato.<sup>64</sup> El régimen jamás permitió la fragmentación del movimiento sindical, pues tenía muy claro que la unidad de éste representaba la fidelidad a uno de los principios comunistas más importantes: la armonía y afinidad del proletariado como un todo: por eso, el partido respetó siempre el monopolio del ROH y sus afiliados, llegando a apelar incluso al posible uso de la fuerza represiva en caso de que la exclusividad del ROH se viera amenazada, lo cual contradecía al propio Programa de Acción.<sup>65</sup>

Hacia marzo de 1968, una vez Dubcek en el poder, los funcionarios y los miembros de los sindicatos pertenecientes al ROH comenzaron a criticar, dentro de los órganos informativos impresos de la propia organización, la pasividad de ésta ante la ola reformista: hubo peticiones de expulsar al líder del ROH --Pastyrík, y a otros funcionarios--, y para instaurar una reunión de Consejo y un Congreso General. Cuando el Consejo Sindical (URO, por sus siglas en checo) se reunió en sesión plenaria, una lluvia

---

<sup>63</sup> Golan, *op. cit.*, p. 285.

<sup>64</sup> El caso más ejemplificador fue el de los ingenieros del ferrocarril quienes fracasaron en su intento, primero, de formar su propio sindicato dentro del ROH y, después, al tratar de formar una organización de interés social independiente para más tarde constituirse en sindicato fuera de las filas del ROH.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 286

de críticas con respecto a la situación política de las asociaciones de los trabajadores afluó de inmediato. Se reprobó la subordinación de los sindicatos al partido y al gobierno, la sujeción de los sindicatos a los órganos centrales, el que los sindicatos eslovacos no tuvieran una posición autónoma y una representación adecuada, etc. Pastyrík fue reemplazado, al frente del ROH, por Karel Polacek quien se identificaba con el movimiento por un nuevo papel de los obreros, sin dejar de reconocer el liderazgo del partido en un estado socialista.

Aunque los líderes de los sindicatos insistían en reivindicar el derecho a huelga y llegaron a proponer que se inscribiera en la constitución y en los estatutos sindicales, aceptaron también que el empleo de este derecho tendría que ser la última alternativa una vez que los otros canales de negociación se hubieran agotado. De hecho, URO intentó siempre negociar directamente con el régimen antes de amenazar con la huelga, la cual era vista como una acción radical.<sup>66</sup>

Por otro lado, el movimiento sindical se encontraba inserto también en el debate de su propia modernización organizativa. En general, había un acuerdo en cuanto a la “federalización” del movimiento: se aceptó que hubiera consejos checos y eslovacos relativamente autónomos dentro del ROH unificado; no obstante, la paridad en la representación no se aprobó en los órganos de URO. De la misma forma, se otorgó un margen de independencia más amplio a las asociaciones individuales (*svazy*) y también mayor libertad de acción a las organizaciones básicas en las fábricas. Sin embargo, a los líderes de los obreros les preocupaba la tendencia de varias células de trabajadores de salir de las *svazy* y formar sus propias unidades de lucha. Para contener la rebeldía dentro de

---

<sup>66</sup> Skilling, *op.cit.*, pp. 582-583.

las *svazy* y revitalizarlas, se decidió casi duplicar su número dividiendo en dos a cada una: una *svazy* se encargaría de la educación y la ciencia, y otra de la cultura. Hubo cierta disposición para tomar en cuenta los distintos intereses de los diversos grupos dentro de una misma *svazy*. De cualquier modo, la jefatura del ROH se opuso a reconocer a los grupos de obreros que se declaraban independientes aun como *svazy* y, en las fábricas, se seguía manteniendo la política de “una empresa, un sindicato”. La unidad del movimiento obrero era un elemento esencial también para Dubcek, quien veía en los sindicatos una fuerza política en tanto inserta en el Frente Nacional.<sup>67</sup>

Al igual que Nagy, Dubcek revivió el Frente Nacional<sup>68</sup>, pero con tantas restricciones y precauciones como en el caso húngaro: se le atribuía la responsabilidad de fomentar la “iniciativa socialista” en las organizaciones integradas a él y se hacía énfasis en el papel dirigente del PCCh. Además, se consideró ilegales a los sindicatos y asociaciones que habían decidido no unirse a dicho Frente.<sup>69</sup> De esta manera, Dubcek redujo la exigua movilización social a la sombrilla protectora del partido; aun así, el primer secretario pronto se vería rebasado ante los indicios de las presiones sociales por ampliar el movimiento.

Por su parte, las autoridades eclesiásticas, al igual que los obreros, reaccionaron sólo hasta que el representante del sector reformista en el partido tomó las riendas del gobierno. Una vez instaurado Dubcek en el poder, la Iglesia católica, dentro de la cual se

---

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 584.

<sup>68</sup> Los “Frentes Nacionales” habían surgido en Hungría y Checoslovaquia, a finales de la década de los 40, como federaciones compuestas por diversos grupos de la sociedad y varios partidos políticos, incluido el comunista. Los frentes pretendían organizar la actividad política desde las bases y ser un foco de democracia, pero desaparecieron cuando los partidos comunistas asumieron definitivamente el monopolio del Estado.

<sup>69</sup> Geoffrey Swain, *Eastern Europe since 1945*, Londres, Macmillan, 1993, pp. 154-155.

agrupaban la mayoría de los creyentes en Checoslovaquia, expresó su apoyo al nuevo régimen y a la democratización; así como su disposición para colaborar en la reforma. La Iglesia llamó a una “normalización” de las condiciones religiosas en una carta dirigida a Dubcek, firmada por obispos, curas, monjes y monjas, en la que protestaban, además, por las acciones represivas contra el clero y la supresión de la libertad de la profesión religiosa. Las cartas y discursos de los voceros de la Iglesia católica convocaban a un diálogo abierto entre las instituciones eclesiásticas y el Estado, y se condenaba a quienes hablaban en nombre de los católicos sin representar sus demandas legítimas; específicamente, la Iglesia se refería al Movimiento Pacífico del Clero Católico, una asociación pro-régimen liderada por el padre Plojhar. En marzo de 1968, se obligó a Plojhar a renunciar a su cargo. Su lugar lo ocupó el obispo Tomásek, administrador apostólico de Praga, quien se propuso revivir a la Iglesia siguiendo los lineamientos del Segundo Concilio Vaticano.<sup>70</sup>

Así, el obispo Tomásek formó una nueva asociación: la Causa para la Renovación Conciliar. Tomásek defendió la libertad de creencia religiosa así como derechos iguales para todos los ciudadanos, incluidos los no creyentes. La agrupación de Tomásek también propuso enmiendas a las leyes sobre derechos religiosos, la supresión de la jerarquía “estatal” de los puestos eclesiásticos, la rehabilitación de los obispos y curas injustamente aprisionados y, por último, el retorno del exilio en el Vaticano del cardenal Beran, disidente del régimen. Otras metas de la Iglesia eran desaparecer la censura y las restricciones a la prensa católica, conseguir la autorización para transmitir programas de corte católico por los medios de comunicación, tener libertad para la instrucción

---

<sup>70</sup> Skilling, *op. cit.*, p.600.

religiosa, la no discriminación contra quienes eran y habían sido creyentes, la creación de un arzobispado eslovaco y de una academia teológica eslovaca.<sup>71</sup>

En su Programa de Acción, Dubcek hizo algunas referencias con respecto a los asuntos religiosos. En una de ellas, se indicaba que el partido tomaría nuevos bríos con la participación de todos los sectores de la población en la vida pública, inclusive los creyentes; además, el Programa proyectaba una ley que garantizara la libertad de asociación para los 'ciudadanos de diferentes religiones y fes'. Asimismo, el gobierno prometió a los creyentes plenos derechos como ciudadanos y llamó al respeto por la profesión religiosa y la creencia.<sup>72</sup>

Una señal muy importante de una nueva actitud de los órganos oficiales del Estado hacia la religión fueron las declaraciones de la socióloga Erika Kadlecová, jefe del Secretariado para Asuntos Religiosos del Ministerio de Cultura e Información, quien calificó como legítimas las demandas de la Iglesia católica. Kadlecová defendía los proyectos de la comunidad eclesial al considerarlos un "regreso a un punto de partida marxista". No obstante, advirtió que la colaboración con el clero se fundaría en ciertas condiciones, entre las cuales la más importante era el retiro de la Iglesia de las actividades políticas; en otras palabras, se pedía al clero no identificarse con ningún partido ni buscar influir en la elección del rumbo político que los creyentes quisieran tomar. Estas advertencias relegaron la participación de la Iglesia de las actividades de la disidencia dubcekiana, ubicada dentro del propio partido. Si bien el *presidium* del PCCh de mediados de julio de 1968 reiteró su compromiso con la libertad religiosa y con el respeto

---

<sup>71</sup> *Ibid.*, p.601.

<sup>72</sup> *Loc. cit.*

a los derechos de los creyentes, declaró que la Iglesia debía ser leal al Estado y al socialismo.<sup>73</sup> En este sentido, la Iglesia fue parte de las acciones de Dubcek hacia la promoción por los derechos de y el respeto a una diversidad contenida dentro del socialismo; pero, como institución, la organización eclesiástica no desempeñó un papel decisivo en la rebelión política.

Si bien tanto la *intelligentsia* como los obreros y la Iglesia --aunque éstos últimos en menor medida-- se movilizaron de algún modo en la promoción de la reforma del sistema comunista, los tres parecían actuar como sectores separados y no como un conglomerado que se conjuntara en una sola fuerza. Más que una interacción de las bases hacia un movimiento social sólido, la revuelta checoslovaca se fraguó principalmente en el terreno de los intelectuales, en particular de los escritores, quienes no cesaron en presionar al partido, el cual asumiría la dirección del movimiento una vez que Dubcek fue nombrado primer secretario.

### Pluralismo intrapartidista

Hacia finales de 1967, el pleno del Comité Central del partido se planteó la invención de nuevos modelos para la construcción de la sociedad socialista y ajustar la filosofía marxista a las peculiaridades checas afirmando siempre el liderazgo del PCCh. Fue precisamente en este pleno cuando comenzó la crisis general del liderazgo.

En su discurso, Dubcek criticó el resurgimiento del conservadurismo en los altos círculos del partido, y exhortó a que se reconociera la necesidad de transformar el concepto y la naturaleza del partido. Dicha transformación no implicaba que el PCCh

---

<sup>73</sup> Ibid., pp. 602-603.

perdiera su posición hegemónica: ninguna otra organización logró amenazar el papel dirigente del partido el cual, de hecho, recobró cierto prestigio después de la resistencia que opuso a los dictados de Moscú durante la dirección de Dubcek.

La reforma interna del partido inició cuando se tuvo conciencia de la concentración del poder político en los 750 miembros en el centro del aparato partidista, pero sobretodo, en aquellos que conformaban el *preidium*. Por lo demás, los aproximadamente 300 mil militantes del PCCh, que formaban parte de los comités de partido a nivel local y regional, habían sucumbido a la apatía y a la pasividad; la gente más joven no mostraba mucho entusiasmo por organizar cambios desde las filas del partido. El resto de la población tampoco se sentía parte del desarrollo de los acontecimientos políticos. Por ello, se infiere que las reformas checoslovacas, al igual que la *perestroika* dos décadas después, iniciaron una vez que emergió la necesidad de dispersar el poder y no como consecuencia del levantamiento de las bases de la sociedad o del partido.<sup>74</sup>

Dentro de la élite del partido, fue Martín Vaculík, el pionero de la organización municipal del PCCh en Praga, quien inició la discusión sobre la descentralización en tanto difuminadora del poder político. Vaculík había propuesto, en el *presidium* de septiembre de 1967, acabar con la sujeción del Estado al dominio del PCCh y restringir el papel de los cuerpos centrales del partido a ordenar y recabar información así como difundir la ideología, mientras las decisiones cotidianas pasaban a los órganos de partido a nivel de distrito. Dubcek, quien en ese momento fungía como cabeza del partido en Eslovaquia,

---

<sup>74</sup> Kieran Williams, *The Prague Spring and its aftermath*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 14.

apoyó las sugerencias de Vaculík y propuso en el *presidium* que se redactara un Programa de Acción en el cual se definieran cuestiones como la cultura, la economía y la posición de Eslovaquia.<sup>75</sup>

El grupo de Dubcek se apresuró a la confección de su Programa de Acción, con el propósito de que su adopción formal coincidiera con el 20° aniversario de la toma del poder por los comunistas, en febrero de 1968. La premisa general del documento, y quizás la línea más importante para el liderazgo reformista, era la redistribución del poder dentro y a lo largo del sistema político checoslovaco; asimismo, el poder político tendría que constreñirse según los límites que le marcara la Constitución y la reemergencia de las libertades civiles. En este sentido, se reformuló el liderazgo del partido en la sociedad: el PCCh no sería más una instancia impositora de decisiones --en 1960, Checoslovaquia se había erigido como el primer Estado socialista en plasmar la supremacía del partido en la Constitución— sino un órgano que legitimaría sus resoluciones y su posición de guía mediante la persuasión y el compromiso.<sup>76</sup>

Dentro del grupo de los intelectuales afiliados al PCCh hubo claras demandas de pluralismo y varias propuestas para poner en marcha un sistema electoral donde hubiera una competencia abierta entre diversos partidos políticos. Los primeros en aportar su punto de vista sobre el pluralismo en la sociedad checoslovaca fueron Václav Havel y Alexander Kliment. Havel propuso un sistema bipartidista con un partido nuevo y alternativo al comunista basado en las tradiciones democráticas y humanistas checoslovacas’.

---

<sup>75</sup> Ibid., p. 15.

<sup>76</sup> Loc. cit.

Para Havel, no bastaba la fuerza de la opinión pública ni la democratización interna del PCCh para asegurar un sistema político democrático, tampoco era suficiente la reemergencia de los partidos no comunistas ni la participación de individuos u organizaciones autónomas no integradas al partido pero débiles. Según Havel, la única posibilidad para la operación de un sistema democrático era la existencia de opciones reales entre las cuales la gente pudiera seleccionar quién los iba a gobernar. De ahí la importancia de que hubiera, por lo menos, dos fuerzas políticas autónomas, iguales e independientes entre sí, cualquiera de las dos con la estructura adecuada y la fortaleza para estar al frente del país.<sup>77</sup>

Una visión más radical todavía era la del filósofo marxista Ivan Sviták, quien afirmaba que las reformas en Checoslovaquia no habían producido ningún cambio estructural y que continuaba siendo una dictadura totalitaria. En un ensayo titulado “Con la cabeza contra la pared”, Sviták señalaba que la sociedad checoslovaca no necesitaba “democratización” sino “democracia”. La “democratización”, a decir de Sviták, era nada más una mínima parte de la trayectoria hacia la “democracia”, la cual no se instauraría hasta haber eliminado el monopolio del poder del partido mediante elecciones libres, secretas y democráticas, y con la competencia de programas de gobierno variados. El filósofo propuso la existencia de al menos dos partidos: uno de principios cristianos y otro de principios socialistas pues, al igual que Havel, pensaba que la competencia entre partidos no comunistas pequeños y débiles no podía construir una oposición política sólida que retara a los comunistas, y menos una contienda con alternativas reales.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Skilling, *op. cit.*, p. 357.

<sup>78</sup> Ivan Stivak, The Czechoslovak experiment: 1968-1969, Nueva York, Columbia University Press, 1971.

Desde la perspectiva de los disidentes reunidos en los diversos clubes que se crearon en el ambiente de esa época, tales como el Club de Afiliados a Ningún Partido, el pluralismo significaba la sustitución de la lucha por el poder por la confrontación de opiniones e ideas. De acuerdo a ello, el Frente Nacional había fracasado en su propósito esencial como foro de intercambio de puntos de vista, ya que representaba, más bien, una instancia donde se tomaban decisiones “tras bambalinas”. Por lo demás, el club no buscaba erigirse como oposición parlamentaria o extraparlamentaria, en cambio, defendía la idea de un ‘estado sin oposición’.<sup>79</sup>

De este modo, es posible percatarse de que los debates en torno a un sistema multipartidista y al carácter de la oposición reflejaron la ausencia de consenso en cuanto al funcionamiento de un aparato político plural; no obstante, la mayoría coincidía en la supervivencia del PCCh como fuente rectora y guía de las transformaciones políticas.

Como se verá después, el Programa de Acción elaborado por Dubcek y sus seguidores reconocía la diversidad de intereses y grupos dentro de una sociedad socialista y la validez de que cada grupo social persiguiera sus propios fines; sin embargo, dicho Programa también presuponía que la lógica del desarrollo socialista haría que las diversas inclinaciones y preferencias de la diversidad de grupos convergieran en una “fuerza común”. Así, a pesar de su aceptación de la pluralidad social, el Programa de Acción nunca se apartó de la idea de consolidar la unidad de los trabajadores y de la sociedad en general, armonizar sus energías y mantener la disciplina. A decir de Williams, el liderazgo disidente interpretó el pluralismo en un sentido “casi medieval”, en el que se hablaba de asociaciones intermedias mediante las cuales se reconciliaban lealtades particulares con

---

<sup>79</sup> Skilling, *op. cit.*, p. 358.

una visión del mundo compartida; en este sentido, todas las opiniones y hasta los desacuerdos tenían que desembocar en la “unidad consensual”.<sup>80</sup>

A lo largo de los gobiernos comunistas en Checoslovaquia, la noción de “poder” había hecho referencia al orden y la coerción, a un “juego de suma cero” donde necesariamente había perdedores y ganadores definitivos. El concepto de “poder”, no obstante, se redefinió a medida que las reformas tomaban su curso. En esos años, dentro del partido se acuñó un concepto de “poder” en términos funcionales, es decir, en tanto tuviera la capacidad de generar acuerdo social. Entonces, el “poder” político era eficiente sólo si fomentaba de la cooperación entre diversos grupos sociales que expresaban su opinión sin ambigüedades.<sup>81</sup>

Por lo que respecta a los planes para la reforma del parlamento, el redescubrimiento de la división de poderes en tanto barrera para la tiranía llevaron a los adherentes de Dubcek a reforzar la legislatura. Se planteó la instauración de tres cámaras en el Parlamento, cada una representando a los sectores básicos de los trabajadores: industria, agricultura y servicios. Estas tres cámaras funcionarían en forma colectiva, a semejanza del parlamento británico pero de acuerdo a las características de una economía que descansaba en la propiedad social y no en el capital privado. Un parlamento tricameral garantizaría la participación, en el proceso de toma de decisiones, de grupos clave de la sociedad y evitaría la concentración de poder en un solo cuerpo político. Dicha organización corporatista de los grupos en el parlamento tendría un equivalente en el Frente Nacional.<sup>82</sup>

---

<sup>80</sup> Williams, *op. cit.*, p. 17.

<sup>81</sup> *Ibid.*, pp. 14-15.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 18.

Los seguidores de Dubcek pensaban que aún no era tiempo de permitir el libre juego de fuerzas políticas, por lo que se acordó, de modo unánime, que no se aceptaría la existencia de partidos opositores; por lo tanto, no había pretensiones de construir un sistema político abierto y con opciones competitivas dentro del liderazgo reformista del PCCh. Así, la participación de la reconocida diversidad social debía restringirse al Frente Nacional y a los preceptos de la doctrina marxista-leninista. Si bien el Programa de Acción mencionaba que el Frente Nacional y sus integrantes --quienes podían ingresar al frente una vez habiendo cumplido con una serie de requisitos entre los cuales el principal era estar comprometido con el socialismo-- gozarían de “derechos independientes”, también afirmaba que el PCCh ejercería el liderazgo.<sup>83</sup>

Y aunque el Programa de Acción prometió enmendar la legislación para permitir el funcionamiento de nuevos organismos sin “limitaciones burocráticas”, en los hechos, se aseguró el monopolio de representación en órganos comunistas concretos: el partido y el Frente Nacional. En las áreas donde los monopolios se habían roto, la dirigencia del PCCh aconsejaba un “reamalgamiento” de manera que hubiera sólo una asociación líder para cada grupo, así fue como se construyó una federación que acogió a todos los grupos de jóvenes (CSM) después de diluirse la unión juvenil al estilo Komsomol en la primavera de 1968. Más bien, lo que la élite del partido intentó crear fueron nuevos monopolios --como la asociación para trabajadores de “cuello blanco” que tuvo por objeto reunir en una sola entidad a los intelectuales, artistas, escritores, científicos, ingenieros, abogados, etc.--, para que el gobierno pudiera moderar la influencia de las organizaciones sobre el aparato político. Asimismo, todos los sindicatos se reunirían en el comité central

---

<sup>83</sup>Pavel Tigrid, Why Dubcek fell?, pp. 23-26.

del Movimiento Revolucionario de Sindicatos, el ROH. Teóricamente, estos grupos tendrían la libertad de seleccionar a sus líderes y a sus candidatos al parlamento; sin embargo, ello no era coherente con la determinación del PCCh de funcionar como "líder unificador" con capacidad para sugerir a miembros de la élite partidista en las posiciones de liderazgo de las diversas federaciones.<sup>84</sup>

La versión final del Programa de Acción sintetizó los vínculos entre los requerimientos de descentralización política y el reconocimiento de la existencia de intereses de grupos dentro de una sociedad socialista, los cuales influirían en las decisiones políticas. Si bien nunca se abandonó los principios del centralismo democrático leninista, se pretendió restaurar el elemento democrático de la teoría: las opiniones disidentes tendrían derecho a ser oídas en las sesiones partidistas, aunque no podrían publicarse ni surgir de facciones contrarias al PCCh. La nueva Constitución por la que pugnaba el Programa de Acción garantizaría las libertades civiles y políticas que en 20 años de comunismo habían quedado por debajo de los derechos sociales. Lo anterior quería decir que la libertad de asociación sería codificada en las leyes constitucionales,<sup>85</sup> lo cual contradecía la reticencia de Dubcek y la élite del PCCh acerca de la formación de agrupaciones independientes del partido. De esta forma, el Programa de Acción se encontró enfrascado en sus propias contradicciones y en los abismos entre los documentos y la práctica política en pro de la subsistencia del socialismo.

---

<sup>84</sup> Williams, *op. cit.*, p. 19.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 16.

### Dubcek: metamorfosis involuntaria

La destalinización había llegado tarde a Checoslovaquia. A principios de los 60, la apertura en el campo de las letras y la cultura no alcanzó a los órganos del partido: a diferencia de Hungría, para esas fechas en Checoslovaquia no había ocurrido un reacomodo en las fuerzas del partido que permitiera ajustar las formas de gobierno sin dejar de ser leales a la alianza comunista. Novotny había logrado alejar a su país de la destalinización a nivel del partido.

A los ojos de la Unión Soviética, la excesiva concentración de poder y autoridad en la persona del primer secretario había centralizado demasiado la estructura del sistema político, inmersa en una red burocrática que entorpecía la labor del gobierno, sabotaba las reformas económicas y, seguramente, había sido responsable del deterioro de la economía desde 1960. Novotny se había mostrado renuente a la distensión dentro del bloque comunista propuestas por Jruschov y lo había expresado a título personal, lo cual no resultó satisfactorio para el liderazgo soviético. Por todo ello, una vez que se tuvo la certeza de que la deposición de Novotny y su sustitución con Dubcek no traía detrás algún tipo de levantamiento, los soviéticos no actuaron decisivamente para rescatar al viejo primer secretario, por lo menos no de manera oficial.<sup>86</sup> Al contrario, en la elección de Dubcek al frente del PCCh, el 5 de enero de 1968, un sector importante del Kremlin vio el inicio de la solución a los problemas checos sin una transformación sustancial del régimen.

---

<sup>86</sup> Karen Dawisha, The Kremlin and the Prague Spring, Berkeley, University of California Press, 1984. p. 16.

Cuando en octubre de 1967 el Comité Central del PCCh pidió la destitución del primer secretario, Antonin Novotny, éste buscó en vano el auxilio de Moscú. En su visita a Checoslovaquia, en diciembre, la presión de los liberales del partido y los intelectuales convencieron a Brezhnev de la debilidad del gobierno de Novotny y de que la continuación del estado de cosas en ese país significaba un anacronismo para el sistema comunista internacional.

Dubcek no era una figura prominente para Moscú al momento de tomar el poder, ya que fundamentalmente se había desempeñado como un *apparatchik* de los órganos provinciales del partido. Sin embargo, los soviéticos no tuvieron ningún problema para aceptarlo como primer secretario, dada la decisión con que Dubcek había contribuido a la instauración del socialismo en Checoslovaquia. Así pues, el Kremlin vio en Dubcek un comunista leal a la URSS y moderado en sus propuestas de cambio, por lo menos en un inicio.<sup>87</sup>

Durante enero y febrero, efectivamente, las relaciones entre el liderazgo checo y soviético fueron aparentemente cordiales. Karen Dawisha, no obstante, menciona que las preocupaciones de Moscú surgieron después del discurso de Dubcek con motivo de la conmemoración de los 20 años de comunismo en Checoslovaquia, en febrero de 1968. Dubcek habló sobre la posibilidad y conveniencia de establecer relaciones formales con todos los países de Europa, sin importar el sistema de organización política o social. El Kremlin interpretó las frases de Dubcek como un interés por crear vínculos con Alemania occidental, lo cual alarmó también a los alemanes del este quienes buscaban preservar el acuerdo *Karlovy Vary* de 1867, el cual prohibía a los integrantes del Pacto de Varsovia

---

<sup>87</sup> Loc. cit., p. 16.

establecer relaciones diplomáticas con la Alemania Federal hasta que ésta reconociera a la República Democrática. En dicho discurso, Dubcek también hizo referencia aun camino específico para el socialismo checo, en el que imperaría un 'nuevo tipo de democracia'.<sup>88</sup>

Después del discurso de febrero, Dubcek realizó cambios en los altos puestos de la policía y la armada --instancias sobre las cuales la URSS había ejercido una influencia considerable, aunque de manera no formal. Estos movimientos fueron provocados, en gran medida, por un escándalo en que se vieron implicados funcionarios de rangos elevados del Ministerio de Defensa Nacional. El 25 de febrero de 1968, el general Jan Sejna, jefe de la organización comunista de dicho ministerio, declaró, en un reporte para Estados Unidos, que él y Miroslav Mamula --quien era responsable de los servicios de supervisión de la armada y de la seguridad en la secretaría del partido-- habían sido piezas clave en los esfuerzos militares para evitar la caída de Novotny en diciembre pasado. El papel de la URSS en estas actividades nunca se precisó; sin embargo, hay evidencias de que Sejna recibió apoyo de consejeros militares soviéticos en Praga quienes, de manera "no oficial", coordinaban acciones en apoyo a Novotny.<sup>89</sup> Casi de inmediato iniciaron los llamados de la opinión pública que exigían la renuncia de los funcionarios involucrados en las acciones destinadas a prevenir el desplome del antiguo primer secretario. Así, Dubcek destituyó a Mamula de su puesto y cambió la jefatura de la administración política del Ministerio de Defensa Nacional, instancia bajo cuyos órdenes operaba Sejna.

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>89</sup> Evidencias fundadas en declaraciones de Michael Stepanek-Stammer, oficial de prensa personal del Ministerio de Defensa, y, posteriormente, de Svoboda, quien sería presidente de Checoslovaquia. Citado por Dawisha, p. 20.

A raíz de este altercado, Dubcek comprendió que debía hacer algunos ajustes en el aparato gubernamental y relevar a algunos funcionarios. Si bien quedaba claro que el asunto Sejna-Mamula había sido incitado por miembros del ala conservadora del Kremlin o por quienes actuaban muy alejados de los planes de Moscú, Dubcek no quería correr más riesgos y se dispuso a eliminar a los líderes del PCCh o a jefes de instituciones importantes que mantuvieran contactos estrechos con la URSS. Así, Jiri Hendrych fue sustituido en su puesto, al frente de la Comisión Ideológica del partido, por Josej Spacek, quien había criticado la forma “monopólica” en que el partido ejercía su liderazgo. Michla Chudík, un personaje contrario a Dubcek, renunció a la dirigencia del Consejo Nacional Eslovaco. Por el contrario a Cestmír Císar, un prestigiado liberal, se le permitió regresar del exilio para ponerse al frente del Departamento para la Educación, la Ciencia y la Cultura del Comité central del PCCh.

Aunado a esto, el *presidium* de la Asamblea Nacional no otorgó su voto para ratificar en sus cargos a dos conservadores: al ministro del interior Josef Kudrna y al fiscal general Jan Baturka, uno y otro elementos de toda la confianza de la Unión Soviética. La remoción de ambos conservadores fue significativa por el hecho de que la Asamblea Nacional, por primera vez en su existencia hacía uso de la prerrogativa que le correspondía legalmente: fungir como cuerpo, autorizado por la Constitución, para apartar de su puesto a funcionarios ineficientes. Tradicionalmente y en los hechos, la designación y destitución de los altos cuadros había sido un asunto exclusivo del aparato partidista. Por ello, el que un órgano diferente asumiera esa función hizo pensar a los soviéticos que el PCCh estaba delegando su papel directivo; y más aún, cuando los cargos que tenían Baturka y Kudrna eran básicos en la transmisión de los dictados de la URSS a la política

checoslovaca. Los soviéticos trataban, por todos los medios, que la gente que ocupara puestos tan claves como el de ministro del interior fuera leal a los intereses de la URSS: en este sentido, no habría importado tanto la realización de cambios si a Moscú se le hubiera consultado sobre los nuevos nombramientos. En opinión de Brezhnev, el Kremlin no desaprobaba la remoción de funcionarios para fortalecer el gobierno checo pero, lo que los soviéticos no podían permitir era que se les excluyeran del proceso de selección.<sup>90</sup>

Por otra parte, con relación a sus demás satélites, la URSS tenía que lidiar con la rebeldía de Rumania en los Comités Consultivos del Pacto de Varsovia. Ceausescu se había negado a firmar el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares bajo las condiciones acordadas y, por si fuera poco, había reconocido, de manera unilateral, a la República Federal Alemana a principios de 1967, pese a la decisión de los miembros del bloque comunista —en la conferencia *Karlovy Vary* de ese año— de fortalecer la posición de Alemania del este. Incluso, desde la época de Novotny y antes del discurso de febrero —en el que Dubcek anunciaba su intención de establecer relaciones diplomáticas con Europa occidental sin importar el sistema político de las naciones—, los alemanes del oeste mantenían vínculos comerciales con Checoslovaquia. Además, se mantenía vigente la posibilidad de que Bonn otorgara un préstamo para la reestructuración de la economía checoslovaca. Dicho préstamo iba a mejorar las relaciones económicas entre Alemania Federal y Checoslovaquia, pero también habría afectado de forma importante las relaciones comerciales de Alemania Democrática con la República Checa. Ante este escenario, Alemania del este se veía a sí misma como la nación del bloque más perjudicada, por lo que no dejó de presionar para que la URSS asumiera una postura

---

<sup>90</sup> *Ibid.*, pp. 20-22.

firme, argumentando que los vínculos de Bonn con Praga sólo servirían para que occidente dividiera a los países socialistas y aislara a la República Democrática.<sup>91</sup>

Hacia finales de marzo, el liderazgo soviético tuvo claro que no podía dejar pasar las transformaciones en Praga, teniendo encima la actitud disidente de Rumania, las huelgas en Polonia –donde incluso se llegó a pedir un “Dubcek polaco”--, la gran hostilidad de Alemania Democrática hacia las reformas checas, y las advertencias húngaras de no permitir en Checoslovaquia otra Hungría como la de 1956. Para Karen Dawisha, la gota que derramó el vaso para que la URSS comenzara su escalada de ofensivas hacia el inicio de la crisis Checoslovaca fue la destitución de Novotny como presidente, el 21 de marzo, sin haber consultado a Moscú sobre la designación de su sucesor. En cambio, el *presidium* se apresuró a lanzar una convocatoria para que las organizaciones públicas propusieran a sus candidatos. Entre los candidatos propuestos, además de Ludvík Svoboda –el ganador-- estaban tres de los reformadores más liberales – Goldstücker, Císar y Smrkovsky. Desde Moscú, Berlín y Varsovia, el hecho de que el Kremlin no pudiera influir en la selección del nuevo presidente significaría el debilitamiento de los conservadores en el PCCh, los cuales no llegarían al pleno del Comité Central en abril. La posibilidad del colapso de la influencia pro-soviética conservadora en Praga, llevó al Kremlin a convocar a los líderes de las naciones del bloque a una reunión de emergencia en Dresden.<sup>92</sup>

---

<sup>91</sup> Philip Windsor, Czechoslovakia 1968. Reform, repression and resistance. Londres. The institut for strategic studies, 1969. pp. 42-43.

<sup>92</sup> Dawisha, op. cit., pp. 32-33.

Si la destitución de Novotny de la presidencia sin la anuencia soviética ya había molestado a Brezhnev, la publicación del manifiesto llamado “Dos mil palabras” evidenciaba que tan lejos podía llegar el reformismo checo. Dicho documento echó por la borda los esfuerzos de Dubcek por convencer a la URSS de que la alianza checoslovaca con el bloque comunista era indiscutible, y que los checos y eslovacos sólo pretendían establecer un modelo de socialismo más acorde con su cultura. Las “Dos mil palabras” incitaba a las masas, afiliadas o no al partido, a movilizarse, a formar comisiones en defensa de la libertad de expresión y a apoyar al gobierno de Dubcek en caso de algún ataque soviético.

El anuncio de la convocatoria al XVI Congreso extraordinario del partido también conmocionó a los soviéticos, quienes sospechaban que no había mejor escenario para que la movilización de los intelectuales y los cuadros del partido pasara a las bases e integrara por completo a los trabajadores. La presión de Alemania Democrática y de los líderes polacos y ucranianos –quienes temían que sus países se infectaran del virus liberal en caso de que el experimento de Dubcek tuviera éxito--, junto con la distracción de Estados Unidos en los debates en torno a las elecciones presidenciales y su estrategia en la guerra de Vietnam, allanaron el camino para la ocupación de Checoslovaquia.<sup>93</sup>

### Consideraciones finales

Si bien el movimiento reformista checoslovaco tenía reivindicaciones de carácter independentista, éstas se referían a la libertad para diseñar un modelo económico viable y

---

<sup>93</sup> Robin Edmonds, Soviet Foreign Policy, 1962-1973. The paradox of super power, Londres. Oxford University Press, 1975. p. 72.

para solucionar sus problemas políticos ya fueran internos o externos. Inclusive, las palabras de Dubcek con referencia a un “regreso a Europa” no significaban el establecimiento de una alianza política con occidente, ni siquiera una declaración de neutralidad; más bien, Dubcek hacia alusión a los contactos diplomáticos. Además, el nacionalismo socialista checo no pretendía ir en contra de los soviéticos y de su liderazgo al frente del bloque; simplemente, se buscaba el margen de acción necesario para implementar un socialismo diferente del soviético --el cual tampoco tuvo aspiraciones de ser exportable hacia otras naciones comunistas-- pero dentro de las alianzas del Pacto de Varsovia y del CAME.<sup>94</sup>

La movilización de 1968 tampoco iba dirigida contra el partido. Si para el exterior el levantamiento checoslovaco representó una amenaza hacia el sistema socialista y al partido, para los reformadores checoslovacos los cambios significaron menos que una advertencia para que el PCCh modificara sus métodos coercitivos y actuara, una vez habiendo ganado el consenso de la población mediante el debate político.<sup>95</sup>

Sin embargo, la etapa de la movilización en la cual se habría generado el debate político entre las bases del partido y la sociedad nunca llegó antes de la ofensiva del Pacto de Varsovia. En este sentido, más que un movimiento social, la revuelta checoslovaca consistió en un despertar de la élite intelectual que, la mayoría de las veces, se limitó a ejercer presión primero sobre la añeja jefatura de Novotny y luego sobre Alexander Dubcek. La Iglesia, los estudiantes y los trabajadores checoslovacos funcionaron como elementos de apoyo en los momentos de efervescencia, pero no como cuerpos básicos de

---

<sup>94</sup> Golan, *op. cit.*, pp. 326-327.

<sup>95</sup> Jan Patula, *op. cit.*, México, Siglo Veintiuno-UAM, 1993, p.198.

la organización disidente, a diferencia de lo que iba a ocurrir en Polonia doce años después.

Justo cuando la población comenzaba a actuar en un movimiento social integrado - como el que convocaba el manifiesto de las “Dos mil palabras”-- y cuando a Dubcek --un hombre fiel a los principios comunistas-- perdía el control del curso de la reforma, se suscitó la embestida soviética. Parecía que con Dubcek se repetía la historia de Nagy: el movimiento estaba yendo más allá de los límites del partido erigiendo al primer secretario como el gran transformador. Aunque Dubcek reconocía las nobles intenciones de los autores del manifiesto, lo consideraba imprudente y excesivo. Cuando miembros del ala conservadora del partido se apresuraron a amotinar a los obreros contra la *intelligentsia* “contrarrevolucionaria”, los trabajadores los despidieron estrepitosamente. Para entonces, a mediados de 1968, la clase obrera empezaba a *solidarizarse* con otros sectores en pro de un movimiento social genuino. Pero esto sólo aconteció una vez que se tenía encima la amenaza soviética; en este sentido, la unión de y la salvación de las divergencias entre obreros, intelectuales, comunistas y no comunistas, checos y eslovacos fue producto de la coyuntura, y del sentimiento patriótico y de independencia del partido que generó el *ultimátum* del Pacto de Varsovia.

### III. SOLIDARIDAD SIN POLÍTICA

*“Siempre que me preguntan dónde me gustaría vivir, contesto que muy hondo en la selva virgen de la montaña, a orillas de un lago en la esquina de Madison Avenue de Manhattan y Champs Elysées, en un pueblo pequeño y tranquilo. Soy pues un utopista, y no porque el lugar de mis sueños casualmente no exista, sino porque es contradictorio consigo mismo”*  
*Leszek Kolakowski*

El proyecto inicial de los propulsores y participantes del movimiento social polaco en la década de los 80 estaba muy cercano a la utopía del filósofo y escritor polaco Leszek Kolakowski, y no porque dicha propuesta fuera imposible de realizar, sino porque era contradictoria. El bloque opositor que conformaron los trabajadores, los intelectuales y la Iglesia católica pretendía movilizar a la base de la sociedad sin politizarla, promover transformaciones sustanciales en el sistema comunista sin apartarse esencialmente de sus postulados, revivir la tradición democrática y promover la autogestión sin amenazar el liderazgo del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) ni atraer a las armas soviéticas.

En los 70, Polonia estaba segura de querer evitar a toda costa, más baños de sangre en su territorio. Desde tiempos inmemoriales, la ubicación geográfica de Polonia la convirtió en presa fácil de vecinos poderosos y aunque desapareció del mapa como Estado independiente por más de un siglo después de las particiones de 1772, 1793 y

1795 entre Rusia, Prusia y Austria, Polonia nunca feneció como nación. El ferviente patriotismo polaco , de la misma forma, resistió los ataques de la Rusia zarista en 1794, 1830, 1863 y 1905, todas ellas insurrecciones heroicas de las cuales Polonia emergió . según la alegoría mesiánica del poeta romántico Adam Mickiewicz, “como un cristo entre las naciones” para redimir una y otra vez a los tiranos rusos o germanos.

Así pues, el nacionalismo polaco adquirió fortaleza y vigor al identificarse con la Iglesia Católica-Romana, la única institución que enfrentó por siglos y sobrevivió a los embates continuos de los alemanes protestantes y los rusos ortodoxos. Por ello, en el imaginario popular se mimetizó la nacionalidad polaca con la Iglesia católica, la entidad que permanecía entera ante la destrucción del Estado.

Cuando el poderoso vecino de los polacos vio la necesidad de crear a su alrededor una zona de influencia que funcionara a la vez como su satélite y su cinturón de seguridad, puso los ojos en el este Europeo y, desde luego, en Polonia, barrera natural entre oriente y occidente. La fundación del Partido Comunista de Polonia (PCP), en 1918, fue auspiciada por la naciente Unión Soviética con cuya política mantuvo vínculos muy estrechos. El PCP avaló la invasión soviética en la guerra ruso-polaca de 1920, la segregación de minorías dentro del territorio polaco y fincó sus bases ideológicas en un marcado internacionalismo que se mantuvo en el período de entreguerras con grandes dificultades dado el impetuoso nacionalismo que en el cual se había sustentado siempre la historia polaca. Terminada la Segunda Guerra Mundial, surgió con nuevos bríos un partido comunista: el Partido Obrero Polaco (POP) el cual, pese a haber esgrimido una bandera nacionalista, no se apartó de los lineamientos de su antecesor. Hacia 1956, los polacos aprovecharon los resquicios de la destalinización para pedir la democratización

del régimen. Entonces, el POP adoptó el nombre de Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) y se comprometió a echar a andar una profunda reforma económica y política. La rebelión polaca de 1956 no propició levantamientos sociales propiamente dichos: protestó un sector de la élite intelectual dentro de los marcos permitidos por el fortalecimiento de la autoridad soviética en la región después de la represión húngara. Además, las demandas de la Alemania Federal recuperada sobre los territorios alemanes que se anexaron a Polonia cuando terminó la Segunda Guerra hicieron que éste país buscara protección y resguardo en la URSS.<sup>96</sup>

A partir de los 70, sin embargo, los métodos de lucha de las rebeliones polacas fueron, por primera vez, más allá de los límites establecidos por el aparato comunista. La doctrina de conciliación hacia el este --*Ostpolitik*-- que esgrimió el primer ministro de Alemania Federal, Willy Brandt y el reconocimiento del Oder-Neisse como frontera polaco-alemana atenuaron enormemente el temor polaco a los alemanes. Aunado a esto, los sucesos de la Primavera de Praga debilitaron el dominio soviético en el este europeo, y la búsqueda del Kremlin por acercarse a Estados Unidos y Europa Occidental dieron a Polonia cierto grado de libertad para aproximarse a occidente, ampliar los márgenes de libertad de expresión y hacer algunas concesiones a la Iglesia.<sup>97</sup> Es por ello que para comprender las estrategias y recursos del movimiento social polaco en la década de los 80, así como el surgimiento y el carácter de Solidaridad, es necesario revisar los acontecimientos de las revueltas de los años 70.

---

<sup>96</sup> Turrent, Isabel, El deshielo del este. México, Vuelta, 1991, pp. 127-131.

<sup>97</sup> Ibid., pp. 133-134.

Este apartado se propone analizar la estrategia, ideología y alcances del movimiento social polaco de finales de la década de los 70 y principios de los 80 y la forma en que devino un reto para la Unión Soviética y el manejo de su comunidad socialista. Siguiendo la dinámica de los casos húngaro y checoslovaco, se hablará primero, de la interacción de los grupos sociales en un sólo bloque; luego, se abordará el papel del POUP y la situación en la que se encontró envuelto ante la embestida del movimiento; y, finalmente, se discutirá la posición de la URSS y la importancia del contexto internacional en la definición de la postura del Kremlin hacia Polonia.

#### Los obreros, la Iglesia y los intelectuales

La huelga de diciembre de 1970 en el astillero de Gdansk, a causa del descongelamiento de los precios de los alimentos, marcó el inicio de un movimiento de resistencia organizada por los obreros polacos y el final del gobierno de Gomulka, quien en esos momentos fungía como secretario general del POUP. Era la primera vez que los trabajadores se fusionaban en un grupo con propósitos comunes, el motivo: los disparos a sus compañeros en las compuertas del astillero el 16 de diciembre. Este hecho transgredió uno de los principios no escritos más importantes del pueblo polaco: "un polaco nunca mataría a otro". A partir de este momento, Lech Walesa, uno de los miembros del Comité de Huelga, se encargó de hacer de la honra a la memoria de los mártires una fuerza motora del movimiento obrero.<sup>98</sup>

El nuevo líder del POUP, Edward Gierek, puso en marcha un programa de reformas económicas y políticas muy exitoso que promovió la inversión y fortaleció

---

<sup>98</sup> Baczkó, Bronislaw, Les imaginaires sociaux, Paris, Payot, 1984, pp. 185-188.

contactos con occidente, aumentó el ingreso nacional en 60% y, en 70%. la producción industrial. Paradójicamente, la mayor relación con el oeste desembocó en el inicio de una crisis económica en Polonia. Cuando los precios de los productos que se importaban de occidente aumentaron, hubo fuertes trastornos en la industria interna pues ya no se podía contar con la misma cantidad de insumos provenientes del exterior, los que se habían vuelto necesarios. La demanda de productos polacos en Europa y Estados Unidos cayó a causa de la recesión en estas regiones, lo que provocó un aumento en la deuda exterior polaca: al agregar a esto la crisis petrolera de 1973, finalizaron las perspectivas optimistas del proyecto económico de Gierek. el cual no se hizo acompañar de una cabal liberalización política.<sup>99</sup>

En 1975, cuando Gierek intentó modificar la Constitución de su país con base en el modelo soviético, la *intelligentsia*, los estudiantes, los obreros y los representantes de la Iglesia católica comenzaron a planear acciones conjuntas, quedando atrás el anticlericalismo de muchos intelectuales. De nueva cuenta, las huelgas obreras estallaron al incrementarse el precio de los alimentos en junio de 1976 pero, a diferencia de 1970, la Iglesia no exhortó a la moderación y los intelectuales se apresuraron a brindar su apoyo a los obreros. Si bien el gobierno decidió suprimir el alza de precios, también reprimió a los obreros movilizados y encarceló a los líderes. Como respuesta a esto, los intelectuales formaron el Comité de Defensa de los Obreros (KOR, por sus siglas en polaco) el cual pretendía ser un frente de apoyo a los trabajadores y una instancia que gestionara la defensa y la liberación de quienes habían sido encarcelados. Los miembros del KOR provenían de estratos opositores heterogéneos: desde socialdemócratas, excomunistas que

---

<sup>99</sup> Turrent. *op. cit.*, pp. 134-135.

habían sido miembros de PCP, participantes en la resistencia durante la guerra y activistas del movimiento del 68, hasta antiguos protegidos del stalinismo; en este sentido, el KOR funcionó como lazo de unión que atenuó las diferencias entre las divisiones de la *intelligentsia*. El surgimiento de una organización como esta marcó el inicio de un modelo opositor alternativo en Europa del este, fuera de los parámetros comunistas tradicionales de disidencia.<sup>100</sup>

La estrategia del KOR, órgano representativo del movimiento social polaco, fue el trabajo conjunto desde la base, sin exigir de forma abierta una reforma en los aparatos del partido, aunque sí, la democratización de la vida política. No en vano la experiencia checoslovaca había mostrado que los intentos de reforma desde el interior de los partidos comunistas no funcionaban. Sin embargo, también se era consciente de que la Unión Soviética con trabajos aceptaría los intentos de transformación del sistema que no surgieran de dentro del sistema mismo, es decir, de la maquinaria política comunista.<sup>101</sup> En este sentido, en tanto prevaleciera la amenaza de la intervención soviética, la única salida hacia una reforma estructural gradual era la composición de un movimiento social de base que comenzara una batalla disidente de baja intensidad, *quasi* subliminal, sin retar directa y abiertamente al estado de cosas ni proponer una transformación revolucionaria súbita y definitiva.

El KOR despertó la actividad opositora de los intelectuales y una forma de organización “contra-cultura” insólita dentro del bloque socialista. Se publicaban dos

---

<sup>100</sup> Timothy Garton Ash, The Polish revolution, Solidarity 1980-82, Londres, Jonathan Cape, 1983, pp. 17-18.

<sup>101</sup> Ibid., p. 22.

revistas literarias y más de diez periódicos que no fueron censurados.<sup>102</sup> Junto con las publicaciones periódicas, funcionaron las llamadas “universidades voladoras”, que consistían en seminarios y cursos no oficiales impartidos en departamentos privados con el propósito de llenar los huecos en las ciencias sociales y humanas, así como en la historia polaca, sobre todo en los tópicos que eran anatema para la educación gubernamental.

Por su parte, la nueva estructura de las protestas sociales evolucionó de un formato *corporativista*, promovido fundamentalmente por el gobierno, a una forma de disidencia enraizada en *la clase*. A decir de Jadwiga Staniszkis, la estructura *corporativista* de la rebelión, predominante durante los 70, tenía fundamento en una organización funcional más que horizontal. Desde esta perspectiva, los grupos “orgánicos” de la sociedad —la Iglesia católica, las asociaciones profesionales y los trabajadores— actuaban en forma separada: las demandas de cada agrupación se negociaban con el gobierno de manera aislada, lo que conducía a la segmentación de los problemas, a la diferenciación de privilegios y de trato según el grupo social que protestaba. En la estructura *corporativista*, la iniciativa para comenzar las negociaciones provenía, muy a menudo, de las autoridades las cuales también decidían los puntos a tratar y los instrumentos de negociación. Desde luego, para la dirigencia del partido resultaba más fácil controlar las tensiones en una sociedad segmentada ya que, en un momento dado, se podía usar la estrategia de enfrentar a un sector social con otro mediante “el uso selectivo de gestos simbólicos” a favor de un grupo y sancionando al otro. Asimismo, la decisión voluntaria del partido de establecer

---

<sup>102</sup> Una de las publicaciones más exitosas, *Nowa*, vendía alrededor de cien ejemplares por cada número e incluyó la traducción al polaco de la novela de George Orwell, Rebelión en la granja, así como un manual de bolsillo con instrucciones para evadir a la policía secreta.

contacto con los sectores disidentes obligaba a que se reconociera al POUP como el único centro de poder.<sup>103</sup>

Para el verano de 1980, sin embargo, los obreros de Gdansk y Szczecin formaron una estructura de representación de intereses con base *clasista* y contra la representación institucional corporativizada. Si bien los trabajadores no dejaron de reconocer el liderazgo del POUP, se mostraron como una fuerza más compacta, más independiente y que afianzaba su forma de representación de intereses en la clase y no en grupos segmentados --aunque no por ello se negó la participación de clubes individuales y agrupaciones políticas informales.

El 1º de julio de 1980, los obreros de la ciudad de Ursus se declararon en huelga en protesta por el incremento de los precios de la gasolina, otros derivados del petróleo y la carne. Meses después, las industrias de muchas otras ciudades se habían paralizado. En esta coyuntura, el gobierno comprobó que los mecanismos de negociación que había empleado antes habían caducado: en primer lugar, los obreros no aceptaron regresar a las fábricas como condición previa para negociar; en segundo término, los líderes decidieron mantener un diálogo con las autoridades comunistas sin alejarse de la base del movimiento.<sup>104</sup> lo cual definió el inicio de la nueva estructura *de clase* en la representación de intereses.

En este período inicial del movimiento de los 80, se delinearon las características básicas en la estrategia de lucha de los obreros. Los trabajadores se olvidaron de las manifestaciones en las calles, las cuales habían facilitado la represión en 1970 y 1976, y se

---

<sup>103</sup> Jadwiga Staniszki, Poland's self-limiting revolution, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 39-40.

<sup>104</sup> Turrent, op. cit., p. 142.

concentraron en sus lugares de trabajo desde donde desarrollaban un activismo con notable disciplina y coordinación. Así, mediante las llamadas “huelgas de ocupación” se inhibió el empleo de la fuerza por parte del gobierno; ello lo probó la negativa de Wojciech Jaruzelski --en ese momento jefe del ejército y quien más tarde iba a ocupar el puesto de primer ministro y primer secretario del POUP-- a obedecer las órdenes de suprimir las huelgas con métodos violentos. Jaruzelski argumentó que intentar acabar con las huelgas por la fuerza sería como si el ejército tratara de derrumbar “quinientos castillos fortificados” y, en esas circunstancias, ningún oficial se atrevería a dar órdenes para iniciar los disparos.<sup>105</sup>

Asimismo, aunque en un inicio el gobierno se mostró reacio a acceder a las peticiones de corte “político” más que laboral --como terminar con la censura, acceso a los medios de comunicación para las asociaciones religiosas y derecho a formar sindicatos libres--, el movimiento persiguió siempre la institucionalización de sus demandas. El 14 de agosto de 1980 los astilleros de Gdansk se sumaron a la huelga general: en esos momentos, Lech Walesa, un trabajador de los astilleros que había sido despedido en la rebelión de 1976, asumió la dirección del movimiento. Fue también en ese momento cuando los huelguistas delinearon el perfil de la organización opositora, al menos ante la sombra vigilante de la Unión Soviética y del POUP: no se perseguía la toma del poder político sino la democratización del sistema. La autodefinición del carácter de la organización obrera como “politización despolitizada” significaba que los disidentes se apartarían de la tutela del partido y de los métodos propuestos por éste para la resolución

---

<sup>105</sup> Michael Kennedy, Professionals, power and Solidarity in Poland, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, p. 51.

de los conflictos sociales. En el terreno de la política exterior, el rasgo de “despolitización” del movimiento tenía por objeto conjurar la amenaza del “factor tanque”, es decir, la intervención en Polonia de las fuerzas del Pacto de Varsovia, lo cual habría significado una batalla de dimensiones políticas mayores que nadie quería experimentar. Los disidentes polacos sabían que mientras se mantuvieran dentro de los límites de la Doctrina Brezhnev<sup>106</sup> la entrada de la URSS iba a ser poco probable. De hecho, el rasgo de “despolitización” coincidía con las exigencias de dicha doctrina: mantener el monopolio del poder en manos de los comunistas, lo cual se cumplía al

---

<sup>106</sup> La Doctrina Brezhnev surgió en el contexto de la crisis checoslovaca de 1968: en Occidente fue interpretada como la justificación de la ocupación soviética a Checoslovaquia en agosto de ese año. Sus postulados regulaban los derechos y obligaciones de las naciones socialistas; los puntos más importantes de dicha doctrina eran los siguientes:

1) Se estipulaba que los países socialistas ejercían solamente una soberanía limitada que consistía en el derecho de los obreros a dirigir un orden social comunista bajo el liderazgo de un partido también comunista.

2) El derecho de autodeterminación de los estados socialistas no suponía su apartamiento de la “comunidad de los pueblos socialistas”.

3) Los principios de la coexistencia pacífica, como el respeto a la integridad territorial y la no intervención en los asuntos internos, pasaban a segundo término ante la lucha de clases en el plano internacional. Desde esta perspectiva, en caso de que un partido comunista corriera el peligro de apartarse del camino del socialismo, los países hermanos tendrían el derecho y la obligación de intervenir incluso militarmente.

Estos principios aparecieron en un artículo publicado por un órgano del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) en *Pravda*, y posteriormente fueron enunciados por Brezhnev en su discurso ante el V Congreso del Partido Comunista de Polonia, en noviembre de 1968.

La Doctrina Brezhnev incorporó un principio que habían formulado Lenin y Stalin al iniciar la década de los 20, para determinar las relaciones entre la República Soviética Rusa y los territorios periféricos del antiguo imperio zarista que formalmente habían obtenido su independencia. Según este principio, en las relaciones entre los países socialistas las relaciones de clase tienen preponderancia sobre la soberanía estatal. Este principio constituyó, además, una precisión del llamado “internacionalismo proletario socialista” el cual significó, en una primera etapa, la solidaridad de la clase obrera y la igualdad total de todos los partidos socialistas. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, el “internacionalismo proletario” adquirió nuevos matices: se convirtió en un compromiso de asistencia en caso de que un enemigo exterior amenazara al socialismo o cuando surgiera una amenaza interna de “restauración capitalista” dirigida por la reacción imperialista.

La intervención armada en Checoslovaquia evidenció el hecho de que el partido comunista de ese país había traspasado los límites del marco soviético de interpretación de la realización de un socialismo nacional en el sentido del modelo socialista soviético. La URSS consideraba la orientación hacia este modelo no únicamente necesaria para la conservación de sus reivindicaciones como líder del bloque socialista, sino también funcional para su seguridad, misma que descansaba en el Pacto de Varsovia cuyos Estados miembros formaban un círculo alrededor de la URSS, teniendo como centro a Checoslovaquia.

abstenerse de incluir el pluralismo político dentro de las demandas del movimiento social; evitar el derrumbe del gobierno, en este caso del POUP; no hacer ninguna referencia a una posible instauración del capitalismo y, por último, no cuestionar la permanencia de Polonia dentro de la comunidad socialista, como miembro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y del Pacto de Varsovia.<sup>107</sup>

Por otra parte, las huelgas dieron a los trabajadores una identidad regional, pues las fábricas más grandes de una zona entraban a las huelgas en solidaridad con las pequeñas, estableciéndose así comités de huelga “interempresa”, con recursos e intereses comunes. Dos días después de haber comenzado la huelga del astillero Lenin, en Gdansk, la dirección se comprometió a aumentar los salarios y el comité de huelga votó por terminar con el paro de labores; no obstante, otras fábricas en huelga reclamaron a Walesa la falta de solidaridad con otros obreros de empresas pequeñas, quienes no iban a poder continuar sin el apoyo de una concentración más grande de trabajadores en el área. Entonces, el comité del astillero Lenin revocó su decisión e inició otra huelga de ocupación.<sup>108</sup>

El hecho de que las fábricas más grandes, después de haber ganado sus demandas, hayan estado dispuestas a continuar la huelga en nombre de las pequeñas era un reflejo de las “relaciones sociales primarias” que proveyeron las bases para la solidaridad de clase dentro de las empresas y entre las mismas. En sus estudios sobre la situación de los obreros en huelga en el área de Gdansk, el sociólogo Marek Latoszek encontró que las asociaciones públicas o gubernamentales no participaron en las decisiones de los comités

---

<sup>107</sup> Staniszkis, *op. cit.*, pp. 17-19.

<sup>108</sup> Kennedy, *op. cit.*, pp. 51-53.

de huelga ni tuvieron mucha influencia en el desarrollo de éstas; en consecuencia, para matizar como “apolíticas” a sus actividades, la gente se retiró de las instancias públicas para organizarse en lugares, espacios y ámbitos de la vida privada, lo cual en lugar de aislarlos y atomizarlos les proporcionó mejores alternativas en sus métodos de lucha. Las “relaciones primarias extensivas”, desde la familia extendida hasta las redes de vecinos y amigos, reforzaron una nueva identidad de clase para los trabajadores del astillero y la refinería. La mayoría de los amigos cercanos a las familias de los obreros se encontraban en el lugar de trabajo. De este modo, las fuertes relaciones primarias, que coincidían con las relaciones de producción, ayudaron a generar en los obreros un sentido de unidad de clase e impidieron que los trabajadores se dividieran en una representación de intereses más bien corporativista.<sup>109</sup>

Fue en esta época también que se consolidó el puente de unión entre las “Dos Polonias” de antes de la Segunda Guerra Mundial: la socialista y la católica. Alrededor del semanario católico de Cracovia, *Tygodnik Powszechny*, y de la revista de Varsovia . *Wież*, se concentró un grupo de filósofos y escritores --que incluía a Karol Wojtyła y a Tadeusz Mazowiecki, quién sería uno de los asesores más cercanos a Walesa-- que propusieron una nueva filosofía social católica, contraria al régimen totalitario. Ya desde finales de la década de 1960, el primado de Polonia, Stefan Wyszyński y Wojtyła habían elaborado una declaración con los derechos humanos y civiles que el Estado debía respetar: el derecho a la libertad, a participar en el debate político, a una vida digna, entre otros. A partir de entonces, la Iglesia pasó del discurso sobre sus propios derechos

---

<sup>109</sup> *Ibid.*, p. 53.

históricos al reclamo por los derechos universales de los hombres y de la sociedad, de todos los polacos creyentes o no.<sup>110</sup>

Asimismo, la Iglesia proveyó a los trabajadores y a los intelectuales, desde los sermones en el púlpito, de un lenguaje común. Fue entonces cuando se rompió el hielo entre los objetivos de la Iglesia y los pensadores polacos que antes se habían arraigado en el ateísmo militante de la era stalinista. Leszek Kolakowski confesó, incluso, que “el mejor sustituto para el cristianismo era probablemente el cristianismo” y, el escritor y periodista Adam Michnik, no dejó de reconocer la conveniencia de un frente común de la Iglesia y los intelectuales en la defensa de los derechos humanos y civiles. Si bien para algunos otros --como para Jacek Kuron, uno de los integrantes más activos del KOR-- la unión con la Iglesia no pasaba de ser una mera táctica política, en general, para la izquierda polaca la institución católica dejó de ser estigmatizada como reaccionaria, antisemita y nacionalista.<sup>111</sup>

En Polonia comunista, los sermones y los escritos de los curas solían ser el único discurso libre de los fermentos ideológicos que permeaban la vida de los ciudadanos, pero no por ello la Iglesia católica devino una institución alejada de la vida pública. De hecho, en estos mismos sermones se daba a conocer el punto de vista de la Iglesia sobre los temas políticos y sociales más relevantes, lo cual contribuyó a moldear la opinión de los feligreses. A diferencia de otras Iglesias nacionales, la Iglesia polaca actuó como creadora e impulsora de los valores nacionales, cívicos y éticos. A lo largo de la década de los 70,

---

<sup>110</sup> Garton Ash, *op. cit.*, pp. 19-20.

<sup>111</sup> *Ibid.*, p. 21.

los sermones del cardenal Wyszynski incorporaron la defensa a los ideales democráticos y la oposición al monopolio de los asuntos políticos, en palabras del propio Wyszynski:

**“Los obispos católicos se muestran afligidos ante el intento de integrar a toda la juventud polaca en una organización monopólica. Dichos intentos empobrecen y disminuyen las posibilidades de sofisticación social entre los jóvenes...Esto, sin duda, lastima la cultura nacional y la vida social y política...La defensa valerosa de la libertades y el derecho a unirse y organizarse [de diversos grupos sociales] para conseguir sus propios objetivos es absolutamente necesario, así como el derecho a la libertad de prensa, de expresión, publicación, discusión, deliberación e investigación científica.” (Jan Kubik, The power of symbols against the symbols of power. The rise of Solidarity and the fall of state socialism in Poland, Pennsylvania, Pennsylvania University Press, 1994, p. 123)**

Asimismo, la persistencia de símbolos católicos nacionales dentro del discurso eclesiástico<sup>112</sup> fortalecieron la conjunción de la identidad nacional con la religión católica, a tal punto que para muchos creyentes el aspecto dogmático del discurso religioso era menos importante que lo relativo a la existencia de una nación. Desde esta perspectiva, los ritos religiosos contribuían tal vez menos a estrechar los lazos con Dios y más a renovar y fortalecer una moral nacional. Incluso, estudios sociológicos, realizados a principios de los 80, revelan la existencia de la idea entre la población polaca de que la responsabilidad individual hacia Dios se materializaba en el cumplimiento de los deberes a la nación.<sup>113</sup>

No obstante, los propios detentores del patriotismo católico advertían que para “los individuos y las naciones que han perdido...el sentido de Dios como el valor supremo y el eje de la conducta humana...la nación y la patria llegan a ser vistas como valores

---

<sup>112</sup> Es el caso de la constante apelación a la figura de la Virgen Negra, la cual había sido el núcleo del catolicismo polaco y el centro espiritual del país, por lo menos desde el siglo XV.

<sup>113</sup> Jan Kubik, The power of symbols against the symbols of power. The rise of Solidarity and the fall of state socialism in Poland, Pennsylvania, Pennsylvania University Press, 1994, pp. 124-125.

absolutos". Pero cuando el patriotismo cristiano sigue los postulados de amar al prójimo como un igual, "el verdadero amor por el propio país genera un respeto profundo por los valores de otras naciones...y destruye la versión enferma y peligrosa del patriotismo".<sup>114</sup>

El acontecimiento que dio fuerza, por lo menos moral, al movimiento fue la elección del cardenal Karol Wojtyla al papado, en octubre de 1978 y la visita a su país natal que, en un principio, se planeó para mayo de 1979, con motivo de las fiestas de San Stanislaw. La conmemoración del martirio de este santo era una fecha significativa para todos los polacos, incluidos quienes se habían consagrado a la vida puramente secular. El culto a San Stanislaw se había celebrado por lo menos durante seis siglos y medio pero, lo más importante, era un símbolo de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, el paradigma no roto que presentaba al poder eclesiástico como contrabalance necesario ante las posibles arbitrariedades del poder secular. En la reconstrucción de las versiones sobre la historia de San Stanislaw, éste aparece como un obispo víctima de la prepotencia y la rabia del gobierno: la leyenda cuenta que el obispo excomulgó al rey por haber maltratado seriamente a sus caballeros y a sus esposas y, en respuesta, el rey sentenció al obispo a tortura y muerte sin juicio previo. Desde entonces, San Stanislaw devino ejemplo de la resistencia justificada ante los excesos del poder real o de cualquier instancia secular. El cardenal Wyszynski, durante las celebraciones de mayo de 1978, llegó a expresar que la historia de este santo probaba que aun nueve siglos atrás, la Iglesia ya combatía por el respeto a los derechos humanos y por leyes justas en Polonia y, en este sentido, "el culto a San Stanislaw es el símbolo de la unidad de nuestra nación..."<sup>115</sup>

---

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 124. Carta pastoral de los obispos de Polonia, escrita en 1972.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 133. Mensaje del cardenal Wyszynski.

Por su parte, las autoridades comunistas intentaron encapsular la visita de Juan Pablo II como un evento cultural que reafirmaba los puntos de vista discordantes entre la Iglesia y el Estado. Juan Pablo II, en cambio, se mostró conciliador en su discurso al interpretar el caso de San Stanislaw como un ejemplo de reconciliación entre el poder eclesiástico y el secular, entre los gobernantes y los gobernados lo cual coincidía con la estrategia del movimiento social en el interior de Polonia: el no enfrentamiento directo con las autoridades comunistas. Con el objeto de desligar el arribo del Papa de la lógica de la mitología católica, el POUP pospuso la fecha de la visita de mayo --aniversario de la muerte de San Stanislaw-- a junio, con lo que se pretendía dar realce a la conmemoración del 35° aniversario de la República Comunista de Polonia.

#### Por la sobrevivencia del sistema comunista en Polonia: el pluralismo social

Para finales de agosto de 1980, los paros de labores se extendían con rapidez a más y más regiones y el Comité de Huelga actuaba en nombre de cerca de 350 mil obreros. Ante ello, y debilitado por sus pugnas internas, el POUP nombró a J. Jagielski --miembro del Politburó-- como emisario del gobierno para negociar con los trabajadores y después de aceptar la formación de sindicatos libres, el régimen llegó a un convenio con los obreros.<sup>116</sup> El acuerdo de Gdansk, firmado el 31 de agosto, satisfacía casi todas las demandas de los trabajadores y hacía ver a sus representantes como iguales ante las autoridades comunistas, lo cual echaba por tierra su papel de subordinados. Al mismo tiempo, en el contenido, se plasmó la aceptación obrera del respeto a ciertos principios y reglas del sistema político prevaleciente. Así, si bien en el acuerdo de Gdansk se afirmaba

---

<sup>116</sup> Turrent, op.cit., pp. 146-147.

la necesidad de sindicatos autogestivos --verdaderamente representantes de los intereses obreros--, también se sostuvo que los nuevos sindicatos eran fieles a los principios constitucionales y reconocían que el POUP tenía el liderazgo y la dirección del Estado. pese a que, para muchos polacos, ello equivalía a la discriminación política para quienes no eran miembros del partido.<sup>117</sup>

A pesar de que el POUP consiguió que Solidaridad reconociera su papel de líder, hubo varios puntos ambiguos en el documento de Gdansk que, en los hechos, no daba cabida a las instituciones del POUP dentro de la organización obrera o, por lo menos, no especificaban la forma de solucionar las contradicciones entre la organización de los nuevos sindicatos independientes y la vieja estructura partidista a la cual habían estado sometidos. Ello fue evidente cuando, al proclamarse los sindicatos recién creados como “representantes auténticos de la clase trabajadora”, la permanencia de la estructura de sindicatos comunistas se cuestionó de forma velada.<sup>118</sup>

La movilización opositora no comenzó desde el ámbito de la *intelligentsia* ni en el interior del partido: se fraguó desde la trinchera de los trabajadores, en forma de comités de huelga obreros en fábricas individuales. Gdansk era la primera vez, en una nación comunista, que se permitía a un grupo social organizarse políticamente sin operar bajo el control directo del Estado. Así, quizás el rasgo más importante del movimiento social polaco fue que ni el gobierno ni ningún grupo de dentro del partido promovió o instigó a los obreros y a otros sectores de la población a realizar acciones en pro de una reforma del sistema.

---

<sup>117</sup> Jan B. Weydenthal et. al., The Polish drama: 1980-1982. Toronto, Lexington Books, 1983, p. 7.

<sup>118</sup> Ibid., p.8.

Días después de firmado el acuerdo de Gdansk, la Unión de Escritores Polacos emitió una declaración especial en la que llamaba a los “verdaderos representantes de los escritores” a establecer un Consejo Nacional de Cultura --formado por representantes electos, no designados-- con poderes para tomar decisiones sobre el rumbo de la política cultural del país. De esta forma se creó el Comité Coordinador de las Asociaciones Creativas y Científicas.<sup>119</sup> En el caso polaco, los escritores afiliados a las “Uniones” que, a final de cuentas, funcionaban como apéndices de los partidos comunistas, no tomaron la iniciativa hacia la puesta en marcha de una movilización opositora --como sí sucedió en Hungría y Checoslovaquia. Ello significó que las riendas del movimiento no las tenía el partido, ni siquiera un órgano sujeto a la definición de las políticas del POUP que pudiera manejar de manera indirecta el curso de la disidencia para encausar las formas dentro de los márgenes del sistema --tan es así que los escritores apoyaron el movimiento sin tomar a la Unión como su órgano representativo y, en cambio, propusieron la integración de una instancia cultural alternativa.

De hecho, no hizo falta que el gobierno marcara los límites del movimiento a las reglas del comunismo real en Polonia, pues la coalición de los obreros, los intelectuales que asesoraron las negociaciones de Gdansk y la Iglesia no pretendió mostrar algún signo de hostilidad hacia las instituciones comunistas ni reemplazarlas. Más bien, el propósito de la coalición opositora era ampliar las opciones dentro del sistema político existente de modo que se permitiera una mayor participación de diversos grupos de la sociedad en el terreno político, manteniendo sus identidades particulares, es decir, sin tener que ser parte constitutiva del partido. Esto apuntaba a la demandas por un pluralismo social --mientras

---

<sup>119</sup> *Ibid.*, pp. 10-11.

se hacía a un lado cualquier atisbo de pluralismo político, el cual se quería evitar a toda costa-- que tomara parte en la definición de políticas públicas, tarea que ni el POUP ni el gobierno eran ya capaces de manejar por sí solos, según la percepción generalizada. Fue así como el 17 de septiembre de 1980, los delegados representantes de los comités obreros de todo el país se reunieron en Gdansk para establecer un sindicato autónomo a nivel nacional: Solidaridad. A partir de este momento, Solidaridad destruyó cualquier posibilidad del POUP de conducir el movimiento social.<sup>120</sup>

Dentro del mismo POUP hubo una crisis que generó profundas divisiones, específicamente, entre el liderazgo y los órganos regionales e intermedios del partido. La prioridad detrás de las decisiones políticas la dirigencia era garantizar un orden público mínimo para preservar la continuidad del sistema, aun si, en ocasiones, había que ceder a las presiones de la sociedad organizada. En cambio, el interés de las autoridades locales era mantener las fórmulas establecidas de ejercicio del poder, mediante las cuales tenían el control de sus distritos; además, existía el temor de que cualquier cambio en el *status quo* del aparato político iría en detrimento de las prerrogativas de los funcionarios locales.<sup>121</sup>

Sin embargo, los militantes del partido que no ocupaban ningún puesto en el organigrama administrativo sí se mostraron insatisfechos con el trabajo del POUP: en cierta forma, donde más repercusiones tuvo la organización social externa al partido fue en sus bases, las cuáles pidieron la modificación de la estructura del POUP así como de sus métodos de maniobra. Se desarrolló un momento de activismo por parte de los

---

<sup>120</sup> Ibid., p. 11.

<sup>121</sup> Ibid., p. 39.

militantes comunistas el cual se reflejó en los vínculos desplegados entre grupos locales del partido y las unidades de éste en ciudades, fábricas, instituciones educativas, etc. con el objeto de establecer una red operacional para facilitar la coordinación del trabajo en temas específicos. Este tipo de organización retomó el método de *cooperación horizontal* del activismo no militante que aplicaba Solidaridad. Los intentos de las autoridades del POUP por dismantelar la red de *cooperación horizontal* resultaron fallidos; por el contrario, las bases cada día se convencían de que no podían confiar en las promesas de cambio intrapartidista pero sí, en la capacidad de innovación de ellos mismos.<sup>122</sup>

Los cuerpos de militantes de la base del POUP organizaron una conferencia en la ciudad de Torun sin aprobación anticipada de la jerarquía del partido. Nunca antes los activistas de las unidades locales del partido se habían reunido para definir su posición ante la situación del POUP, apartados de la dirección y de los órganos decisivos comunistas. La propuesta de un congreso general del POUP, salida de la conferencia de Torun, fue vista por los funcionarios prosoviéticos del partido como una táctica para propiciar transformaciones permanentes e irreversibles en las prácticas y las estructuras de la organización comunista; no obstante, para el ala reformista del POUP, el IX Congreso Extraordinario representó una oportunidad para satisfacer a las bases rebeldes y purgar a quienes obstaculizaban la reforma del primer secretario Stanislaw Kania, sucesor de Gierek. En los primeros meses de 1981, se propuso la elección de oficiales en las unidades de partido locales y de delegados para el congreso. El método electoral en el que hubo consenso fue el de "elección desde abajo" para que, de este modo, los representantes

---

<sup>122</sup> Staniszkis, *op. cit.*, p. 42-56.

electos estuvieran fuertemente ligados a su región o su fábrica, en otros términos, para lograr una representación genuina.<sup>123</sup>

Sin embargo, la agitación, en los órganos centrales del partido, que siguió a un mensaje enviado por los soviéticos --donde se exhortaba al POUP a tomar las riendas para lograr la estabilidad social y fortalecer los principios marxistas-leninistas-- arrasó con el movimiento de *cooperación horizontal* entre las unidades locales del partido. Y después de los movimientos en los órganos directivos del partido, donde salieron muchos líderes de la llamada línea dura,<sup>124</sup> --táctica mediante la cual Moscú pretendía que el ala reformadora del partido no se sintiera intimidada y no cayera en la tentación de apoyar a las fuerzas autónomas de la base militante--, la *cooperación horizontal* no fue más que una influencia marginal. No se eligió a ninguno de sus organizadores para alguna posición de liderazgo dentro del POUP y tampoco se aceptaron sus ideas como guía de la política del partido.<sup>125</sup>

Lo que resultó definitivamente inevitable, fue la disminución de la membresía del POUP: convencidos de la dificultad de transformarlo, los afiliados decidieron abandonar sus filas. De acuerdo a las encuestas de agosto de 1981, 51% de la población culpaba a la política económica gubernamental de la crisis en que se encontraba el país, y 25% atribuía la debacle a Solidaridad. Una vez evidente la falta de apoyo popular al partido, Stanislaw Kania renunció al puesto de Primer Secretario. En su lugar llegó el general Jaruzelski, quien continuó con el cálculo fallido de la era de Kania al suponer que la población

---

<sup>123</sup> Sanford, George, *Polish communism in crisis*. Nueva York, St. Martin's Press, 1983, pp. 187-188.

<sup>124</sup> El el IX Congreso extraordinario se renovó casi completamente la membresía del POUP: de los 270 miembros del Comité Central eran nuevos más de 90% y, con los 403 delegados de Solidaridad el número de obreros sobrepasaba al de burócratas.

<sup>125</sup> Weydenthal, *op. cit.*, pp. 47-49.

seguiría aceptando las prerrogativas especiales del partido para gobernar y los cambios limitados en sus políticas como sinónimo de renovación socialista. No obstante, conforme el movimiento social autogestionario engullía a la sociedad entera --incluso a los militantes del POUP--, aunque sin pronunciarse en contra del partido como institución, preservar el monopolio del partido en la toma de decisiones fue prácticamente imposible.<sup>126</sup>

El 14 de noviembre de 1981, una rama local de Solidaridad en una fábrica de Zywiec redactó una resolución en la que demandaba a su empresa dejar de financiar las actividades del POUP dentro de la fábrica. Un referéndum ratificó dicha resolución y, para finales de mes, 21 de las 49 provincias polacas anunciaron su deseo de remover de las empresas industriales a las organizaciones partidistas.<sup>127</sup>

El revisionismo marxista ya había perdido credibilidad después de la invasión de las fuerzas del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia en 1968. Para la mayoría de los polacos el que un partido comunista pudiera generar un sustento democrático real se convirtió en algo ilusorio, en palabras de Kolakowski el “comunismo democrático” era como “bolas de nieve fritas” o, en otros términos, el socialismo burocrático no tenía ninguna posibilidad de transformarse desde arriba. Así, la única estrategia que restaba era la organización de los polacos fuera de las estructuras del partido en grupos auto-organizados que expandieran la libertad negativa y de autodeterminación ciudadana. La estabilidad política y el éxito económico de la sociedad civil autónoma garantizaría a la URSS que la eficacia de la política de defensa exterior de Polonia no estaba amenazada.

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>127</sup> *Ibid.*, pp. 52-53.

Jacek Kuron y Adam Michnik, integrantes del KOR, diseñaron esta estrategia llamada “el Nuevo Evolucionismo”. la cual coincidió con una denominación más amplia para el KOR, el que en 1977 pasó de “Comité en Defensa de los Obreros” a ser el “Comité para la Autodefensa Social” (KSS-KOR), expresando su aspiración a una emancipación gradual de la sociedad con relación al poder comunista.<sup>128</sup>

Entre el Nuevo Evolucionismo y el surgimiento de Solidaridad hubo una relación directa. El lema varias veces repetido por Kuron “No destruyan los comités del partido. hagan el suyo” sirvió como sustento de la línea organizativa de Solidaridad de los obreros y de Solidaridad rural: los primeros en sus Comités para los Sindicatos Libres, y los últimos organizados en Comités de Autodefensa. Desde 1977, un grupo de intelectuales del KOR fundó un periódico redactado específicamente para los obreros donde, en un lenguaje que pudiera ser entendido por todos los trabajadores, se narraba las protestas obreras de 1956 y 1970 y las lecciones que se derivaban de ambos movimientos. A iniciativa de dicho periódico, de nombre *Rabotnik* (El Trabajador), se creó la primera célula sindical no oficial, en *Random*, en noviembre de 1977. Dos años después, *Rabotnik* dedicó un número entero a la publicación y el comentario de la “Carta de los Derechos Obreros”, la cual adelantaba muchas de las demandas que reaparecerían en el verano de 1980: disminución de horas de trabajo, mejores salarios, seguridad en el empleo, pero, sobre todo, el establecimiento de sindicatos independientes. Por todo esto, no es posible desligar el proceso de aprendizaje político de los obreros de la influencia de los intelectuales, particularmente del KOR.<sup>129</sup>

---

<sup>128</sup> Garton Ash, *op. cit.*, pp. 22-23.

<sup>129</sup> *Ibid.*, pp. 24.

En otro sentido, las células sindicales autónomas representaban la objetivación de la estrategia general del KOR y del “Nuevo Evolucionismo”: mediante la red de células opositoras a nivel nacional se vinculó a los obreros, se generalizaron sus demandas y propuestas y se coordinaron las actividades. De acuerdo a ello, es posible afirmar que los planes de organización obrera del KOR funcionaban más como un partido comunista clandestino --como lo describió Lenin en Qué hacer?-- promoviendo el activismo en los centros industriales clave. No obstante, había dos diferencias importantes: el KOR no proponía *revolución* sino *evolución*; además, se rechazaba el doble discurso de la clandestinidad que era también característico de los regímenes comunistas y, en su lugar, se proponía hablar y escribir como si se viviera en un país libre conservando el principio de no retar a las instituciones del sistema para evitar la activación del “factor tanque”, es decir, la intervención militar soviética.<sup>130</sup>

### El factor tanque

La actitud inicial de la Unión Soviética ante las huelgas en Gdansk fue de apoyo al cambio de liderazgo del POUP --con Kania al frente en lugar de Gierek--, al registro oficial de Solidaridad como sindicato legal y a los esfuerzos de la nueva administración por contrarrestar las demandas obreras --en particular al aumento de salarios--, para lo cual Moscú envió ayuda económica suplementaria y exportaciones emergentes de comida. La preocupación del liderazgo soviético residía en las consecuencias del movimiento polaco en el terreno ideológico y el miedo al efecto de expansión hacia otros países de

---

<sup>130</sup> Loc. cit.

Europa del este pero, sobre todo, inquietaba la resonancia de esta crisis en la política de *détente* brezhneviana hacia Europa occidental.

En Polonia había una sensación generalizada de que la política de compromisos entre Solidaridad y el POUP representaba un elemento significativo para el Kremlin; tanto miembros del partido como activistas disidentes pensaban que el movimiento social no sólo beneficiaría a los polacos sino también a la propia Unión Soviética, pues un país con mejores y renovadas instituciones sería una región comunista más estable y menos vulnerable a levantamientos recurrentes. En este sentido, un nuevo “contrato social” entre el movimiento sindical independiente y el partido sentaría las bases sociales y políticas para la cooperación en el esfuerzo por salir de la escollo económico y constituir un aliado verdaderamente confiable para la URSS. La mayoría de los polacos no concordaban con las opiniones en occidente sobre una intervención inevitable del Pacto de Varsovia. más bien, ponían la responsabilidad de la invasión en sus propios esfuerzos para evitarla o atraerla. Los polacos se habían hecho un compromiso a ellos mismos para conjurar la catástrofe.<sup>131</sup>

Los pronósticos de occidente acerca de una invasión militar a Polonia estuvieron fundados en varias señales que la URSS envió, por lo menos, en la fase inicial de la crisis polaca. Durante una huelga general de una hora en Gdansk, en octubre de 1980, se desplegó la fuerza soviética naval; asimismo, a finales de ese mes las fuerzas soviéticas practicaron ejercicios militares en la frontera oeste de la URSS, que limitaba con Polonia. Los medios soviéticos, a finales de noviembre, publicaron dos reportajes a manera de

---

<sup>131</sup> Jonathan Steele, Soviet power. The Kremlin's foreign policy. Brezhnev to Chernenko. Nueva York, Simon and Schuster, 1983. pp. 106-107.

advertencias: el primero argumentaba que una huelga de los ferrocarriles polacos afectaría la defensa nacional y los intereses de Polonia al bloquearse la ruta de acceso que proveía de recursos a veinte divisiones soviéticas en Alemania Democrática; el segundo comparaba los acontecimientos polacos con la movilización contrarrevolucionaria de Checoslovaquia en 1968. Las maniobras militares continuaron en la frontera soviética-polaca, en Alemania del este y Checoslovaquia, así como en los distritos militares de Bielorrusia y el Báltico. Además, la URSS cerró una porción de la frontera polaco-germana de cincuenta millas de largo. Sin duda, los diseñadores de la política exterior de Brezhnev prepararon lo necesario para cualquier acción militar, aunque esta opción no era realmente la más viable para el Kremlin, el cual prefería avanzar en la solución política. Cuando más, lo que la URSS pretendía lograr con las maniobras militares era mantener viva, en el imaginario polaco, la posibilidad real de una invasión liderada por los soviéticos.<sup>132</sup>

La realización de una intervención armada era bastante riesgosa, tanto para los polacos como para los soviéticos. En primer lugar, el reconocimiento de Alemania Democrática, en 1970, de la propiedad polaca de territorios en Silesia y Pomerania, que habían pertenecido a Alemania antes de la Segunda Guerra, terminó con el temor polaco a su vecino germano y contribuyó a afianzar aún más la tradición nacionalista, la que podía ahora desplegarse por completo contra el enemigo tradicional del este: Rusia o la URSS. En segundo lugar, en el movimiento polaco no había tan sólo una crisis intrapartidista donde los intelectuales o la élite política tenían un papel preponderante en una incipiente movilización popular --como en el caso húngaro o checoslovaco--, sino un levantamiento

---

<sup>132</sup> Ibid., p.108.

donde las masas y las bases del partido estaban inmiscuidas, lo que significaba que la población y el POUP caminaban por rumbos opuestos. El que la *cooperación horizontal* hubiera tomado fuerza también dentro de las filas del partido alarmó a Moscú: el movimiento se había extendido a la organización intrapartidista para modificar el carácter y el papel del POUP de forma que rindiera cuentas a las bases y respondiera democráticamente a las demandas de sus representados. Ello implicaba no tan sólo tomar un rumbo distinto de la práctica comunista tradicional sino disminuir la influencia soviética.

En tercer lugar, nadie estaba seguro de que la armada polaca no resistiría el ataque y, aun si la URSS era suficientemente hábil para terminar con la resistencia era de esperarse un período de varios meses en el cual Alemania Democrática se encontraría virtualmente desconectada de la URSS --con las líneas férreas de comunicación con el líder comunista bloqueadas-- y a merced de cualquier revuelta interna, con o sin apoyo de occidente. Como cuarto punto, dada la operación militar soviética en Afganistán, había peligro de guerra en dos frentes. En quinto lugar, Polonia era un país muy inestable económicamente --mucho más que Checoslovaquia en 1968-- y, una vez que la armada soviética tomara el control del Estado polaco tendría que enfrentar la bancarrota, lo cual requeriría del subsidio soviético a gran escala. Para terminar, la *détente* entre las potencias de Europa del oeste hacía sospechar al Kremlin del plan occidental para acercarse a los países comunistas del este y desestabilizar el imperio soviético --sospecha que se fundaba en la decisión de la OTAN de instalar misiles Pershing-II en Alemania Federal. La URSS infería que la decisión de desplegar dichos misiles sobre su territorio podía revertirse

---

gracias a las actividades del creciente movimiento de protesta en Europa occidental. no obstante, esta posibilidad se cancelaría por completo si el Kremlin empleaba la fuerza para dar solución al levantamiento polaco.<sup>133</sup>

Después de diciembre de 1980, los soviéticos siguieron confiando en que el partido ganaría la batalla mediante un proceso de desgaste en las filas de Solidaridad; además, Moscú pensaba que el deterioro económico polaco, el racionamiento en los alimentos y la anarquía que se vivía en la nación del sindicato independiente ayudaría a desalentar posibles levantamientos en otros países del este europeo. Sin embargo, tampoco convenía a Brezhnev dejar que la economía polaca se desplomara por completo, pues ello causaría mayor desorden público y más huelgas. Por ello, el auxilio que la URSS ofrecía estaba destinado a evitar que Polonia se fuera al extremo del colapso o de la recuperación. Mientras que en occidente hubo varios debates sobre la pertinencia o no de otorgar créditos a Polonia, la Unión Soviética pretendía demostrar que el desastre económico en el este era consecuencia de la dependencia excesiva de los recursos de occidente, con lo cual se evidenciaba también la diferencia entre la asistencia desinteresada de Moscú y los favores condicionados del capitalismo.

Días después del Congreso del PCUS, en febrero de 1981, Brezhnev se reunió con Kania y con el primer ministro Jaruzelski para ratificar su apoyo y recordarles que debían tomar el control de los acontecimientos. Para entonces, las maniobras militares del Pacto de Varsovia, *Soyuz-81*, en Polonia. Alemania Democrática, Checoslovaquia y la URSS no tenían razón de ser dada la tranquilidad polaca. Sin embargo, a mediados de marzo, una manifestación de Solidaridad rural fue dispersada violentamente por la policía, lo que

---

<sup>133</sup> Robin Edmonds, Soviet foreign policy. The Brezhnev years. Oxford. Oxford University. pp. 196-199.

a muchos pareció una provocación directa. En ese momento, el sindicato llamó a la huelga nacional. Como las operaciones de *Sayuz-81* continuaron, cundió la alarma en occidente, donde se difundió la idea de que la elección del general Jaruzelski como nuevo primer ministro, en febrero, había sido una acción previa a un programa de militarización hacia la ley marcial. Al final, las negociaciones entre Walesa y Mieczyslaw Rakowski -- encargado de llevar el diálogo con Solidaridad-- evitaron la huelga general y las actividades de *Sayuz-81* pararon.

La llegada de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos dificultó aún más la situación de la política exterior soviética: además de haber insultado a Moscú en su primera declaración de prensa como presidente Reagan anunció un incremento masivo en el gasto militar. La línea dura del gobierno estadounidense llevó a los soviéticos a comenzar el acercamiento con Alemania Federal para preservar la *détente* por lo menos en Europa. Brezhnev anunció que iría muy pronto a la República Federal Alemana, lo cual revelaba su deseo por afianzar la *détente* y el papel decisivo que Bonn tenía en este proceso. En esas circunstancias, los argumentos en contra de la invasión a Polonia tomaron fuerza.

Mikhail Suslov, miembro del Politburó soviético, visitó Polonia en abril y exhortó al POUP a realizar acciones efectivas para oponerse a las fuerzas antisocialistas. Después de las pláticas del ideólogo soviético con el liderazgo del POUP, la URSS calificó a Polonia de "revisionista" y restauradora del "régimen burgués". El descontento soviético con el liderazgo polaco fue evidente cuando en septiembre tuvo lugar el Congreso de

Solidaridad, en Gdansk, donde se llamaba a los trabajadores de Europa del este a organizar sus propios sindicatos independientes.

Pese al rechazo, por parte de la Unión Soviética, de las reformas al POUP en el sentido que pedía su base y Solidaridad, y de su renuencia a ver debilitado al partido comunista como vanguardia, las posibilidades --ya de por sí estrechas-- para tomar medidas contundentes hacia Polonia eran cada vez menores. Haig, secretario de Estado norteamericano, advirtió a los soviéticos que Washington restauraría el embargo cerealero y pondría fin al comercio con el URSS en caso de una intervención militar en Polonia. Además, Estados Unidos comenzó a suministrar armas a Pekín y a acercarse a los chinos, cosa que la URSS no podía permitir. Por otra parte, las discusiones sobre el asunto polaco se habían extendido más allá de Europa oriental y cada vez provocaban más confrontaciones entre los partidos comunistas de occidente y Moscú.<sup>134</sup>

En octubre de 1981, el POUP eligió a Jaruzelski como sustituto de Kania: haya sido esta una acción planeada o no por el Kremlin, Moscú envió felicitaciones en un comunicado donde se hacía énfasis en el prestigio del general. Sin duda, entre los polacos, Jaruzelski gozaba de gran prestigio, dada su negativa a abrir fuego contra los obreros disidentes en 1970 y durante las huelgas de agosto de 1980. Para Moscú, el único hombre con alguna posibilidad de restaurar el orden y la confianza en el partido era Jaruzelski, justamente debido al reconocimiento de la sociedad polaca y no sólo del POUP.<sup>135</sup>

A partir de la elección de Jaruzelski, quien asumió conjuntamente la jefatura del partido y de las fuerzas armadas, la crítica de los medios soviéticos al POUP cesó, y los

---

<sup>134</sup> Turrent, *op. cit.*, pp. 170-171.

<sup>135</sup> Steele, *op. cit.*, p. 112.

planes del gobierno polaco hacia la ley marcial comenzaron. El pretexto fue el hallazgo de cintas con grabaciones de una asamblea de los dirigentes de Solidaridad en la ciudad de Radom, en la cual se llamaba a la confrontación total con el gobierno. Los soviéticos dieron la bienvenida a la ley marcial, refiriéndose a ella como un asunto interno de los polacos que confirmaba que la alianza entre el imperio y el satélite constituía punto clave en la esfera de intereses polacos. Por su parte, Regan actuó como si no hubiera ninguna diferencia entre la ley marcial y la invasión, y dio por hecho que la URSS había intervenido abruptamente en Polonia, por lo que de inmediato impuso sanciones económicas. Asimismo, Estados Unidos se esforzó por atraer de nuevo a Alemania Federal al redil de la OTAN, impidiendo el acercamiento con Moscú; de la misma forma, se desplegó una política de descrédito contra el movimiento pacifista europeo.

### Consideraciones finales

A la proclamación de la ley marcial siguió la politización de Solidaridad. El POUP no era ya más que un cascarón, un ornamento que veía pasar a los actores sociales agrupados, jugando a contentar a las fuerzas del Pacto de Varsovia y a una URSS que intentaba conservar latente la amenaza de la invasión. Entonces, el vacío político del POUP --una vez decretada la ley marcial, el poder político lo había tomado el ejército-- lo fue llenando Solidaridad. El sindicato independiente había comenzado a abandonar su "apolitismo" y su estrategia de no enfrentamiento con el POUP y con Moscú a partir de aquel exhorto a los obreros de Europa del este, en el Congreso de Solidaridad, a formar sindicatos libres en sus países. Para esa época, la inoperancia del POUP para mantener a flote a Polonia se hizo más evidente; entonces, los líderes del movimiento tuvieron que asumir el vigor y la

legitimidad política que Solidaridad había acumulado en las bases sociales --de los cuales carecía el partido—y, cuando menos se dieron cuenta, el sindicato ya se había convertido en la principal fuerza política del territorio polaco al lado de un partido comunista vaciado de poder.

No fue sino hasta la llegada de Mikhail Gorbachov al partido de la Unión Soviética cuando el POUP reconoció que ya no podía mantener el monopolio del poder. La nueva política exterior de Gorbachov y su ministro Shevardnadze descansaba en una revisión a fondo de la situación económica de la Unión Soviética, tomando en cuenta el costo de la política exterior militar y su relación con las realidades internas. La evaluación arrojó como resultado que los beneficios políticos no compensaron el gasto militar que se había realizado expensas del crecimiento económico. Los movimientos disidentes en Europa del Este --particularmente en Polonia-- y los contratiempos en la guerra de Afganistán, la cual parecía no tener fin o victoria cercana, probablemente redujeron la voluntad del liderazgo soviético para seguir corriendo riesgos en el exterior.<sup>136</sup> Por ello, Gorbachov decidió concentrarse en la re-edificación del Estado soviético haciendo a un lado la expansión mundial de la revolución socialista en una época de crisis en una URSS con la economía hecha trizas, como retornando a la idea staliniana del "socialismo en un sólo país".

A cambio del apoyo de Solidaridad a las políticas de Jaruzelski, éste prometió a Walesa elecciones parlamentarias libres en julio de 1989. Solidaridad obtuvo los 161 escaños por los que se le permitió competir el parlamento y 99 curules de las cien que

---

<sup>136</sup> Jean Meyer, "¿Una apuesta imperial? Estrategia diplomática y militar de la Segunda República rusa. 1992-1994. Foro Internacional, vol. 34, núm. 1, 1994, pp. 127-150.

componían el senado. Desde este momento, Solidaridad se convirtió en un partido político y llegó al poder en agosto de 1989, logrando sobrevivir al estado de guerra, cuestionando la legitimidad política del comunismo y permaneciendo casi entero hasta la liberalización gorbachoviana.

#### IV. LA SINGULARIDAD POLACA

El presente capítulo se propone examinar las peculiaridades de los movimientos sociales de 1956, 1968 y 1980 con base en las tres unidades de análisis que se han empleado a lo largo de este trabajo: las características de la organización de las fuerzas disidentes, el papel del partido comunista local y las demandas políticas de los movimientos sociales y, finalmente, la influencia soviética en el desarrollo de los acontecimientos. Con ello, se intentará esbozar un “tipo ideal” o modelo de los movimientos sociales en los países comunistas de Europa del este para, posteriormente, identificar si el caso polaco --donde la revuelta triunfó-- se inserta o no en el prototipo general. Asimismo, se hablará de las repercusiones de la singularidad de la movilización polaca y desde qué ángulo conviene evaluar su triunfo.

##### **1. Características de la organización de los movimientos sociales**

###### **a) Nacionalismo**

Si el siglo XX mostró que existe un elemento con el poder de cohesionar a las multitudes, de hacer homogéneas las aspiraciones y las metas de un conglomerado diverso, de servir como meta, fuerza inspiradora y aliciente de las batallas políticas y militares más aguerridas, ese mecanismo fue, sin lugar a dudas, el nacionalismo.

El nacionalismo nunca formó parte de la teoría socialista, la cual se definió siempre como omniabarcante, aglutinadora de todas las especies de hombres, buscadora de la emancipación cosmopolita en una doctrina que, de hecho, equiparaba su modelo a una declaración universal de derechos humanos donde, además, se describían los métodos y la lógica histórica para llegar a un sistema que hiciera valer dichas premisas universales. Sin embargo, las democracias populares del este europeo se encargaron de evidenciar la futilidad de las pretensiones universalistas del comunismo, la estrechez y “acientificidad” del socialismo al pedir que todos los casos se ajustaran a sus postulados. Así resultaba para Imre Nagy, líder de la rebelión húngara de 1956.

Nagy se convirtió en el portavoz de un sentimiento general --que invadía a la población y a los militantes del PTH-- de independencia y dignidad de la nación húngara dentro del bloque socialista. Nagy hacía énfasis en la subordinación de su país a la Unión Soviética, la cual se reflejaba en la incapacidad del partido para tomar decisiones sobre la vida interna de Hungría y la organización del mismo PTH. De esta forma, la revuelta húngara fue, ante todo, una defensa de la integridad nacional y de la posibilidad de un socialismo propio. La lucha por la salvaguardia de la soberanía abarcaba la serie de principios de Nagy para la convivencia entre las naciones la cual era, más bien, un código de protección de los intereses nacionales húngaros ante la fuerza soviética.

El propósito del Programa de Acción de Dubcek también era diseñar un modelo de socialismo donde cupieran las tradiciones políticas locales y un sistema parlamentario representativo de los componentes sociales más importantes, pero sin abandonar la membresía al comunismo internacional. Así, “el camino checoslovaco hacia el socialismo” peleaba por un margen de acción considerable para ejercer derechos civiles a

los que el comunismo había empapado con rasgos políticos, como la posibilidad de una literatura libre de adoctrinamiento. La autenticidad de manifestaciones culturales --como la literatura, a la que los años de comunismo habían enterrado al otorgarle un perfil *quasi* fundamentalista y ahistórico-- desplegaban la esencia de la vida y las costumbres checas y eslovacas, al rescate de las cuales trabajaron los escritores e intelectuales en el movimiento de finales de los 60.

El sólido nacionalismo de los polacos se identificaba con la fortaleza de la única institución que, como la nación polaca, resistió los embates de los dos grandes que habían estado al acecho de Polonia históricamente --Rusia y Alemania. La Iglesia, entonces, subsistía, junto con la unidad nacional polaca, por encima de los gobiernos y los sistemas políticos. De acuerdo a ello, los ritos católicos se interpretaban más como un medio para rendir culto a la nación y acercarse a sus valores, y menos como una forma de aproximarse a Dios. Sin duda, un acontecimiento que renovó la moral nacional del movimiento polaco fue la elección de Karol Wojtyła al papado y su visita a Polonia en una fecha cercana a la conmemoración del rol de la Iglesia como contrabalance del poder político secular.

Si bien en los tres movimientos hubo un marcado carácter nacional, éste no se asimiló de la misma forma. En el caso húngaro, la defensa de la soberanía era el objetivo; en el movimiento checoslovaco, un socialismo apegado a los valores nacionales era el método hacia la pluralidad y la tolerancia; mientras que, para los polacos, la identificación de su lucha con la nación --ya de por sí fuerte-- significó un punto de apoyo y un elemento integral del propio movimiento --instalado desde el principio en su código genético.

## b) Interacción de los grupos sociales

El movimiento polaco de finales de los 70 y principios de los 80 fue el único caso, de los aquí presentados, en el que hubo una labor conjunta real entre los tres grandes sectores de la sociedad: los intelectuales, los obreros y la Iglesia. El antecedente más próximo de dicha unión fue la formación del Comité de Defensa de los Obreros (KOR) a iniciativa de los intelectuales para apoyar a los trabajadores reprimidos o encarcelados como consecuencia de la huelga del verano de 1976. El KOR constituyó un punto de convergencia entre intelectuales con diferentes trayectorias políticas: desde socialdemócratas hasta antiguos stalinistas. Si bien la Iglesia no participó directamente en la fundación del KOR, su contribución se valora en términos de su apoyo tácito hacia la unión de la “Polonia cristiana” y la “socialista”; así, la Iglesia adoptó un espíritu laico que le permitió contribuir a la batalla de baja intensidad por transformar el régimen. Desde el discurso católico, la Iglesia suministró un lenguaje compartido, entre creyentes y no creyentes, a favor de la defensa de los derechos humanos y civiles. Ello atenuó también el marcado anticlericalismo de gran parte de la *intelligentsia* y permitió la acogida, en las filas disidentes, de figuras como el cardenal Wyszynski lo que, sin duda, hizo al movimiento social más fuerte y más popular entre la población. En torno al discurso laico de la Iglesia fue que se delineó la postura del intelectual polaco “librepensador”, al cual Michnik describió como simpatizante de la Iglesia en tanto aliada y adversa al Estado totalitario pero que, pese a ello, no se concibe católico.<sup>137</sup>

---

<sup>137</sup> La segunda revolución, México, Siglo Veintiuno, 1993, p. 81.

Los movimientos de Hungría y Checoslovaquia no iniciaron desde la base de trabajadores organizados, como sucedió en Polonia. En estos países las riendas del movimiento las tomaron los intelectuales y los militantes de alto rango del partido y, comúnmente, el apoyo que éstos consiguieron de los obreros y otros sectores de la población fue precario. En Hungría, el Círculo Petöfi fue el único foro en que, de manera esporádica, hubo nexos entre los estudiantes, intelectuales, escritores, algunos obreros y ciudadanos no enrolados en las filas del comunismo. Pero en general, cada uno de los grupos sociales que llegaron a formar parte del movimiento actuó por separado: los escritores desde su Unión; los estudiantes en la manifestación popular-nacionalista la cual, finalmente, fue el detonador para el inicio de la revuelta y la incorporación de las masas que pedían, muy alejadas de la renovación ideológica y moral del F. H., la expulsión de los soviéticos y el multipartidismo; los obreros en sus consejos, apartados de los escritores y de los disidentes del partido, de cuyas peticiones reformistas desconfiaban; y la Iglesia con el cardenal Mindszenty, el cual nunca se pronunció abiertamente a favor de Nagy.

La revuelta checoslovaca surgió, al igual que la húngara, de la militancia de cuello blanco del partido y de la Unión de Escritores. Aunque se crearon ciertos nexos entre los intelectuales y los estudiantes comunistas mediante los "clubes de interés", la adopción estudiantil de las propuestas de la *intelligentsia* y el discurso de los escritores no convencieron a los obreros de generar un frente común contra Rákosi. Los trabajadores comenzaron a organizarse en consejos una vez que Dubcek había tomado el poder y, aunque el nuevo primer ministro pugnó por sindicatos libres e intentó transferir en su Programa de Acción el papel dirigente del movimiento al proletariado, éste se mantenía

casi al margen de las acciones reformadoras que emprendían los cuadros del partido y los intelectuales. En otras palabras, las demandas de los obreros trascendían los límites de la reforma interna del sistema político --al protestar por la sujeción de los sindicatos al partido y al iniciar la organización en células independientes del organigrama oficial de las *svazy*-- llegando a pedir, incluso, "sindicatos sin comunistas".

Desde luego, el cuestionamiento obrero al comunismo, en tanto sistema, no coincidió con las modestas aspiraciones, de los escritores y el grupo de Dubcek, a la anulación de la censura y a los cambios en el liderazgo del partido. Asimismo, el gobierno de Dubcek tampoco vio en la Iglesia un actor importante en el tránsito hacia un socialismo "con rostro humano": esta institución fue simplemente un receptor de los beneficios que traía consigo la apertura. En la respuesta positiva de recién estrenado primer secretario a la solicitud de normalización de las relaciones con la Iglesia, la dirigencia reformista aprovechó para marcar los límites del organismo eclesiástico y separarlo de las actividades renovadoras del aparato partidista. En este sentido, el Programa de Acción se limitó a garantizar los derechos de los creyentes y del clero a asociarse y existir sin represalias; pero la Iglesia, en tanto institución, no estaba incluida como agente activo de los cambios y, ella misma, tampoco asumió una posición comprometida con los asuntos que trascendieran las acciones a favor de su reestructuración. La Causa para la Renovación Conciliar del obispo Tomásek luchaba en pro de la libertad de creencia, por los cambios en el interior de la Iglesia y por la tolerancia del Estado a los asuntos religiosos; no obstante, el salto hacia la organización disidente nunca ocurrió, ni siquiera a modo de alianza con el PCCh.

### c) Las estrategias de los movimientos sociales

Una de las innovaciones más importantes del movimiento social polaco en cuanto a los métodos de lucha fue el trabajo desde la base sin proponer abiertamente la transformación en el aparato gubernamental o partidista. En este sentido, los polacos aprendieron de las experiencias húngara y checoslovaca: la iniciativa hacia una evolución auténtica del sistema político comunista no podía surgir del interior del sistema mismo, dada la amenaza permanente de la intervención soviética. Así pues, para no dar pretextos para la invasión militar, el movimiento social de Polonia se autoimpuso operar siempre dentro de los límites señalados por la propia Unión Soviética en la doctrina Brezhnev; entonces, Walesa declaró que Solidaridad buscaba la democratización pero no aspiraba a desbancar al POUP --y menos a tomar el poder--, y que los disidentes reconocían el liderazgo del partido y actuarían dentro de los marcos socialistas de resolución de conflictos, aunque no bajo la tutela de las instituciones partidistas ("politización despolitizada").

Otro de los cambios más significativos en la estructura de las protestas en el este socialista, marcado por la revuelta polaca de 1980, fue el paso del formato *corporativista* a aquel con base en *la clase*. En el modelo *de clase*, el movimiento opositor se mostró como una fuerza compacta, que representaba intereses del conjunto *de* clase y no de grupos fraccionados, con poder de decisión e independencia para convocar al gobierno a negociar y para definir la agenda. Pese a ello, el movimiento se cuidó de no provocar enfrentamientos directos con las autoridades comunistas.

Por su parte, los orígenes de la revuelta húngara de 1956 se encuentran, fundamentalmente, en las protestas de los escritores militantes del PTH contra los métodos de censura y el estrechamiento de la vida cultural y, también, en su actitud

autorenditora mediante la cual pretendían saldar los remanentes de culpa del stalinismo. El XX Congreso del PCUS fue, para los escritores, una muestra de aprobación por parte de los altos mandos del comunismo internacional para dar cauce a la rebelión dentro de las filas del partido. La defensa de la Unión de Escritores ante un golpe directo del gobierno rákosista --la confiscación de un número de su revista-- desató una ola de críticas al régimen, así como el inicio de una labor constante de los intelectuales por el resguardo de la autenticidad del arte literario, la libertad de información y de expresión.

En el caso húngaro, no sólo no se fraguó un movimiento opositor desde las bases de la sociedad, sino que la lucha se llevó a cabo casi nada más en el interior del partido por aquellos militantes que gozaban de cierto reconocimiento y *status*. Quienes no pertenecían al PTH se sentían demasiado vulnerables e inseguros para asimilar las consecuencias de participar en actividades opositoras. Tal vez haya sido por esta razón que, en la fase de efervescencia popular, las masas decidieron, espontáneamente, delegar la dirección del movimiento en un hombre que satisfacía sus aspiraciones nacionalistas e independentistas y que, al mismo tiempo, era un prestigiado dirigente del partido.

Pareciera que, al principio y aún con Novotny como primer secretario, la movilización de los checoslovacos se limitó a una confrontación de discursos entre la Unión de Escritores y el PCCh, así como a la interferencia de las autoridades gubernamentales en los órganos de dicha asociación. A pesar de que importantes figuras de la literatura checa consideraban que la cultura permanecería estancada mientras no se cambiara el estado de cosas, los escritores cedieron a las presiones del liderazgo partidista hasta que un reformista eslovaco como Dubcek no subió al poder. De este modo, es posible calificar la revuelta checoslovaca como un esfuerzo encabezado por una clase

intelectual, que buscaba liberarse de la censura, y el ala liberal del partido que pugnaba por la integración de los eslovacos y la transformación del concepto del PCCh para hacerlo una institución menos excluyente.

Dubcek comprobó demasiado tarde que la reforma que él había pensado encausar desde el gobierno se salía de su control. Si ya de por sí los objetivos que se perseguían en el Programa de Acción no eran del todo compatibles con un socialismo donde todo tenía que pasar por el raspero partidista, cuando algunos sectores de la sociedad enfrentaron directamente a la jefatura soviética por medio del manifiesto de las “Dos mil palabras” y la convocatoria al Congreso Extraordinario del PCCh, Dubcek y sus colaboradores no pudieron convencer al Pacto de Varsovia de sus buenas y limitadas intenciones. Era evidente que las “Dos mil palabras” y el Congreso buscaban, ahora sí, que la población participara directamente en la revuelta. Y aunque en Polonia la participación popular era un hecho, la estrategia de “politización despolitizada” hizo parecer que las bases sociales no amenazaban al sistema político.

#### d) La organización obrera

La estrategia desarrollada por los obreros polacos, las “huelgas de ocupación” --es decir, la concentración de sus actividades en los lugares de trabajo-- terminó de forma efectiva con la represión gubernamental mediante la fuerza, la cual ocurría frecuentemente en las manifestaciones callejeras.

Los consejos obreros húngaros, en cambio, apoyaron a los trabajadores en batalla y a sus familias, y organizaron huelgas tradicionales que sí incluían protestas callejeras. Además de poner las condiciones para la represión, los consejos en Hungría tomaron a su

cargo el funcionamiento de las fábricas, labor en la que fracasaron dado el tiempo que les demandaba la organización de actividades políticas.

En su búsqueda por fórmulas de compromiso entre el sindicato --a la cabeza del movimiento social-- y el régimen, Solidaridad de Polonia nunca se propuso seguir la estrategia de ponerse al frente de las empresas, característica de los consejos de trabajadores. Para los intelectuales que asesoraban a Solidaridad, como Jacek Kuron, los consejos obreros habían funcionado, tradicionalmente, como instancias débiles frente al poder de cooptación del sistema y como la mejor forma de desradicalizar a la clase trabajadora integrándola en instancias fácilmente asimilables al socialismo. Por el contrario, los sindicatos creados en unidades territoriales específicas y representantes de los intereses de obreros particulares eran menos susceptibles de manipulación por parte del régimen. Así, las asociaciones sindicales en Polonia devinieron garantía de que la organización del proletariado era verdaderamente autónoma. Lo curioso de los consejos húngaros y checos fue, para muchos, que demandaban paralelamente la creación de sindicatos independientes "para defenderse los obreros, como empleados, contra ellos mismos como patrones".<sup>138</sup>

Los trabajadores checoslovacos, como los húngaros, también se mantuvieron reservados al principio. Para movilizarlos, Dubcek incluyó en el Programa de Acción la noción de sindicatos independientes y democráticos que realmente servían a los intereses proletarios. En Checoslovaquia, las fábricas no alcanzaron a establecer consejos antes de la ocupación soviética; sin embargo, sí hubo propuestas para crear sindicatos separados de

---

<sup>138</sup> Andrew Arato, The democratic theory of the Polish opposition: normative intentions and strategic ambiguities. Chicago. The Kellogg Institute. 1984. pp. 8-9.

la tutela del partido y desligados del Movimiento Sindical Revolucionario (ROH). Pero la dirigencia reformista siempre se mostró reacia a permitir que el ROH perdiera su carácter de “unificado” pues, de lo contrario, los obreros se habrían apartado de una de las máximas socialistas más importantes: la cohesión del proletariado. Cuando Dubcek se dio cuenta que la movilización obrera --incitada por el propio partido-- comenzaba a ser mucho más radical de lo que el propio gobierno se había propuesto --al cuestionarse la subordinación de los sindicatos a los órganos de gobierno, el desequilibrio en la representación entre sindicatos checos y eslovacos, y la centralización y control de la dirigencia sindical--, el PCCh estuvo dispuesto a defender el monopolio del ROH incluso por medio de la fuerza.

Por otra parte, el retiro de los trabajadores polacos de las asociaciones públicas o gubernamentales, para organizarse en espacios de la vida privada y así dar a sus actividades el matiz de “apolíticas”, permitió a la disidencia obrera reforzar sus métodos de lucha al establecer “relaciones sociales primarias”. La consolidación de vínculos primarios, en los que los lazos de amistad y parentesco coincidían con las relaciones de producción, contribuyeron a sentar las bases de la solidaridad de clase dentro de las empresas y entre las mismas.

Pese a los momentos de radicalización de las demandas de los obreros checos y eslovacos, éstos no abandonaron sus lazos con el gobierno. Aun al llegar a la dirección del ROH Karel Polacek, el hombre más cercano a los trabajadores disidentes, siempre intentó llegar a acuerdos con el gobierno antes de aludir al derecho a huelga, el cual se veía como la última opción. Así, la movilización obrera nunca pudo coordinarse fuera de las instancias oficiales. En el momento en que las asociaciones individuales dependientes del

ROH, las *svazy*, consiguieron cierto grado de autonomía, la dirigencia del movimiento sindical se encargó de dividirlos y de ignorar a los grupos que se pronunciaban independientes.

Si bien los consejos obreros húngaros surgieron separados del patrocinio partidista y se establecieron mediante elecciones democráticas, adoptaron un modelo autorizado por la distensión yugo-soviética, el cual había sido creado expresamente para hacer funcionar un modo singular de socialismo. Por lo demás, los consejos en Hungría no se aproximaron tampoco a la disidencia partidista pues, desde el principio, la ideología y el discurso comunista del PTH y de la esfera intelectual no los alcanzó.

### **El papel del partido comunista y las demandas políticas de los movimiento sociales**

#### **a) El papel de los partidos comunistas**

La transformación por la que pugnaba Imre Nagy, quien se convertiría en líder de la revuelta húngara, debía ocurrir en la dirigencia del partido. Para Nagy, las causas de los problemas económicos y sociales residían en el estancamiento del desarrollo ético de los cuadros comunistas, de ahí la enorme importancia en que los miembros del PTH trabajaran con miras hacia el progreso moral, después de un período de crímenes y del despliegue de represión y violencia stalinista. Desde este punto de vista, la población y los grupos que la componían, y aun las bases del partido, no tenían nada que hacer. Así, el movimiento húngaro, estuvo organizado desde la élite del PTH y dirigido a la transformación misma de la dirigencia.

No obstante, los seguidores de Nagy, los llamados “derechistas”, y el grupo de “revisionistas” se atrevieron a salir a la luz, abiertamente contra Rákosi, sólo después de

haberse difundido las resoluciones del XX Congreso del PCUS; además, su activismo se limitó al debate intrapartido --a pedir la democratización del PTH y la discusión abierta en sus filas-- sin llegar a delimitar una estrategia para la movilización de las masas, ni siquiera para hacer alianzas con otros sectores. Finalmente, al expresar ideas con las que parecía dar rasgos burgueses al socialismo, como la de mezclar los valores de la moral comunista y la moral burguesa y englobarlos en un sistema ético común a toda la humanidad, Nagy se enfrentó con sus propios correligionarios, quienes hacia 1958 lo acusaban por haber conspirado contra el comunismo.

Dubcek también se pronunció a favor de la transformación del PCCh, pero sin despojarlo de su posición hegemónica. De este modo, el movimiento checoslovaco, como el húngaro, estuvo organizado por militantes de alto rango del partido o por grupos que funcionaban bajo la égida del gobierno comunista, como las Uniones de Escritores o las asociaciones sindicales comunistas. La misma dirigencia reformista del PCCh no permitió que ninguna agrupación amenazara el liderazgo de la institución máxima del comunismo. La revuelta checa inició cuando la élite se percató de la necesidad de dispersar y difuminar el poder, y no como un levantamiento de los grupos sociales o las bases del partido. Si bien los cambios que proponía el grupo de Dubcek se proyectaban hacia la desconcentración del poder político de los órganos centrales del aparato partidista --los que verían restringidas sus funciones a asuntos administrativos e ideológicos--, no se transfirió el poder de decisión a las asociaciones partidistas a nivel de distrito, pues era mayor el temor de que dichas asociaciones adquirieran autonomía y se organizaran fuera del organigrama del PCCh lo que, de hecho, ya había comenzado a suceder antes de la ocupación soviética.

Solidaridad de Polonia reconoció, explícitamente en el acuerdo de Gdansk, los principios constitucionales de la nación socialista y el liderazgo del Estado en manos del POUP. Sin embargo, en el movimiento social de los intelectuales, los trabajadores y la Iglesia no había ningún militante de la cúpula del partido. La movilización polaca se organizó desde las huelgas en las fábricas y, en 1980, desde el astillero de Gdansk. Los sindicatos independientes como Solidaridad no dieron cabida a las viejas estructuras sindicales subordinadas al POUP. Asimismo, los escritores no actuaron dentro de la Unión polaca, sino a partir de una organización alternativa que llamaron Consejo de Cultura o bien, desde el KOR. El hecho de que los intelectuales fundaran agrupaciones no oficiales en apoyo a los obreros y que los estudiantes establecieran clandestinamente las “universidades voladoras” refleja que no hubo un solo organismo dentro del movimiento sujeto a las políticas del POUP. En este sentido, el gobierno no contaba con apéndices para manejar, aunque fuera de forma indirecta, el curso de la movilización social. Las divisiones en el interior del partido polaco --entre funcionarios regionales que se mostraban renuentes a deshacerse de sus cotos de poder y las altas jerarquías dispuestas a ceder en algunos momentos con tal de mantener el orden-- tampoco facilitaron que esta institución tomara las riendas del cambio. Por lo demás, el incipiente activismo que se desató en las bases del POUP pronto fue sofocado por los líderes del partido después de las advertencias soviéticas.

#### b) Demandas de pluralismo y democracia

La propuesta de una fracción de la dirigencia del partido húngaro, con la anuencia soviética, de instaurar un sistema multipartidista y de elecciones libres consiguió la

aceptación y el apoyo real de las fuerzas sociales y políticas fuera del PTH. Aún más, poco tiempo después de que Zoltán Tildy planteó la adopción de la democracia pluripartidista, la fortaleza con que resurgían los partidos Socialdemócrata, Nacional Campesino --el cual cambió su nombre a partido Petöfi-- y el de los Pequeños Propietarios reveló que el PTH tenía exiguas posibilidades de conservar su hegemonía después de celebradas las elecciones. La pronta organización de nuevos partidos como el Católico, el Democrático-Cristiano y el Democrático del Pueblo, así como la buena acogida que se les brindó, hicieron saber a la URSS las terribles consecuencias que el multipartidismo podía traer para Hungría. Los dirigentes comunistas del grupo del “centro” habían querido establecer un sistema político plural fuera del partido, paradójicamente, para rescatar al PTH y apaciguar los ánimos disidentes, y porque habían obtenido la aprobación de Moscú, pero no por convencimiento propio pues, de algún modo, prefiguraban la catástrofe que a esto seguiría.

En el partido checoslovaco, que se erigió como la cabeza del movimiento, hubo también demandas de pluralismo político --aunque con opciones limitadas--, así como varias propuestas sobre el sistema de partidos más propicio para generar una dinámica electoral eficiente y viable. En general, los intelectuales militantes se inclinaban por un sistema donde compitieran partidos fuertes que representaran opciones reales, aunque fueran pocos. Todos concordaban en que el PCCh tendría que fungir como guía de las transformaciones políticas hacia una democracia que debía ser favorecida con el voto procomunista. Sin embargo, las ideas pluripartidistas de la *intelligentsia* pronto se frustraron ante la negativa del grupo de Dubcek de permitir partidos opositores --o simplemente distintos del comunista. Para el primer secretario, la pluralidad social y

política definitivamente debía constreñirse a los espacios dentro del organigrama partidista o en el Frente Nacional --el cual, finalmente, había resurgido a iniciativa del gobierno de Dubcek como institución comunista.

Aunque un punto importante del Programa de Acción era enmendar la legislación de modo que se autorizaran las actividades de asociaciones independientes, en la práctica, Dubcek garantizó el monopolio de la organización social en las fuerzas partidistas: el PCCh y el Frente Nacional. Si había algunas áreas donde empezaban a nacer grupos que funcionaban fuera de dicho monopolio, el gobierno pedía un “reamalgamiento” en una sola congregación, --bajo la sombrilla del partido-- que acogiera a todas las agrupaciones pertenecientes a dicha área. Cualquier organización fuera de este esquema se consideraba ilegal.

El primer secretario checoslovaco, entonces, fue presa de sus propias contradicciones: la inserción de enunciados, dentro del Programa de Acción, en pro del reconocimiento de la existencia de intereses de grupos en una sociedad socialista y el ofrecimiento de inscribir las libertades de asociación en nuevas leyes constitucionales no eran congruentes con la reticencia de Dubcek de dejar que operaran asociaciones autónomas o de permitir que las bases o los intelectuales osados tomaran el timón del movimiento y se salieran de control. Los postulados del Programa de Acción, sin embargo, dieron a los soviéticos la impresión de que Dubcek quería llegar muy lejos.

Por otra parte, el propósito del movimiento social polaco de mantenerse dentro de los límites de la Doctrina Brezhnev para conjurar el “factor tanque” --es decir, la invasión militar soviética-- impidió que se pensara siquiera en demandar un sistema político pluripartidista con elecciones libres. Una de las estrategias de Walesa, en su batalla

disidente de baja intensidad, era --además de no cuestionar nunca el papel líder del POUP-- perfilar al movimiento comandado por Solidaridad como apolítico, como fuerza eminentemente social, neutra, que no aspiraba al poder y menos a terminar con el sistema de comunismo unipartidista. Así, Solidaridad renunció al pluralismo político a cambio del pluralismo social; en otras palabras, no habría multipartidismo pero sí una mayor participación de diversos grupos sociales dentro de un movimiento heterogéneo que no les exigía despojarse de sus particularidades ni integrarse irremediamente al partido.

El “Nuevo Evolucionismo” de Adam Michnik resaltaba la integración de la sociedad polaca en grupos organizados fuera de las estructuras del POUP que, sin amenazar al sistema comunista, incidieran gradualmente en el gobierno socialista emancipándose de él, al mismo tiempo. Jacek Kuron y Michnik proponían que la sociedad civil se adueñara del esquema tradicional de los partidos comunistas clandestinos --diseñado por el propio Lenin-- de redes de células o comités --las que en este caso serían autónomas del partido-- para vincular a los obreros de todas las regiones de Polonia y facilitar la coordinación de sus demandas y actividades. Pese a que uno de los principios del KOR era hablar y escribir abiertamente, como si no existiera la censura --aunque sin ir más allá de la doctrina Brezhnev--, se pretendía conducir al movimiento con una estrategia *evolucionista* y no *revolucionaria*; por eso, la disidencia polaca nunca exigió una transformación abrupta, en cambio, desarrolló una conciencia plena de “autolimitación” y prudencia que impidió que alguna de las corrientes opositoras tomara acciones radicales.

### **3. La Unión Soviética y los movimientos sociales**

#### **a) Señales de humo: postura de los movimientos sociales frente a la URSS**

Nagy pensó en una política exterior húngara que, sin abandonar la alianza con el bloque comunista, estableciera vínculos de cooperación con los países occidentales. Este punto de vista se acercaba mucho al de Tito, quien también perseguía cierto grado de neutralidad en sus relaciones con el exterior. Sin embargo, pese a sus convicciones de apoyar la construcción del “socialismo democrático” en territorio húngaro y de fortalecer al PTH, las intenciones de Nagy de formar un gobierno de coalición que incluía a miembros de partidos distintos al PTH, de negociar con la URSS para conseguir el retiro de todas las tropas soviéticas y de canjear la membresía húngara en el Pacto de Varsovia por un acuerdo bilateral amistoso con el imperio, dieron razones al Krenin para pensar que, el multipartidismo bien aceptado por la población y la actitud *quasi* secesionista de Nagy con respecto al bloque, iban a conducir a la pérdida absoluta de la supremacía soviética en tierras húngaras.

Por otra parte, el aparato represivo húngaro --el cual pudo haber tenido nexos con la Unión Soviética y planear clandestinamente alguna maniobra para impedir que el programa pluripartidista tomara un curso verdaderamente efectivo-- nunca actuó aun con Rákosi en el poder. Como ya se ha explicado, después de denunciados los crímenes del stalinismo, los altos mandos de las instituciones represivas todavía no terminaban de asimilar el golpe recibido al haberseles señalado como responsables directos de los actos de persecución y amenaza, mientras los jefes políticos se eximían de toda culpa.

En el caso checoslovaco, Dubcek no previó las consecuencias de su discurso de febrero de 1968, donde anunció sin ambigüedades la intención de buscar un nuevo rumbo

para el socialismo checoslovaco, un tipo diferente de democracia y el interés por estrechar lazos con occidente, en particular, con Alemania Federal. Las ideas expresadas en los festejos por la celebración de 20 años de comunismo en Checoslovaquia, junto con la destitución de funcionarios en puestos, dentro del gobierno, estratégicos para la Unión Soviética, --como el del ministro del interior y el del fiscal general-- fueron claros avisos para el Kremlin de que Dubcek disminuía cada vez más las posibilidades de influencia de la URSS en su satélite checo. Al parecer, en su afán por dar autonomía y desligar el curso de las reformas checoslovacas del patrocinio soviético, Dubcek no consideró que --aun cuando Brezhnev había aceptado de buena gana su gobierno-- los cambios en los cargos debían consultarse con Moscú para su ratificación. Sobre todo si tales cambios implicaban la destitución de gente tan cercana a los dictados del PCUS --como Jiri Hendrych, Josef Kudrna y Jan Batuska-- o puestos tan importantes como el de presidente de la República. Después de deponer a Novotny de la presidencia respondiendo a las presiones disidentes, en lugar de acudir al Kremlin, el *presidium* del PCCh convocó a las organizaciones públicas a proponer candidatos. Esto último, aunado a la remoción de Kudrna y Batuska autorizada por la Asamblea Nacional y no por el partido, bastó para que Brezhnev reuniera a los integrantes del Pacto de Varsovia. El manifiesto de las "Dos mil palabras" y la convocatoria al XVI Congreso Extraordinario del PCCh en septiembre --en el cual, dados los cambios en el aparato partidista, era obvio que difícilmente habría prosoviéticos-- confirmaron que el movimiento se salía de la vigilancia del PCCh.

Los polacos confiaron plenamente en su estrategia de autolimitación y en que el nuevo "contrato social" entre Solidaridad y el partido, para echar a andar al país con bases económicas y políticas más sólidas, convenía también a la URSS. Para Solidaridad, el

KOR y la Iglesia era muy claro que evitar o provocar la invasión soviética estaba en sus manos y, por lo tanto, se cuidaron de no enviar ninguna señal que diera pretexto a Moscú para tomar las armas. Pese a lo difícil del ambiente internacional que enfrentaba la Unión Soviética, el movimiento social polaco prefirió actuar con prudencia y considerar que la entrada de las fuerzas del Pacto de Varsovia continuaba latente. Ello se reflejó en los métodos de combate de la sociedad organizada: conservar al movimiento fuera de las filas del POUP para hacer de él un movimiento fundamentalmente social y “apolítico”; no cuestionar el papel líder del partido en la sociedad y el Estado; pronunciarse siempre contra la idea de luchar por la toma del poder; y jamás sugerir que Polonia se separara de la alianza comunista internacional representada por el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y el Pacto de Varsovia.

Cuando Solidaridad se percató del vacío político que el POUP dejaba como consecuencia de su inhabilidad para manejar tanto la situación política y económica en Polonia como su relación con los dirigentes del Kremlin, el sindicato no tuvo más remedio que empezar a actuar sin reservas en la arena política y tomar una postura que ya presentaba rasgos de confrontación. Evidencia de ello fue la convocatoria que se hizo durante el Congreso de Solidaridad en septiembre de 1981, a los obreros de las naciones comunistas del este para que formaran sindicatos independientes. Solidaridad logró sortear exitosamente la invasión soviética --invasión que, como se ha visto, se evitó gracias a la estrategia de Solidaridad pero también debido a la confluencia de otros factores del contexto internacional--; en su lugar, obtuvo la proclamación de la ley marcial una vez que el movimiento estaba ya consolidado. La hipótesis del KOR y Solidaridad resultó cierta: la confrontación directa con el régimen --y con a la URSS-- traería como

resultado necesario una reacción por parte del imperio. Las primeras señales de animadversión hacia el régimen --las cintas en las que los líderes de Solidaridad atacaban al partido-- y de extender el movimiento --el exhorto a la formación de sindicatos autónomos en Europa del este-- sirvieron de argumento para la instauración de la ley marcial, la cual no devino en invasión ni destruyó a Solidaridad, en buena medida, porque los métodos de operación del movimiento se habían enraizado en la sociedad polaca.

#### b) La URSS y el contexto internacional

La desaparición del Cominform fue uno de los signos más importantes de descentralización en el interior del bloque comunista en la etapa en la que Jruschov buscaba consolidar su posición de poder en el Kremlin a través de la denuncia de Stalin. Ello implicaba también la reconciliación con la Yugoslavia de Tito, blanco simbólico de ataque en la era stalinista. En estas circunstancias, Moscú no podía seguir tolerando los abusos del líder del partido húngaro, Matyas Rákosi. De cierto modo, la URSS permitió el surgimiento y desarrollo de la oposición húngara en tanto elemento legitimador de la dirigencia soviética poststaliniana, específicamente, del grupo de Jruschov. La primera intervención militar en territorio húngaro fue útil a los soviéticos para deponer definitivamente a los elementos recalcitrantes del partido húngaro y facilitar la ascensión al poder de hombres fieles al PTH pero dispuestos a adaptarse al nuevo curso destalinizador. Jruschov no previó que en Nagy no sólo había un político contrario al stalinismo sino a la sujeción de su país a los mandatos de Moscú. Todavía, para saldar la culpa de la primera agresión militar y calmar los afanes de Tito de expandir su "comunismo nacional", el PCUS ordenó a las tropas soviéticas evacuar Budapest y

prometió analizar la estancia de dispositivos militares en los satélites del imperio. Sin embargo, en cuanto el Kremlin se percató de la deslealtad de Nagy y del panorama devastador para el PTH que comenzaba a dibujar el arranque del multipartidismo, se dio el lujo de invadir una segunda vez dada la distracción total de occidente en el conflicto de Suez. Así, ante los primeros signos de aspereza hacia la URSS y de un posible final del papel dirigente del partido comunista húngaro, Jruschov se decidió a actuar en un ambiente internacional sumamente favorable, coherente con la preservación de la “pureza moral” de los principios de política exterior norteamericana y con la doctrina de la “evolución pacífica” hacia la independencia de los países del este europeo certificada por Eisenhower.

En Checoslovaquia, el arribo de un primer secretario reformista fue acorde, en un principio, con los objetivos soviéticos de desconcentrar el poder en el PCCh para agilizar la puesta en marcha de un nuevo modo de administrar la economía. Así, se proyectaba hacer a la República Checoslovaca una nación más independiente de los recursos materiales soviéticos, pero tanto o más ligada a la URSS en el terreno político. Sin embargo, una liberalización económica real y eficaz requería también que la apertura alcanzara al liderazgo político; en este sentido, Moscú pretendía que Dubcek siguiera un rumbo reformista a la vez que fiel a los mandatos soviéticos y a los postulados socialistas. El propio Dubcek no pensaba contradecir el plan de Moscú, pero tampoco se decidió a proponer un movimiento “autolimitado” como el que iba a aparecer posteriormente en Polonia.

Al ver que las fuerzas sociales checas y eslovacas se escapaban del control del PCCh, al sentir la presión de sus aliados Alemania y Polonia y del estado de Ucrania para

poner un alto al experimento de Dubcek, Brezhnev --quien ya no tenía que dilapidar la efigie de Stalin para fortalecerse en el Kremlin-- planeó la entrada del Pacto de Varsovia a Praga. La guerra de Vietnam de la que Estados Unidos no lograba salir y el debate alrededor de las elecciones presidenciales en ese país simplificaron aún más las cosas a Moscú.

En Polonia, el nacimiento de Solidaridad no coincidió con los intereses de la URSS, como sí sucedió con las revueltas en Hungría y Checoslovaquia. La Unión Soviética apoyó, moral y materialmente, al POUP ante la crisis política que se generó con el surgimiento del sindicato independiente. Dado que no estaba en condiciones de enfrascarse en un conflicto militar en Polonia, el Kremlin intentó confiar en la capacidad de la dirigencia del partido polaco para lidiar con el movimiento y asimilarlo al sistema. Moscú trató, por todos los medios, de conservar en el imaginario colectivo polaco --y hasta en el occidental-- la idea de que tenía toda la fortaleza para intervenir; ello lo demuestra el despliegue de la fuerza naval soviética, los ejercicios militares en territorio limítrofe con Polonia, las maniobras del Pacto de Varsovia --Sayuz 81--, y hasta reportajes en la prensa soviética donde se advertía que una huelga de los ferrocarriles polacos afectaría seriamente los intereses de su país y donde se comparaba los sucesos polacos con los de Checoslovaquia en 1968. No obstante, la URSS sabía que, en esos momentos, los costos de una posible invasión iban a rebasar con creces las ganancias. El nacionalismo polaco pasaba por uno de los momentos de mayor fortaleza después de que Alemania había reconocido que Polonia era propietaria de los territorios de Silesia y Pomerania; la cohesión nacionalista se reflejaba en la alianza tripartita de los intelectuales, los obreros y la Iglesia, coalición a la cual, inclusive, estuvo a punto de

unirse la base militante del POUP. En vista de la entereza del movimiento social polaco, nadie podía asegurar a la URSS que, en caso de invadir, la armada local no opondría resistencia. Además, al ocurrir la invasión, la Unión Soviética habría tenido que arriesgarse a una guerra de dos frentes en Polonia y Afganistán, subsidiar la bancarrota del gobierno polaco, enfrentar el bloqueo de las líneas férreas de comunicación con Alemania Democrática, poner en serio peligro la subsistencia de la *détente* con Europa occidental y ver cumplidas las amenazas comerciales de Washington. Lo más lejos que llegaron los soviéticos fue a la dar su anuencia a la proclamación de la ley marcial, lo que no disolvió a Solidaridad. Con el arribo de Gorbachov al PCUS, se allanó el camino hacia la llegada de Waleza al poder.

El análisis de los tres casos se resume en el siguiente cuadro:

HUNGRÍA	CHECOSLOVAQUIA	POLONIA
<b>1. CARACTERÍSTICAS DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES</b>		
a) El nacionalismo húngaro que proponía Nagy resultaba de la fusión de democracia y socialismo, y sirvió como aliciente para la adhesión de las masas a la revuelta.	a) El rescate de las manifestaciones culturales y políticas checas y eslovacas operó como motor hacia la construcción de un socialismo acorde a la nación Checoslovaca.	a) El nacionalismo popular era constitutivo del movimiento social polaco, funcionó como elemento de apoyo y fortaleza moral. no como propulsor de la rebelión.
b) Los grupos sociales actuaron de forma separada y, en general, sin estrategias conjuntas. Los escritores en la Unión, los obreros en los consejos; la Iglesia no se decidió a apoyar sin ambigüedades a Nagy.	b) Los intelectuales, los obreros y la Iglesia nunca formaron un frente común; la unión de los sectores sociales sólo se produjo ante la inminencia de un ataque soviético.	b) Acciones conjuntas de la <i>intelligentsia</i> y los trabajadores (en el KOR) a las que se unió la Iglesia al aportar un lenguaje común y en su lucha por el respeto a los derechos civiles y políticos.
c) -La estrategia se basó en la renovación ética y moral de los cuadros del PTH.  -Movimiento dirigido por militantes de la élite del	c)-Apertura y descentralización del poder político, edificación de un partido menos excluyente.  -Movimiento dirigido por el ala reformista del PCCh y los	c) -La estrategia fue el trabajo desde las bases. sin exigir cambios en la cúpula partidista.  -El movimiento comenzó con los levantamientos obreros.

<p>partido y los intelectuales en organizaciones dependientes del PTH.</p> <p>-Puesta en marcha de un sistema pluripartidista que terminó por amenazar la supremacía del partido y la influencia soviética.</p> <p>-“Atomización”: participación únicamente de la élite comunista no vulnerable.</p>	<p>escritores comunistas a favor de la eliminación de la censura.</p> <p>-Pluralismo intrapartido que amenazó con desbordarse de las márgenes del PCCh, amenazando su liderazgo.</p> <p>- Los grupos opositores se radicalizaron sólo hasta que Dubcek tomó el poder.</p>	<p>con un sindicato de trabajadores en la dirección.</p> <p>-<i>Autolimitación</i> y <i>Nuevo evolucionismo</i> o “politización despolitizada”: actuar dentro de la doctrina Brezhnev y emancipar a la sociedad del partido sin cuestionar el papel líder de éste.</p> <p>-Paso del formato <i>corporativista</i> de protesta al modelo <i>clasista</i>.</p>
<p>d) Organización obrera retardada, con base en consejos obreros estilo yugoslavo.</p>	<p>d)Trabajadores estrechamente ligados al Movimiento Sindical Revolucionario (ROH), organismo del PCCh.</p>	<p>d) En lugar de consejos obreros bajo el amparo del partido, los obreros se organizaron en sindicatos autónomos.</p>
<p><b>2. EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA Y LAS DEMANDAS POLÍTICAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES</b></p>		
<p>a) El partido húngaro fungió a la vez como dirigente del movimiento y objetivo de transformación.</p>	<p>a) Consenso en que el PCCh debía ser guía en la transición de la dictadura a la democracia que favoreciera el voto procomunista.</p>	<p>a) El movimiento se fraguó fuera de las filas o la influencia del partido.</p>
<p>b) Apoyo al sistema multipartidista y a las elecciones libres.</p>	<p>b) Demandas de pluralismo político que fueron contenidas por Dubcek al considerar ilegales a los grupos externos al partido.</p>	<p>b) No hubo demandas de pluralismo político ni cuestionamientos al sistema de partido único. En cambio, se aceptó el “pluralismo social”.</p>
<p><b>3. LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES</b></p>		
<p>a)-Se propuso establecer vínculos con occidente. Se quiso negociar con la URSS el retiro definitivo de sus tropas y se planteó la salida de Hungría del Pacto de Varsovia. -Nagy apoyó un gobierno de coalición con miembros de partidos distintos al PTH: el pluripartidismo se perfilaba exitoso.</p>	<p>a)-Vínculos importantes con Alemania Federal, lo que implicaba violar acuerdo internos del bloque comunista. Reacomodo de funcionarios del partido sin la anuencia soviética. -Peligro de extender el movimiento reformista a las bases que pedían cambios revolucionarios.</p>	<p>a)-No se cuestionó ni el liderazgo del POUP en Polonia ni el de la URSS en el bloque, tampoco la pertenencia del país al Pacto de Varsovia o al CAME.  -En teoría, no existía un movimiento social politizado que amenazara el sistema.</p>

<p>b)Occidente inserto completamente en el conflicto de Suez. La URSS pudo actuar libremente.</p>	<p>b)Presión de los aliados soviéticos para que al URSS tomara medidas drásticas. Estados Unidos ocupado en Vietnam y en elecciones presidenciales.</p>	<p>b)Invasión soviética a Afganistán, <i>détente</i> con Europa occidental y amenazas de restricciones comerciales de Washington. Fortaleza del nacionalismo polaco e incapacidad económica de la URSS para subsidiar la deuda de Polonia.</p>
---	---	--

El desarrollo de los movimientos sociales de 1956 y 1968, sin duda, es distinto y presenta cada uno características propias y rasgos que los diferencia; inclusive, el caso polaco debe tener varios elementos que lo hacen similar a las experiencias checoslovaca y húngara. Sin embargo, la construcción de un tipo ideal requiere hacer muchas generalizaciones y omitir un sinnúmero de detalles. Por eso, conscientes de que los movimientos sociales y las revueltas aquí analizados no son del todo similares y tampoco absolutamente diferenciables, y a sabiendas de que un tipo ideal no tiene por qué coincidir plenamente con la realidad, se propone el siguiente modelo de movimiento social para las naciones comunistas de Europa del este, el cual coincide con los rasgos de las revueltas húngara y checoslovaca.

Los movimientos sociales en los países comunistas de Europa del este pueden definirse como levantamientos organizados por la élite política e intelectual del partido en pro de la reforma del sistema político. reforma que equivale, también, a la reivindicación de la dignidad e independencia nacional. En dichos movimientos, los grupos sociales actúan en forma separada sin conseguir formar alianzas sólidas y, comúnmente, el liderazgo reformista no logra controlar el cauce de las demandas que cuestionan al socialismo como sistema, tales como el pluralismo político, la democracia y la formación

organizaciones obreras autónomas del partido. Estos movimientos transitan del revisionismo a la amenaza directa del papel líder del partido y de la Unión Soviética, por lo que terminan siendo sofocados ante la desarticulación de sus fuerzas y un contexto internacional desfavorable.

Al contrario, el movimiento social polaco se organizó desde las bases de los trabajadores, apoyándose en un nacionalismo fuerte cuya integridad no estaba sujeta al sistema político. En este movimiento se formó una alianza entre los sectores sociales -- obreros, intelectuales e Iglesia Católica-- con base en una estrategia conjunta a la que cada grupo aportó algo: Solidaridad la organización, la Iglesia un lenguaje común y los intelectuales la "autolimitación" y el "Nuevo Evolucionismo". El partido no se involucró en el desarrollo del movimiento y su papel como líder del Estado y la sociedad nunca se discutió, como tampoco se cuestionó la pertenencia de Polonia a las instituciones del bloque comunista bajo la tutela de la URSS, ello con el objeto de evitar el "factor tanque". La movilización polaca intentó no insertarse en la estrategia revisionista de los húngaros y los checoslovacos y , en cambio, transformar el sistema político desde fuera del partido y de forma gradual y sutil.

La revuelta de Polonia fue la única que llegó al poder, también la única que no vivió la experiencia de una invasión u ocupación militar de las fuerzas del Pacto de Varsovia. A cambio de ello, el POUP -- después de haber perdido autoridad y legitimidad políticas, y al dejar el gobierno en manos del aparato militar-- decidió proclamar la ley marcial o estado de guerra para restaurar el "elemento de coerción violenta" sin tener que pagar los costos de una invasión<sup>139</sup> que no convenía ni a Solidaridad, ni al gobierno

---

<sup>139</sup> Jan B. de Weydenthal, *op.cit.*, Massachusetts, Lexington Books, 1983, p. 39.

polaco, ni a la propia URSS. No obstante, el movimiento social aprovechó las enseñanzas de la organización desde las bases y mantuvo activas la redes de ciudadanos en busca de una solución racional y menos dolorosa del conflicto. Asimismo, la sociedad polaca sabía que el general Jaruzelski no era un hombre absolutamente fiel a los mandatos de la Unión Soviética --como sí lo fue Kadar, el instaurador de la “normalización en Hungría-- y tampoco una persona que se hacía cargo de los acontecimientos en nombre del partido.<sup>140</sup> Para ese entonces, se sabía que no era el POUP quien gobernaba en realidad --aunque formalmente detentaba todavía la jefatura del Estado--, sino una instancia militar que aspiraba a tomar el control de la situación para, en el mejor de los casos, devolver al partido su papel dirigente. Sin embargo, lo único que le quedó por hacer a Jaruzelski fue proporcionar un marco de orden para que los actores políticos --ya considerada Solidaridad como tal-- se pusieran de acuerdo. Y aunque es cierto que la ley marcial no estuvo exenta de violencia, ésta fue infinitamente menor y trajo menos consecuencias negativas de las pudo haber suscitado una intervención. Más bien, la ley marcial sirvió para que el movimiento polaco demostrara que sus métodos de operación habían sido eficientes y que podían seguirse utilizando para mantener alerta y unidos a todos los grupos de la sociedad en circunstancias tan adversas.

De esta forma, en la conjura de la invasión militar soviética intervinieron diversos factores, entre los más importantes, la estrategia de no confrontación directa al régimen y “evolución gradual” que esgrimiera Solidaridad y el enorme arraigo de los actores

---

<sup>140</sup> El prestigio de Jaruzelski radicaba en su decisión de actuar de acuerdo a su propio criterio y abstenerse de sujetarse en todo momento a las órdenes de los dirigentes comunistas. En particular, los polacos recordaban la ya mencionada resolución de Jaruzelski de no comenzar los disparos contra los obreros ni romper las huelgas de ocupación.

sociales en el movimiento polaco. Pero también influyó la posición adversa de la URSS en el contexto internacional --enfrascada en la guerra en Afganistán, en las advertencias de un gobierno estadounidense de anticomunismo recalcitrante y en sus esfuerzos por hacer perdurable la *détente* con Europa occidental-- y sus cada vez más exiguas posibilidades económicas para mantener a su imperio.

Desde esta perspectiva, el valor del movimiento polaco de los 80 trascendió las repercusiones que pudo generar en la conducta soviética con respecto a sus satélites. Más bien, y rescatando la propuesta de Alain Touraine sobre la forma de valorar este movimiento, por encima del resultado final, el movimiento social en Polonia demostró que la organización social fuera de los cánones impuestos es posible o, en palabras del mismo Touraine "...Solidaridad trajo consigo por lo menos la certeza de que la conducta del dominado nunca está totalmente determinada por las fuerzas dominantes".<sup>141</sup>

Solidaridad nunca amenazó los intereses militares de la Unión Soviética en Polonia y, conscientemente, se propuso no amenazar tampoco los del partido. Pese a ello, Solidaridad sí sustituyó, de hecho, el papel dirigente del partido comunista en la sociedad --no en el Estado, pues la jefatura del POUP en el Estado había sido implantada y estaba protegida por la URSS. La mitad de la población adulta se incorporó al movimiento en alguna de sus secciones e, inclusive, la militancia de base del POUP estuvo a punto de integrarse a las movilizaciones independientes y adoptar los métodos organizativos de Solidaridad. Si bien el partido nunca fue una institución fuerte en Polonia, para el momento en que se anunció la ley marcial el POUP no era más que una fachada, una escenografía de cartón operada por el cuerpo militar.

---

<sup>141</sup> Alain, Touraine, Solidarity, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 3.

Así, la aportación de Solidaridad se encuentra, precisamente, en no haberse ajustado al modelo tradicional de movimiento disidente de los países comunistas en la zona de influencia geográfica soviética, en haber surgido separado de la línea partidista y propuesto una forma alternativa de organización en la que consiguió lo que el régimen polaco y los grandes movimientos precedentes en Europa del este nunca lograron: la participación de la sociedad en su conjunto. En ello se finca el triunfo de Solidaridad, pero también en haberse mantenido operante y viva hasta la llegada de Gorbachov al liderazgo del PCUS, momento en el que coincidieron los intereses soviéticos con la participación del sindicato independiente en la esfera política.

## CONSIDERACIONES FINALES

Polonia fue el único movimiento social en Europa del este que evitó la intervención u ocupación directa de la Unión Soviética y que sobrevivió a la etapa crítica señalada por la imposición de la ley marcial. El 13 de diciembre de 1981, el gobierno polaco estableció una serie de medidas administrativas que restringían las libertades civiles y transferían el poder al aparato militar. El principal objetivo del estado de guerra era devolver a las autoridades comunistas el control de la vida pública y de las relaciones de la sociedad, así como consolidar las instituciones del partido destruyendo cualquier forma de oposición real o potencial. En ello se traducían la respuesta del régimen --y probablemente de la URSS-- a los primeros signos de politización de Solidaridad, los primeros asomos de extensión del movimiento a otras regiones después del exhorto de los obreros polacos a fundar sindicatos independientes en los países comunistas de Europa oriental, y la debacle de la legitimidad política del POUP.

No obstante, a diferencia de los casos húngaro y checoslovaco, la respuesta no fue la invasión militar de las fuerzas del Pacto de Varsovia, sino una solución que, aparentemente, acordaron los propios dirigentes del partido polaco. Sin duda, las precauciones que tomaron el KOR, Solidaridad y la Iglesia al definir la autocontención, "apolitización" y la no confrontación directa al régimen como los principios del movimiento constituyeron una táctica bastante lógica para no provocar una intervención

puesto que, en teoría, la hegemonía del POUP, la pertenencia de Polonia a la comunidad socialista y la autoridad de la Unión Soviética sobre este satélite no corrían peligro. Pero, cabe decir, la guerra en Afganistán, las advertencias norteamericanas de embargos y restricciones comerciales del radical gobierno de Reagan hacia la URSS, y la preocupación del Kremlin por mantener la distensión con Europa occidental dada la dureza de la administración estadounidense y la precariedad de la economía soviética fueron factores también de peso para que la decisión de aplacar los ímpetus disidentes se delegara en el gobierno polaco.

Seguramente el contexto internacional fue muy importante sobre la actitud permisible que la Unión Soviética adoptó hacia Polonia; sin embargo, el triunfo del movimiento social polaco se valúa, en realidad, por haber vaciado, al partido comunista polaco de legitimidad, poder político y capacidad de movilizar y conducir a la sociedad. Desde esta perspectiva, el POUP siguió siendo el jefe del Estado --papel conferido por el respaldo soviético y por la fuerza militar después de proclamada la ley marcial--, pero dejó de cumplir el rol que se le atribuye a un partido comunista: ser el elemento, por excelencia, impulsor, organizador, motor y conductor de las acciones sociales. En este sentido, la oposición polaca se apoderó sutilmente del fundamento de dominación de un sistema totalitario: del apoyo incondicional de las masas o, por lo menos, de la mayor parte de la población.

De esta forma, el triunfo de Solidaridad radicó en haber tomado, en los hechos, el liderazgo de la sociedad en su conjunto --representada por diversos sectores--, haberle quitado al partido la fuerza y la capacidad para dirigir el curso de la empresa social hacia la transformación del sistema y, con ello, haber cuestionado seriamente la legitimidad

política de los regímenes comunistas impuestos por la Unión Soviética con base en su propio modelo y sus propios intereses. Tal vez los conflictos económicos que pusieron en jaque a la Moscú y que le impidieron continuar manteniendo su imperio fueron un punto trascendental hacia la transformación del comunismo soviético y el programa liberalizador de Gorbachov pero, el gran acontecimiento que evidenció la futilidad del partido comunista --fuente de apoyo de la URSS en sus satélites-- y su inoperancia fue la rebelión de los 80 en Polonia.

Contraria a las revueltas húngara y checoslovaca, de las cuales Solidaridad también aprovechó las lecciones, la movilización polaca diseñó una estrategia que permitió a los grupos sociales expresarse activa y libremente fuera de las filas del partido. Y aun cuando el gobierno intentó dispersar a la disidencia y diluir la cohesión del movimiento --al romper y prohibir las huelgas y detener a muchos de los participantes en la movilización-- durante el estado de guerra, Solidaridad resistió hasta el final. Quizás uno de los grandes logros que pueden sumarse al triunfo de Solidaridad haya sido la habilidad del sindicato independiente y sus apoyos en el KOR y la Iglesia para, al desplegar una estrategia prudente y autolimitadora, crear lazos estrechos y de confianza entre la sociedad organizada y ganar tiempo hasta ver llegar al PCUS una dirigencia que adoptara una política interna y externa de mayor apertura. Así, Solidaridad tuvo la fortaleza para permanecer, como organización opositora, hasta la época en que Mijail Gorbachov se decidió a dar un nuevo giro al rumbo del comunismo internacional y al de su país.

Sin duda, la inmunidad del movimiento polaco a la ley marcial y su subsistencia hasta la celebración de elecciones libres en Polonia tuvo mucho que ver, ahora sí, con la

originalidad de su modelo organizativo y con los rasgos que lo hicieron diferente a sus antecesores en Hungría y Checoslovaquia. Según las reflexiones de Adam Michnik y Jacek Kuron, las revueltas húngara y checoslovaca pretendían transformar completamente, y de una sola vez, el sistema político socialista que operaba en su país desde adentro y desde arriba del partido, como si todo se tratara simplemente de hacer cumplir los dictados de un programa de gobierno. En cambio, el método de reconstrucción de la sociedad civil de los estrategas polacos se propuso trabajar directamente con los diversos sectores sociales conservando intacto el principio de identidad del Estado. Entonces, aquello que permitió la sobrevivencia del movimiento aún después de la ley marcial y hasta las elecciones fue, juntamente, el profundo arraigo del movimiento en la sociedad polaca, sociedad que dejó escapar los partidos húngaro, checo y polaco y que Solidaridad rescató. Esta acogida de la sociedad civil por parte de la dirigencia del movimiento reformista no ocurrió en Hungría y Checoslovaquia, donde se pensó que bastaba la transformación de los cuadros partidistas para dotar de legitimidad al socialismo. Si bien el movimiento polaco buscaba, al incorporar a la sociedad civil olvidada por el partido, crear una organización fuera de las asociaciones comunistas --para auto-otorgarse el matiz de "apolitismo" y avanzar en una movilización eminentemente social-- que no pugnara por el cambio en la esencia del sistema político, precisamente lo que el movimiento logró fue dar en el blanco al centro y a la entraña básica y más sensible del comunismo: al partido. Así, al tiempo que inundaba de legitimidad a Solidaridad, el movimiento social aspiraba del POUP la poca fuerza que le quedaba. Tan es así que,

según encuestas, de haberse celebrado elecciones en el momento de instituirse la ley marcial, el POUP habría recibido sólo 3% de la votación.<sup>142</sup>

Ello demostró y sigue demostrando que dejar fuera al conjunto social, como pasó en 1956 y 1968, no genera más que movimientos reformistas huecos y carentes de apoyo. Es cierto que la situación internacional para Hungría y Checoslovaquia fue adversa y que en esos tiempos el viento sopló a favor de la URSS; sin embargo, las fuerzas sociales polacas también tomaron en cuenta, como parte integral de la estrategia, la posibilidad real de una invasión y establecieron pautas de conducta para evitarla. Además, uno de los factores que el Kremlin consideró para no invadir Varsovia fue la solidez del movimiento polaco y el enorme impulso, energía e ímpetu que le confería la participación de todos los grupos sociales, lo cual habría requerido de un despliegue de fuerza mucho mayor y, por lo tanto, habría traído como consecuencia un escenario mucho más sangriento y difícil de disimular que en 1956 y 1968.

Semanas después de instaurada la ley marcial, comenzaron las protestas populares y la organización con base en la experiencia heredada de Solidaridad. Folletos clandestinos circulaban alrededor de Polonia llamando a la resistencia pacífica. Así, aparecieron organizaciones como el Comité de Resistencia Nacional (OKO, por sus siglas en polaco), el cual se propuso formar una red para coordinar las protestas en todo el país. En poco tiempo se conformaron los Comités de Defensa Social que operaban mediante pequeñas células en diversas zonas del territorio polaco. Hacia abril de 1982, más de mil quinientas publicaciones clandestinas se leían por toda Polonia y se escuchaban emisiones radiofónicas desde un transmisor pirata en Varsovia. Para esa fecha, también, surgió una

---

<sup>142</sup> *Ibid.*, p. 191.

dirigencia nacional para el movimiento de resistencia llamada Comisión Coordinadora Provisional. Dicha Comisión convocó a los miembros de Solidaridad a brindar ayuda a las víctimas de la represión, ponerse de acuerdo en acciones para ejercer coacción sobre el régimen --como hacer la advertencia de que, en caso que se declarara ilegal al sindicato, habría una huelga general--, y demostrar el desacuerdo con la ley marcial el día trece de cada mes en manifestaciones masivas. De este modo, durante los siete años del gobierno de Jaruzelski, a pesar de la represión, la oposición se fortaleció aún más aprovechando las enseñanzas y la solidez que había adquirido en el historial de actividades disidentes. En 1988, ante el incremento de los precios, la situación desastrosa de la economía y las huelgas que paralizaban al país, el POUP reconocía que era incapaz de conservar el monopolio del poder.

En Hungría, en cambio, a la segunda invasión soviética siguió la detención de Nagy, el apaciguamiento de los sectores de sociedad --cuya participación en el movimiento reformista se había reflejado en su actuación en momentos más bien coyunturales, como la gran protesta callejera que provocara la primera intervención-- y la purga de los cuadros del partido del ala radical. Entonces, Kadar, el elemento centrista --fiel a los intereses del Kremlin y moderado en sus propuestas de transformación-- asumió el poder y se hizo cargo de la rápida normalización del país.

El movimiento checoslovaco, auténticamente popular que rebasaba a la dirección en el partido, apenas comenzaba a constituirse en el momento de la ocupación militar. El apoyo a Dubcek por parte del conjunto social se manifestó abiertamente cuando el daño ya estaba hecho: los obreros se organizaron en consejos después de la intervención y las

---

huelgas generales sólo ocurrieron en protesta por la ocupación. Si bien no emergió un personaje con las características de Kadar para hacerse cargo del gobierno y se presionó para que Dubcek se mantuviera al frente del partido, el apoyo social y su incipiente organización no fue bastante fuerte para impedir que Dubcek prometiera al Kremlin reemplazar a sus correligionarios del PCCh con personas absolutamente leales a los principios del marxismo-leninismo y firmar un tratado de permanencia temporal de las tropas soviéticas en Checoslovaquia.

De esta forma, el papel y el significado del movimiento social polaco va más allá de su creatividad para haber eludido la invasión soviética, a cuya evasión contribuyó en parte la autolimitación y el “Nuevo Evolucionismo”. El valor de Solidaridad reside en haber rescatado a la sociedad en un movimiento libre de la interferencia del gobierno comunista, en una organización auténticamente popular, desde las bases, que generó una oposición contracultura nunca antes vista en algún satélite de la URSS. Los lazos de unión que favoreció el liderazgo obrero entre sectores de la sociedad que incluso se consideraban antagónicos --como los intelectuales y la Iglesia--, los métodos de lucha basados en la disciplina en las empresas, las huelgas de ocupación y un retiro simulado a la vida privada consolidaron la unión de las “Dos Polonias”. Y, lo más importante, el rescate de la sociedad civil en Solidaridad vació de legitimidad al partido, piedra angular del comunismo nacional y apéndice principal del Kremlin.

La crisis polaca puso en entredicho la legitimidad política del comunismo y, posiblemente, fue uno de los factores que repercutió en el nuevo diseño de las políticas en Moscú a partir del arribo de Gorbachov al primer puesto en el PCUS. Y, seguramente, el movimiento polaco también puso a reflexionar al comunismo occidental sobre el papel

del partido y su interacción con la sociedad en un régimen socialista. Sin embargo, la influencia específica que Solidaridad haya tenido en el “nuevo pensamiento político” de Gorbachov es tema para otro ensayo. Lo que sí se puede afirmar es que Solidaridad consiguió lo que no lograron las revueltas húngara y checoslovaca, y lo que no han logrado los regímenes postcomunistas en Europa del este: incorporar a los actores sociales a los procesos de cambio. Empleando, otra vez, las palabras de Alain Touraine:

“En 1980 y 1981, Solidarnosc surgió como un levantamiento formidable, a la vez nacional, social y democrático, contra una dominación comunista antinacional, antisocial y autoritaria, más ese no fue el nacimiento de un porvenir, fue un terremoto que amenazó imperio, un movimiento social total al que sólo pudieron frenar un golpe de estado militar y el temor de una invasión soviética. Fue la señal más importante del fin del mundo y no el anuncio de uno nuevo, pues el Solidarnosc de Gdansk no volvió a aparecer después de la mesa redonda de 1989”. (“Prefacio” en Ilán Bizberg y Marcin Frybes. Transiciones a la democracia. Lecciones para México, México, Cal y Arena; 2000, p. 14.)

Así, el movimiento social polaco no rescató la utopía comunista, pero sí a los actores sociales, tan olvidados por la *praxis* socialista del imperio soviético y los gobiernos subordinados a la URSS.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Richard, Public politics in an authoritarian State. Making foreign policy during the Brezhnev years, Ithaca, Cornell University Press, 1993.
- Arato, Andrew, The democratic theory of the Polish opposition: normative intentions and strategic ambiguities, Chicago, The Kellogg Institute, 1984.
- \_\_\_\_\_ y Jean Cohen, Sociedad civil y teoría política, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Arendt, Hannah, Los orígenes del totalitarismo, Madrid, Alianza, 1982.
- \_\_\_\_\_, Sobre la revolución, Madrid, Alianza, 1988.
- Baczko, Bronislaw, Les imaginaires sociaux, Paris, Payot, 1984.
- Bain, Leslie, The reluctant satellites, New York, The Macmillan Company, 1960.
- Balcerowicz, Leszek, Socialism, Capitalism, Transformation, Budapest, Central European University Press, 1995.
- Bizberg, Ilán y Marcin Frybes, Trancisiones a la democracia. Lecciones para México, México, Cal y Arena, 2000.
- Bollerup, Soren, Nationalism in Eastern Europe, Londres, Aldershot, 1992.
- Brown, James, Hopes and shadows: Eastern Europe after communism, Durham, Duke University, 1994.

Dawisha, Karen, The Kremlin and the Prague Spring, Berkeley, University of California Press, 1984.

East Roger, Revolutions in Eastern Europe, Londres, London Printer, 1992.

Edmonds, Robin, Soviet Foreign Policy. The Brezhnev years, Oxford, Oxford University Press, 1983.

\_\_\_\_\_, Soviet Foreign Policy, 1962-1973. The paradox of super power, Londres, Oxford University Press, 1975.

Fejto, François, Historia de las democracias populares, 1953-1970, Barcelona, Martínez Roca, 1971.

Fowkes, Ben, The rise and fall of communism in Eastern Europe, Londres, Macmillan, 1995.

Garton Ash, Timothy, The Polish revolution, Solidarity 1980-82, Londres, Jonathan Cape, 1983.

Golan, Galia, The Czechoslovak reform movement. Communism in crisis, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

Goodwyn, Lawrence, Breaking the barrier. The rise of Solidarity in Poland, Oxford, Oxford University Press, 1991.

Kecskemeti, Paul, The unexpected revolution. Social forces in the Hungarian uprising, Stanford, Stanford University Press, 1961.

Kemp, Walter, Nationalism and communism in Eastern Europe and the USSR, Nueva York, St. Martin, 1999.

Kennedy, Michael, Professionals, power and Solidarity in Poland, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

- Kissinger, Henry, La diplomacia, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Kolakowski, Leszek, La modernidad siempre a prueba, México, Vuelta, 1991.
- \_\_\_\_\_, Libertad, Fortuna, Mentira y Traición. Ensayos sobre la vida cotidiana, Barcelona, Paidós, 2001.
- Kwasniewski, Jerzy, Society and deviance in communist Poland, Londres, Berg publishers, 1984.
- Lenin, Vladimir, “¿Por dónde empezar?” en Humberto Cerroni, Teoría marxista del partido, México, Grijalbo, 1972.
- Majkowski, Wladislaw. People’s Poland: patterns of social inequality and conflict, Westport, Greenwood Press, 1985.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, “El partido proletario” en Humberto Cerroni, Teoría marxista del partido, México, Grijalbo, 1972.
- Meyer, Jean, “¿Una apuesta imperial? Estrategia diplomática y militar de la Segunda República rusa, 1992-1994”, Foro Internacional, vol. 34, núm. 1, 1994.
- Michnik, Adam, La segunda revolución, México, Siglo Veintiuno, 1993.
- Mikes, George, The Hungarian Revolution, Londres. Andre Deutsch. 1957.
- Moro, Tomás, Utopía, México, Porrúa, 1996.
- Naciones Unidas, Hungría. Informe de la Comisión Especial de las Naciones Unidas, Buenos Aires, Ágora. 1957.
- Nagy, Imre, Democracias populares, Barcelona. Aymá, 1968.
- Patula, Jan, Europa del Este: del stalinismo a la democracia, México, Siglo Veintiuno-UAM, 1993.
- \_\_\_\_\_, Revolución y contrarrevolución en Polonia (1980-83), México, UAM, 1984.

- Paul, David, The cultural limits of revolutionary politics. Change and continuity in socialist Czechoslovakia, Nueva York, Columbia University Press, 1979.
- Remington, Robin, Winter in Prague. Documents on Czechoslovak communism in crisis, Massachusetts, The M.I.T. Press, 1969.
- Sanford, George, Polish communism in crisis, Nueva York, St. Martin's Press, 1983.
- Simons, Thomas, Eastern Europe in the postwar world, Nueva York, St. Martin, 1993.
- Skilling H. Gordon, Czechoslovakia's interrupted revolution, Princeton, Princeton University Press, 1976.
- Staniszki, Jadwiga, Poland's self-limiting revolution, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- Steele, Jonathan, Soviet power. The Kremlin's foreign policy. Brezhnev to Chernenko, Nueva York, Simon and Schuster, 1983.
- Sviták, Ivan, The Czechoslovak experiment 1968-1969, Nueva York, Columbia University Press, 1971.
- Swain, Geoffrey y Nigel Swain, Eastern Europe since 1945, Londres, Macmillan, 1993.
- Tigríd, Pavel, Why Dubcek fell?, Londres, Macdonald, 1969.
- Touraine, Alain, Solidarity, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- Turrent, Isabel, El deshielo del este, México, Vuelta, 1991.
- Váli, Ferenc, Rift and revolt in Hungary, Harvard, Harvard University Press, 1961.
- Weber, Max, Sobre la teoría de las ciencias sociales, Barcelona, Península, 1971.
- Weydenthal, Jan B. et. al., The Polish drama: 1980-1982, Toronto, Lexington Books, 1983.

Williams, Kieran, The Prague Spring and its aftermath, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Windsor, Philip y Adam Roberts, Czechoslovakia 1968. Reform, repression and resistance, Londres, Chatto and Windus, 1969.

Zeman A. B., Prague Spring. A report on Czechoslovakia 1968, Londres, Penguin Books, 1969.

Zinner, Paul, Revolution in Hungary, New York, Columbia University Press, 1962.

## **ENTREVISTAS**

**A Isabel Turrent, México, octubre de 2000.**

**A Jadwiga Staniszki, México, noviembre de 2000.**